

Amparo Menes Chávez

**LA NOVELISTICA DE
CARLOS WYLD OSPINA**

Asesor: Licenciado Mario Alberto Carrera



**Universidad de San Carlos de Guatemala
FACULTAD DE HUMANIDADES
Departamento de Letras**

Guatemala, Octubre de 1990

DL
07
T(735)

*Este estudio fue presentado por
la autora como trabajo de tesis
requisito previo a su graduación
de Licenciada en Letras.*

Guatemala, octubre de 1990

CONTENIDO

| | PAG |
|--|------------|
| I. INTRODUCCION | 1 |
| 1.1 Motivación del trabajo | 1 |
| 1.2 Hipótesis | 2 |
| 1.3 Marco Teórico | 2 |
| II. LA NOVELA GUATEMALTECA DESDE 1786-1958 | 5 |
| 2.1 Evolución de la novela guatemalteca | 5 |
| 2.2 Antonio José de Irisarri | 5 |
| 2.3 José Milla (Salomé Jil) | 6 |
| 2.4 Agustín Mencos Franco | 7 |
| 2.5 Fernando Pineda | 7 |
| 2.6 José A. Beteta | 7 |
| 2.7 Manuel Urrutia | 8 |
| 2.8 Felipe de Jesús | 8 |
| 2.9 Francisco Lainfiesta | 8 |
| 2.10 Ramón A. Salazar | 8 |
| 2.11 Enrique Martínez Sobral | 8 |
| 2.12 Enrique Gómez Carrillo | 9 |
| 2.13 Máximo Soto Hall | 9 |
| 2.14 Rafael Arévalo Martínez | 10 |
| 2.15 César Brañas | 11 |
| 2.16 Flavio Herrera | 12 |
| 2.17 Miguel Angel Asturias | 13 |
| III. EL AUTOR Y LA CIRCUNSTANCIA | 17 |
| IV. GENERALIDADES EN LA NOVELA DE WYLD OSPINA | 21 |
| 4.1 Criollismo en Guatemala | 21 |
| 4.2 Generalidades de la novela <i>El Solar de los Gonzagas</i> | 21 |
| 4.3 Generalidades de la novela <i>La Gringa</i> | 21 |
| 4.4 Generalidades de la novela <i>Los Lares Apagados</i> | 22 |
| 4.5 Generalidades de la novela <i>Carita Fina</i> | 22 |
| V. EL SOLAR DE LOS GONZAGAS | 25 |
| 5.1 Argumento | 26 |
| 5.2 Los Conflictos | 26 |

| | PAG | |
|-------|--|----|
| 5.3 | <i>La visión de la mujer</i> | 34 |
| 5.4 | <i>Los hombres</i> | 36 |
| 5.5 | <i>Conclusión</i> | 38 |
| VI. | LA GRINGA | 41 |
| 6.1 | <i>Argumento</i> | 41 |
| 6.2 | <i>Conflictos</i> | 43 |
| 6.3 | <i>El trópico como símbolo</i> | 46 |
| 6.4 | <i>El indigenismo</i> | 46 |
| 6.5 | <i>Visión de la mujer</i> | 48 |
| 6.6 | <i>Los personajes masculinos</i> | 50 |
| 6.7 | <i>Algunas ideas sobre el amor</i> | 52 |
| 6.8 | <i>Conclusión</i> | 54 |
| VII. | LOS LARES APAGADOS | 57 |
| 7.1 | <i>Características</i> | 57 |
| 7.2 | <i>Argumento</i> | 57 |
| 7.3 | <i>Conflicto</i> | 59 |
| 7.4 | <i>El amor y el indígena</i> | 62 |
| 7.5 | <i>Visión de la mujer</i> | 63 |
| 7.6 | <i>Lo económico social y el indígena</i> | 64 |
| 7.7 | <i>Uso de la lengua indígena</i> | 66 |
| 7.8 | <i>Conclusión</i> | 67 |
| VIII. | ESTUDIO DE LOS TEXTOS INEDITOS DE LA NOVELA CARITA FINA | 69 |
| 8.1 | <i>Argumento</i> | 70 |
| 8.2 | <i>Conflictos</i> | 72 |
| 8.3 | <i>La tierra vinculada al amor</i> | 74 |
| 8.4 | <i>Visión del indígena</i> | 79 |
| 8.5 | <i>Conclusión</i> | 80 |
| IX. | CONCLUSIONES | 83 |
| X. | BIBLIOGRAFIA | 85 |
| XI. | ANEXO: TEXTO DE LA NOVELA INEDITA "CARITA FINA" | 87 |

I. INTRODUCCION

1.1 Motivación de este trabajo

Hace muchos años, conocí en Nueva York la obra de don Carlos Wyld Ospina. Un viernes, cuando disponía irme a mi casa, de la biblioteca del Consulado de Guatemala donde trabajaba, al azar saqué un libro para leer el fin de semana: El Solar de los Gonzagas, una de las novelas del mencionado autor, que conlleva el dolor y la problemática de la tierra guatemalteca, y habiéndome interesado vivamente, a ella siguió el conocimiento de algunos poemas de las Dádivas Simples ya que ni un sólo ejemplar de esta obra me fue posible conseguir; y más tarde La Tierra de las Nahuyacas y Los Lares Apagados, en la que el kechí Sebastián Ax y el iloné Serapio Pop "mago y profeta a su modo", pueden ser considerados como verdaderos arquetipos de los indígenas que habitan la provincia de la Vera-Paz, "la dulce tierra de los dioses innumerables y las maneras corteses".

Después leí El Autócrata (ensayo político social), en la que el autor no solamente hace una semblanza de don Manuel Estrada Cabrera, famoso autócrata guatemalteco y de una época de prolongado terror, sino un profundo análisis de nuestros gobernantes, que no han sido ajenos a los procedimientos autocráticos, porque hoy como ayer, la fuerza que les impele a burlar la ley, emana más que de sus personales tendencias, de la constitución social que está tras ellos.

Con la ayuda de Enrike Wyld hijo del autor, conocí una novela inédita intitulada Carita Fina e incursioné en diarios y revistas donde me fui familiarizando con su vasta labor periodística, a la que dedicó gran parte de su vida, y terminé con La Gringa y Los Lares Apagados.

La lectura de las obras de Carlos Wyld Ospina me lleva a reflexionar sobre aspectos relacionados con la época, con el autor y, consecuentemente, con la propia literatura

guatemalteca de la cual él es uno de los máximos representantes. Me parece importante también señalar que, tanto Wyld Ospina como los otros novelistas criollos, que se separan de la visión romántica del indígena, para adherirse a la observación y al estudio de sus características -por parciales que estos juicios sean- dejan un documento valioso sobre la realidad del agro guatemalteco y de los problemas del monocultivismo y falta de técnicas en la explotación de la tierra.

Creo que, pese a los tachados que los textos de la novela inédita Carita Fina hay -hechos por mano de su autor, para ser suprimidos- y pese a lo que resten de interés a la intriga novelesca, deberían publicarse completos, por lo que ilustran sobre la forma de pensar del propietario de una pequeña finca, frente a la problemática realidad de los años 40 en Guatemala.

1.2 Hipótesis

Los conflictos analizados en las obras de Wyld Ospina, me obligan a exponer la siguiente hipótesis.

Las novelas de Wyld Ospina testimonian una innovación en la corriente criollista hispanoamericana.

Wyld Ospina, dentro del criollismo, tiene una base objetiva en el conocimiento del agro guatemalteco, en sus relaciones patrono-trabajador; psicología del indígena y del ladino y su posible trascendencia a futuros cambios socio-económicos. En cuanto a las características del criollismo se pueden encontrar permanentes como el subjetivismo en sentido autobiográfico e idealista, y en el lirismo de sus descripciones de la naturaleza, aunque expone hábilmente la condición social del indígena y el enfrentamiento característico del criollismo: civilización-naturaleza, tradición-progreso.

1.3 Marco Teórico

El planteamiento de este estudio se hace dentro del marco teórico de la historia literaria guatemalteca, desde el romanticismo histórico hasta la novela criollista desarrollada por Wyld Ospina.

El análisis de las obras lo he hecho aplicando la teoría estilística a la manera de W. Kayser (1), que permite el análisis de una obra partiendo de elementos como los personajes, el ambiente y la trama.

(1) Kayser, Wolfgang. Interpretación y análisis de la obra literaria. 4a. ed. Biblioteca Romántica Hispánica. Edit. Gredos S.A. Madrid, 1972.

II. LA NOVELA GUATEMALTECA DESDE 1786-1958

2.1 Evolución de la novela guatemalteca

La novelística guatemalteca ha tenido dignos representantes en todos los períodos del desarrollo de la novela hispanoamericana, también tiene características propias que deben ser tomadas en cuenta.

Nace en el siglo XIX, las anteriores pueden ser consideradas crónicas con episodios novelescos que reflejan el aspecto heroico del período que se vive.

Aparece en el siglo XIX quizá como un reflejo de la novela europea, con la caída de los reyes absolutos, con la revolución industrial, que da lugar a una fuerte clase media y recibió un gran empuje con la independencia.

Es hasta el siglo XX que se puede hablar de una auténtica novela guatemalteca.

2.2 Antonio José de Irisarri

Uno de los hombres más importantes de la época (1786-1868) fue don Antonio José de Irisarri. Su obra principal El Cristiano Errante, fue publicada en Bogotá, en 1846, es un relato autobiográfico lleno de anécdotas y descripciones que Anderson Imbert calificó como "Novela autobiográfica picaresca costumbrista". Sin embargo, se percibe que el propósito del autor no fue el de crear una novela, ya que en ella no hay intriga y, por otra parte, las aventuras narradas tampoco son las de un pícaro.

La parte que más parece una novela es cuando el autor cuenta episodios de su juventud y sus amores con Dorila, y quizá si Irisarri la hubiera trabajado más, este libro podría competir con María, la sublime concepción de Jorge Isaacs, pero no resultó ser más que un episodio en medio de las aventuras de El Cristiano Errante.

La Historia del Perinclito Epaminondas del Cauca, también de Irisarri, tiene la forma de una novela picaresca, pero en realidad lo que predomina son las ideas histórico-filosóficas de los siglos XVIII-XIX, lo que hace que el libro pierda también, como novela, el interés que provoca dentro del nudo argumental la secuencia de los hechos y el desenlace.

2.3 José Milla (Salomé Jil)

En realidad, el verdadero padre de la novela guatemalteca fue don José Milla, que escribía con el seudónimo de Salomé Jil.

Sus novelas La Hija del Adelantado, Los Nazarenos y El Visitador, son de carácter histórico-romántico. Esta última, según Seymour Menton.

"es una de las mejores de todas las novelas históricas de Hispanoamérica".(1)

En La Historia de un Pepe, publicada póstumamente en 1890, Milla da a lo histórico un papel secundario; en ella encontramos capítulos románticos, dentro de las normas del realismo del siglo XIX. Es una obra de transición entre la novela histórica y la novela realista-sentimental lo mismo que Las Memorias de un Abogado, en la cual el autor usa su gran talento de costumbrista para satisfacer a la sociedad.

En todas sus obras Milla nunca deja de ser costumbrista y es precisamente con sus Cuadros de Costumbres que contribuye a formar una conciencia nacional en el pueblo.

En Un Viaje al Otro Mundo pasando por varias Partes, salpica la narración con elementos inspirados en El Quijote y aunque es un libro de viajes, en éste crea a Juan Chapín, el guatemalteco por excelencia, y el más célebre de sus personajes. Es una obra que hace reír y que informa al pueblo de Guatemala sobre estadísticas y costumbres de otros países. Según Menton, las características principales de la novela de Milla son:

"una conciencia histórica, un sentido filosófico, un sabor costumbrista, una tendencia a

extender el escenario fuera de Guatemala y un nexo con la literatura española del Siglo de Oro". (2)

Todo lo cual pone de manifiesto el carácter del guatemalteco, la habilidad de Milla para narrar; la conciencia nacional que sembró y que hizo que muchos otros escritores escribieran con raíces en el pasado y que hace que indiscutiblemente merezca el título de padre de la novela guatemalteca y lo inscriban dentro de la corriente romántica por la mirada hacia el pasado y su visión nacionalista.

La novela a fines del siglo XIX se caracteriza por un romanticismo tardío que perdura hasta mediados del siglo XX. Fue un romanticismo anacrónico el de Hispanoamérica, pues en Europa, los novelistas desde la mitad del siglo XIX escribían a la manera realista o naturalista.

2.4 Agustín Mencos Franco

En Guatemala podemos mencionar Don Juan Nuñez García, novela histórica de Agustín Mencos Franco, publicada en 1898, que resulta inferior a las de Milla, pero que es un libro con cierto interés, bien escrito y que da fe de la continuación del romanticismo ya mencionado.

2.5 Fernando Pineda

Luis, Memorias de un amigo, de Fernando Pineda, novela sentimental que se basa en el amor puro, que es un tesoro que sólo se encuentra en las almas grandes. Empalaga un tanto, pero no deja de ser agradable.

2.6 José A. Beteta

Edmundo, novela histórica y sentimental, que deja ver características del liberalismo romántico de Victor Hugo y del espíritu aventurero de Alejandro Dumas, se edita en 1896 y su autor fue don José A. Beteta.

Esta obra presenta las injusticias que sufren los protagonistas a manos del dictador Rafael Carrera y se com^opadecer de la suerte de los indígenas, y de todos aquellos que suspiran por la libertad perdida y la desigualdad social.

2.7 Manuel Urrutia

La folletinesca Blanca, de Manuel Urrutia, es una novelita de aventuras y crímenes terribles que ocurren tanto en Guatemala como en Inglaterra. No tiene fines políticos y no obstante su escaso valor literario, fue bien recibida por el público.

2.8 Felipe de Jesús

De un estilo similar, surgió, veinte años después, la novela María, historia de una mártir, de Felipe de Jesús, en la que el autor se vale de una trama romántica para exponer sus ideas liberales y humanitarias.

2.9 Francisco Lainfiesta

En 1879, Francisco Lainfiesta escribió A vista de pájaro en la que el autor se destaca por su pensamiento científico, su estilo directo y su sentido muy guatemalteco.

2.10 Ramón A. Salazar

De la misma época de Lainfiesta fue el Dr. Ramón A. Salazar, que escribió tres novelas: Alma enferma, Stella y Conflictos con las que marca una verdadera contribución al desarrollo del género en Guatemala, y deja un documento social de su época, pues la idea del Dr. Salazar fue la de escribir un cuadro amplio de la sociedad guatemalteca.

Ofrece Salazar un estilo ameno, sin grandes pretensiones literarias y hace notar las diferencias que causó en la sociedad el cambio brusco de la teocracia de Rafael Carrera y Cerna, a la reforma liberal de García Granados y Justo Rufino Barrios.

2.11 Enrique Martínez Sobral

Entre 1899 y 1902, Martínez Sobral da un giro a la novela guatemalteca, abandonando el romanticismo y en cierta forma el realismo; siguiendo las reglas postuladas por la Zola, escribió cinco novelas; Los de Peralta, Humo, Su matrimonio, Alcohol e Inútil Combate, con las que se cierra la novela guatemalteca del siglo XIX. Guatemala está

ya preparada para recibir a los escritores pre-modernistas y modernistas que inaugurarán una nueva época literaria.

En Guatemala, además de sus escritores nacionales vieron durante algún tiempo José Martí, Rubén Darío, José Santos Chocano y Porfirio Barba Jacob, que aunque no fueron novelistas, dieron un gran impulso a las letras guatemaltecas, e influyeron en los narradores en forma evidente.

2.12 Enrique Gómez Carrillo

Quizá el más conocido, no sólo entre nosotros, sino mundialmente, en esa época, fue Enrique Gómez Carrillo - (1873-1927), quien dentro del género novelístico escribió Las tres novelas inmorales: Del amor, del dolor y del vicio, Bohemia sentimental y Maravillas, además su novela más importante El Evangelio del Amor.

Para Guatemala, la temática de estas novelas tiene poco valor, pues toda la acción pasa fuera del país; sin embargo, este escritor fue el primero de los guatemaltecos en elevar el género novelístico a una obra de arte y debemos otorgarle el valor que tiene, no pudiendo negarse que su obra fue polifacética y abundante: novelas, cuentos, artículos y crónicas, crítica literaria, impresiones de viaje, poemas en prosa, etc.

Francisco Albizúrez y Catalina Barrios, en su Historia de la Literatura Guatemalteca, le conceden don grandes elementos positivos: a) El continuado esfuerzo para renovar la prosa; y b) la creación de novelas en donde se supera el romanticismo decimonónico y se desarrollan tesis naturalistas y realistas.

2.13 Máximo Soto Hall

Máximo Soto Hall cuya vida transcurre entre los años (1871-1944), escribió varias novelas, de las cuales también se ocupó Seymour Menton en su Historia Crítica de la Novela Guatemalteca.

Catalina, romántica y modernista, opone la bondad rústica a la ingratitud e inmoralidad de la ciudad. El idilio romántico por su sentimentalismo, es bello y fino

a la manera modernista.

El problema (1899) escrita durante la guerra de España y Los Estados Unidos, presenta una visión de Centro América treinta años más adelante, con una trama política.

La sombra de la Casa Blanca es una novela realista y aunque no tiene un gran valor literario, trata de un tema candente; la invasión a Managua por los infantés de Marina, bastante bien entrelazada con el desarrollo del argumento novelístico Don Diego Portales y La Divina Reclusa son dos novelas históricas que relatan, la primera, la vida de la sociedad chilena y la segunda la historia de Sor Juana de Maldonado; las dos con marcadas influencias de José Milla y por supuesto del romanticismo.

Soto Hall tiene el mérito de haber introducido la novela anti-imperialista en Hispanoamérica, varios años antes de que se generalizara por Centroamérica y El Caribe.

LA NOVELA SIGLO XX

2.14 Rafael Arévalo Martínez

Con Rafael Arévalo Martínez que nació en 1884 y comenzó a publicar sus poesías y cuentos en el primer decenio del siglo XX, se abre verdaderamente la novela contemporánea guatemalteca.

Don Rafael, es uno de los autores guatemaltecos más queridos y admirados, que alcanza dimensión universal por su cuento El Hombre que parecía un Caballo, en el cual penetra decidida y hondamente en los grandes problemas psicológicos del individuo y es precursor del llamado zoomorfismo psicológico. Este relato ha merecido desde un principio el elogio de críticos y estudiosos. Anderson Imbert lo cataloga como: "El cuento más original de su generación".

Este autor no escribió lo que podría llamarse una buena novela; dice Seymour Menton que:

"en el desarrollo de la novela guatemalteca, su contribución consiste en haber introducido en el género narrativo el autoanálisis psicológico o sea la realidad interior y en haber ensanchado la temática". (3)

Para Menton la trama y el suspenso desaparecen completamente y el cuento se transforma en un psicoanálisis inspirado en los escritos de Freud. Los personajes no participan en la vida nacional, pero viven intensamente en su mundo interior. Para Mario Alberto Carrera,

"El hombre que parecía un caballo es una elegía dedicada a aquellos que habiendo sido escogidos y no solamente llamados, se hunden en el vicio y asfixian sus potencias divinas". (4)

Según el Licenciado Carrera, Barba Jacob, el poeta colombiano, fue el inspirador de esta obra, al que asemeja Arévalo Martínez con la idea nietzscheana de "un superhombre poético".

Escribe otros cuentos además de los que publicó junto a El Hombre que parecía un Caballo y son: El Señor Monitot, El Embajador de Torlonia, Gratilo y Otros Cuentos, Cuatro Contactos con lo sobrenatural y otros relatos, además de las siguientes novelas:

Una Vida, Manoel Aldana, La Oficina de Paz en Orlandia, Sentas, El Mundo de los Maharachies, Viaje a Ipan da, Honduras, Las Noches en el Palacio de la Nunciatura y Los relatos histórico-testimoniales: Ecce Pericles y Ubico, esta última póstuma.

2.15 César Brañas

César Brañas, periodista y poeta finísimo, escribió nueve novelas cortas durante los años 1918-1939. Son ellas: Sor Candelaria, Alba Emérita, La Divina Patoja, La vida Enferma, Tú no sirves, La Tapia Florida, Un hombre solo, Paulita y la muy poco conocida La Finca.

Alba Emérita, que ha sido considerada como representativa del modernismo en su forma, en su fondo desarrolla un tema naturalista, como la infidelidad al celibato del Padre Navares, que viola a la protagonista.

Paulita es la única que tiene un final feliz. En las otras, presenta seres débiles e insuficientes que no satisfacen ni siquiera al mismo autor, por lo que abandona el género y se dedica con mayor éxito a una singular pro-

sa anecdótica, en la cual desarrolla una variada temática con tintes modernistas al principio, y de vanguardia después, sobresaliendo el rasgo humorístico y el lenguaje popular. Es en la poesía donde el tema de la soledad y la incomunicación, que fue característica en su vida, encontró el mejor vínculo de expresión que lo consagró como uno de los mejores poetas contemporáneos guatemaltecos.

Como Miguel Angel Asturias y Flavio Herrera, está catalogado entre los autores de la generación del veinte, a la que dan brillo y caracterizan.

Se universaliza con su poesía que se abre a las nuevas corrientes con influjo de la generación del 98 español.

2.16 Flavio Herrera

Flavio Herrera es indiscutiblemente uno de nuestros mejores autores. Escribió poesía, ensayos, cuentos y novelas criollistas y naturalistas. Sintió como todos los autores de esa época el influjo modernista, pero su obra está ligada íntimamente a la naturaleza guatemalteca; no busca escenarios exóticos, sino que centra su poesía en el paisaje natural y humano del trópico. Ríos, bosques, selvas, montañas, seres y cosas salen de su pluma auténticamente, sin deformaciones. Ahonda en los grandes temas de la existencia humana, el dolor y la violencia, la angustia. Sus obras están cuidadosamente escritas, como de mostrando la preocupación por encontrar el vocablo adecuado y colocarlo en el lugar propicio.

Entre sus principales novelas están:

El Tigre (1934) que ha sido comparado con La Vorágine por su delirio tropical y con Doña Bárbara por el antagonismo entre la civilización, la ciudad y la barbarie en el campo.

La Tempestad (1935) en la que Flavio indica su propósito de intentar una interpretación real del ambiente campesino guatemalteco. Mentón dice que:

"quiso retratar a su país y por eso incluyó a los indios y a los extranjeros pero se siente

mucho más atraído por los personajes que por los temas". (5)

Es inferior a El Tigre, pero tiene la importancia de ser uno de los primeros esbozos de la novela nacional.

En 1936 se escribe Siete Pájaros del Iris y en 1937 Poniente de Sirenas en la cual, el poeta que hay en él, se exalta ante la naturaleza y trata de captar el ritmo del mar.

En 1949 publica Caos que se considera, hasta la fecha, su obra maestra, en la que vemos rasgos naturalistas de hombres adolescentes deformados por el ambiente, determinante en parte, de su conducta posterior. Como en los personajes de Zola, presenta a Simón el alcohólico, a quien no pueden serle aplicados códigos éticos, por su condición anormal; como a Fernando en El Tigre y a Leonardo en La Tempestad; con su lucha de ascensión social para superar su condición de mestizo.

Seres dominados por pasiones patológicas, que dan lugar a que encontremos en sus novelas pasajes sobrecogedores, violentos y conflictivos como representaciones de la condición humana y del ámbito guatemalteco.

Como una constante en las novelas y cuentos de Flavio Herrera aparece la muchacha dulce y buena, expuesta al engaño y sin embargo, respetada.

Dice Albizúrez Palma que:

"La obra poética constituye, con mucho, lo mejor producido por Herrera y uno de los aportes más importantes al desarrollo de la poesía guatemalteca". (6)

2.17 Miguel Angel Asturias

Miguel Angel Asturias lleva nuestra novela a la cumbre como innovador y configurador de un estilo singular - que le valió ser el iniciador de una novela hispanoamericana de resonancia mundial.

Escribió cinco novelas importantes que dieron nom-

bre a Guatemala, entre ellas, El Señor Presidente, escrita en 1922, pero que no se publicó sino hasta 1946, después de la caída de Don Jorge Ubico, pues aunque el libro constituye una crítica al dictador Manuel Estrada Cabrera, puede ser aplicada a cualquier dictador latinoamericano y probablemente Ubico no hubiera permitido su publicación. En ella predomina el terror y aunque el presidente no aparece nunca, está siempre presente.

En la actualidad, esta novela ha alcanzado abundantes ediciones en castellano, así como traducciones al inglés, portugués, italiano, sueco y ruso. Sobre todo ha adquirido mayor difusión mundial con los premios Lenin y Nóbel. Se caracteriza por el hábil manejo que el autor hace del idioma, con su gran riqueza verbal, empleando como recursos principales la onomatopeya, la adjetivación oportuna, la combinación de frases cortas y largas, el crear imágenes inusitadas y el uso de la metáfora y la invención de palabras.

Es una obra de lenta maduración y, sin duda, la más conocida de las cinco, en la que resaltan las injusticias perpetradas contra seres inocentes y la brutalidad de los que abusan del poder, ya se trate de altos, medianos o bajos funcionarios.

Entre las técnicas usadas figuran el monólogo interior, tanto directo como indirecto, identificándose el novelista con el personaje.

Esta obra se sitúa dentro del movimiento vanguardista de los años veinte, que seguramente fue cuando Asturias conoció Tirano Banderas de Valle Inclán, pues el parecido entre las dos novelas es evidente, aunque la realidad es superior en el Señor Presidente, ya que Valle Inclán se esfuerza por crear un habla regional y un país inventado, mientras que la de Asturias se realiza en su propio país y narra la prepotencia de un dictador conocido y las vicisitudes de un pueblo víctima de él y sus secuaces.

Hombres de Maíz, otra de sus novelas publicadas en 1949, también vanguardista, es un estudio de la vida de los indios, en la que se unen la fantasía y la realidad. En ella, el autor se esfuerza por recrear lo mitológico del Popol Vuh.

Viento Fuerte, El Papa Verde y Los Ojos de los Enterrados, son tres novelas anti-imperialistas, en las que Asturias poen de manifiesto los abusos perpetrados por la Compañía Frutera, establecida en Guatemala en la costa del Pacífico.

Todas tienen el espíritu cosmogónico que también aparece en Hombres de Maíz.

El terror a la dictadura, la fantasía del mundo indígena y la voluntad despiadada de los explotadores norteamericanos, son los temas predilectos de estas novelas.

Weekend en Guatemala es una novela de intención, o más bien una interpretación novelada de lo que ocurrió en Guatemala en 1954, durante la invasión de las fuerzas de liberación, al mando del Coronel Castillo Armas.

Otras novelas fueron El Alhajadito, Mulata de Tal y Maladrón. Cerramos con Miguel Ángel Asturias la novela guatemalteca que se desarrolló en la época contemporánea a Carlos Wyld Ospina (1891-1956), quien aunque más joven que Miguel Ángel y que Arévalo Martínez está, como novelista, indudablemente situado en una corriente ya superada; como es: el estilo criollista, anterior al gran salto que con Asturias y Arévalo dio la novela guatemalteca.

NOTAS PARA PIE DE PAGINA

1. Seymour Menton *Historia Crítica de la Novela Guatemalteca.*
Edit. Universitaria, Guatemala, 1960. Pág. 49
2. " " *(ibid)* Pág. 64.
3. " " *(ibid)* Pág. 150.
4. Carrera, Mario Alberto *Las Ocho Novelas de Rafael Arévalo Martínez.*
Edit. Piedra Santa, Guatemala 1975. Pág. 13.
5. Seymour Menton *Ob. cit.* Pág. 182.
6. Albizúrez Palma, Francisco. *Historia de la Literatura Guatemalteca.*
Barrios y Barrios, Catalina. Edit. Universitaria, Guatemala, 1982. Pág. 139.

III. EL AUTOR Y SU CIRCUNSTANCIA

Wylá Ospina nació en la ciudad de Antigua Guatemala, el 19 de junio de 1891 y falleció en Quetzaltenango, el 18 de junio de 1956.

Creció y vivió bajo dos dictaduras, la del Lic. Estrada Cabrera (1898-1920) y la del General Jorge Ubico - (1931-1944), las cuales, desde muy niño, fueron moldeando su alma, su carácter y su sensibilidad.

La opresión de estas dictaduras fue, quizá, una de las causas por las que su producción pudiendo ser vastísima, no la haya sido, y de que Los Lares Apagados, una de sus novelas, que contiene una fuerte denuncia social no fuera publicada, sino hasta después de su muerte cuando ya la dictadura de Ubico había desaparecido.

En su formación educativa y psicológica influyó preponderantemente su ascendencia: madre colombiana y padre inglés. Esto -en cierta forma- lo determina su manera de pensar y se refleja en sus novelas, al considerar siempre el factor cultural y étnico como básico para cualquier determinación político-social y educativa. Por ejemplo, al tratar de la formación del indígena, aboga porque sea especial, respetando sus costumbres, su lengua y su tradición, sin imponerle las de otra civilización, ni cambiarle su religión ni su idioma. Es decir, respetando su identidad. Por otra parte, este factor determina también en él una ideología y tendencia discriminadora racista.

Su vida transcurrió en el país, solamente viajó a México, por pocos meses y regresó a Guatemala para no volver a salir; escogió un sitio de residencia equidistante entre lo grande y lo pequeño de su patria. Quetzaltenango.

Buceó en lo humano, en sus mundos y sub-mundos, en la naturaleza y en sus paradójicos aspectos, en la política, como factor determinante en la condición humana; en -

las características femenina y masculina de la patria, siempre se le escuchó referirse a una Guatemala macho y a una Guatemala hembra.

En esa época -Guatemala literaria- era como una selva llena de veredas y se fijó rumbos. Su obra es internarse en la selva y poner señales indicadoras en las encrucijadas, para que los siguientes viajeros supieran a donde dirigirse. De ahí los magistrales bosquejos que se encuentran en sus novelas cuando se refiere a las artes y especialmente a la literatura. ¿Cuántos de los que le siguieron se inspiraron en él para estructurar sus obras literarias?

Wylđ Ospina pudo dedicarse exclusivamente al género literario y llevar su obra a la perfección, pero prefirió dejarla como un conjunto de señales indicadoras. Dejó escrito en pocas páginas lo que pudo hacerse en volúmenes: cuentos, novela, ensayo, poesía, labor periodística.

A mi modo de ver fue un escritor que sacrificó su obra personal en aras de sus ideales. Para él era urgente realizarse en un auténtico y verdadero amor que no encontró en la mujer sino finalmente en el cuerpo colectivo del cual formaba parte: Guatemala.

En su obra no solamente hay belleza, sino belleza útil. Urgencia de denunciar las lacras sociales. En este sentido se adelantó a su tiempo. Clamó contra la injusticia, contra la desigualdad, contra el dolor innecesario. Vertió su experiencia en su obra. De ahí su grandeza.

En un artículo publicado en el diario El Imparcial, el 31 de enero de 1953, intitulado Los grandes valores centroamericanos, Alberto Upegui Benítez, escritor colombiano, afirma que: "el gran escritor argentino Eduardo Mallea considera a Wylđ Ospina como uno de los primeros cinco estilistas hispanoamericanos", y como opinión propia dice:

"Poco después de conocerlo y hablar con él acerca de su vida y su trabajo, se sabe que ha meditado mucho sobre literatura, que domina los aspectos técnicos del arte de escribir, que posee recios soportes gramaticales y preceptivos... y que, sin embargo, le acompaña la

inteligencia de burlarlos llegado el caso y de comprender lo relativo de los cánones frente a la fuerza creadora que irrumpé desde adentro". (7)

IV. GENERALIDADES EN LA NOVELA DE WYLD OSPINA

4.1 Las cuatro novelas de Wyld Ospina lo colocan como uno de los pilares del criollismo en Guatemala, sobre todo en el aspecto del indigenismo que parte desde sus cuentos La tierra de las Nahuyacas: en donde por primera vez introduce el recurso de intercalar frases en lengua kecchi con lo que los impregna de un gran realismo; lo mismo que en sus novelas. Mario Alberto Carrera lo señala como el primero en usar estos textos en lengua, con anterioridad a los "Tepeus" que utilizan ya este medio como una forma de realismo, a la vez que de dar relieve a los valores tradicionales del indígena.

4.2 La primera novela que Wyld Ospina escribió, El Solar de los Gonzagas, fue una novela de juventud, en la que con gran claridad y precisión narra la vida de un lugar pequeño, con las costumbres, comentarios y prejuicios que son característicos; donde todo se sabe y se interpreta según el criterio de quienes en él viven y donde el dinero y las personas que lo poseen tienen un valor capital.

A mi entender es una novela realista, descriptiva; en ella pinta con gran maestría paisajes, situaciones y personas de diferentes edades, sexo y estratos sociales.

El autor, en el prólogo de la novela, confiesa que en esa época él andaba enamorado del "naturalismo en la literatura" y que puede llamarle "un apunte de dibujante curioso".

4.3 En el año 1935 publica La Gringa, tal vez la mejor de sus novelas, en la que él mismo dice que:

"mejor que una producción novelística, fácil de encastillar en determinados ficheros del género, es una llamarada, una llamarada del trópico, que se enciende con furia tremenda y desaparece inusitadamente, de improviso, como nació". (8)

En ella se encuentran diversidad de temas, el amor entre Magda y Eduardo Barcos, el mata-palo, la política, la violencia y el choque entre civilización y barbarie, íntimamente relacionados con el trópico y su influencia.

En su Historia crítica de la novela guatemalteca, Seymour Menton al respecto de ella dice:

"Esta novela aunque tiene demasiados elementos dispersos, sirvió de muestra a los guatemaltecos señalando todos los temas que podrían explotar para formar una novela nacional". (9)

4.4 En 1938-39, escribió Los Lares Apagados, novela criollista, en la que trata de valorar el mundo indígena y que encierra una honda denuncia social; la dictadura imperante le hizo no publicarla. Se editó hasta 1958, cuando él ya había muerto y la dictadura había desaparecido.

El Licenciado Mario Alberto Carrera, en un ensayo intitulado La Novela que anuncia la novela guerrillera en Guatemala, en la revista Humanidades de junio de 1988 dice:

"Es una muestra regia de la capacidad de su labor como orfebre de las letras, que comparte de modo muy bien balanceado con la preocupación que lo embarga, en torno al problema social". (10)

4.5 Y por fin Carita Fina, la última de sus novelas, inédita, en la que el propio Wylá afirma que:

"no se mantienen preocupaciones de purismo idiomático, pero se ha procurado salvar, la propiedad vital del lenguaje". (11)

Pertenece al género criollo o regionalista, y en algunos capítulos usa fragmentos o simplemente expresiones del habla popular.

Describe a la mujer del trópico con sus carencias y necesidades. A la mujer de sociedad con sus vanos alardes de aristocracia, en contraposición a la sencillez del campo, a los campesinos y su ignorancia en el cultivo de la tierra, al suelo, que sufre la devastación natural y la -

desidia humana, que lo hacen cada vez más pobre y árido y nos demuestra el conocimiento cabal que tenía de nuestro terruño, todo ello en medio de una historia de amor que en contraposición a las novelas anteriores, hace que ésta tenga un final feliz.

NOTAS PARA PIE DE PAGINA

8. Wyld Ospina, Carlos La Gringa. Guatemala.
Tipografía Nacional, 1935
9. Seymour, Menton Historia Crítica de la Novela
Guatemalteca. Guatemala.
Edit. Universitaria, 1,960.
10. Carrera, Mario
Alberto La novela que anuncia la Nove
la Guerrillera en Guatemala.
Revista, Humanidades. Guat.
Edit. Universitaria, 1,960.
11. Wyld Ospina, Carlos Textos Inéditos de Carita Fi-
na.

V. EL SOLAR DE LOS GONZAGAS

El Solar de los Gonzagas es la primera novela escrita por Wylá Ospina, publicada el 5 de noviembre de 1923.

Como él mismo lo afirma es la novela de la ciudad pequeña, inspirada, hasta donde le fue posible, en una concepción de humanidad y de universalidad.

No tiene casi localidad fija, ni discurre en ninguna ciudad geográficamente determinada, sino en la ciudad pequeña del espíritu, a la cual Alejandro, el protagonista, vuelve después de haber residido por algún tiempo en Europa.

El, es un hombre débil, producto de un hogar desintegrado y de la decadencia de una familia, a quien el pasado pesa y cuyo problema no es sólo la renovación del viejo Solar, -tarea que se ha impuesto- y en la que se centra el tema narrativo, sino en cómo hacerlo, porque ello es simbólicamente también el rescate de los valores verdaderos, tradicionales, sobre lo caduco del pasado y lo corrupto del presente que gira alrededor del dinero.

Al hacer el análisis del texto vemos que predominan los juicios valorativos y descriptivos. Aunque el discurso narrativo es sencillo y lineal, se ve interrumpido por la expresión de los juicios personales del autor que pone en boca de un personaje, ya como monólogos o diálogos de gran extensión.

Realmente, lo que se plantea es un sondeo individual, por parte del personaje, quien más que enfrentarse con los demás, lo hace con sus propios prejuicios.

Dentro de esa posición se descubre un cambio de valores. En la actualidad, lo más importante es el dinero, que es sinónimo de poder, opuesto a otros valores tradicionales, como son la familia, el honor, la prosapia.

5.1 Argumento

Alejandro, último vástago de una familia de rancia aristocracia colonial, antes próspera y opulenta y ahora en decadencia, se encuentra en un grave dilema. Educado en Europa, regresa después de la muerte de su padre a hacerse cargo de la hacienda de sus mayores, llena de deudas y sin el esplendor de otros días.

Al poco tiempo de su llegada, se hace novio de una muchacha llamada Lalita, hija de un licenciado que es un hombre de grandes riquezas. No piensa en casarse, hasta que surge en el pueblo la versión de que la muchacha ha tenido amores ocasionales con Paco Lobos, y que está embarazada, con el agravante de que el seductor se ha ido.

El honor, según la tradición secular, indica a Alejandro que debe romper con ella, pero... al hacerlo, pierde a Lalita, pierde también su riqueza y con ella la última oportunidad de restaurar el viejo solar y de vivir una vida diferente.

Uno de sus amigos, Santos Fuertes, comprende que Alejandro necesita, en ese momento, razonamientos enérgicos que desvanezcan sus escrúpulos y con gran convencimiento le hace entender la necesidad de aceptar y adoptar nuevos valores.

Por fin, es convencido y decide hacer de ese caserón un hogar nuevo, renovado por él, el último de los Gonzagas. Renovación física que no es sino el símbolo de un mundo que debe alzarse sobre valores fundamentales y romper con todo lo falso.

5.2 Los Conflictos

La novela, tanto a nivel de las acciones como a nivel de los significados que enuncia, muestra determinados conflictos que se manifiestan en el nivel social, pero percibidos en el nivel individual.

A nivel social se comienza por hacer una división de la sociedad en dos grupos:

- a) el grupo de los que mandan
- b) el grupo de los que están abajo.

En uno de los primeros juicios valorativos, el protagonista dice:

"nuestras sociedades son sociedades primitivas, formadas por dos únicas clases, bien diferentes: a la derecha, están los cultivadores de caña dulce, cafetos y maizales los usureros y los facultativos, a quienes apoya el Poder Público; y a la izquierda, se agrupan los proletarios, y la gran masa de los indios analfabetos, que trabaja para la clase contraria con tal de que se le conceda el mendrugo que le mate el hambre y el palmo de tierra para plantar la choza y el maíz, que quizá sea el más importante factor histórico que ha evitado la desaparición de la antigua raza..."(1)

Vale la pena mencionar que esta obra fue escrita en 1917 y que setenta y cinco años después sigue teniendo el mismo valor.

Por otra parte, esta verdad que podría haber pasado inadvertida por Alejandro, (el protagonista), surge porque él es un hombre solitario, pensador, desubicado, que en su fuero interno desprecia a los demás y da lugar al primer conflicto, entre "él" y los "otros".

Alejandro se siente solo, le aburre la gente enredadora y ociosa. Hay una total incomodidad entre él y el medio que le rodea; sentimiento que es compartido, pues para los vecinos de la pequeña ciudad él no es un hombre útil, ni alguien que les traiga algún provecho, sino simplemente "él que viene a recoger las sobras de lo que fue ra cuantiosa fortuna"... y que tal vez se quede a vivir allí.

Sin embargo, sonríe ante la gente sencilla porque la considera gente suya, vasalla de su familia, en alguna forma. Siempre tiene presente la idea de la posición y esto da lugar a un nuevo conflicto, entre lo nuevo y lo viejo.

Precisamente, al respecto de la comparación entre el tiempo actual y sus cambios, frente a lo tradicional dice:

"Dos siglos antes, ellos se arrodillarían an-

te él como los siervos al paso de sus señores. La aristocracia no consistía, como imaginábase la plebe ilustrada, en unas cuantas prerrogativas y unos cuantos pergaminos rugosos, con escudos impresos sobre lacre, sino toda una jerarquía espiritual. Las doctrinas y prácticas democráticas habían derribado, a golpes de ciego, aquella aristocracia natural, la de la sangre, y apenas acertaban a construir en cambio una aristocracia brutal, agresiva y más despótica que la otra: la aristocracia del di-
nero". (2)

Todas estas consideraciones, dolorosas para él, pero ciertas, le hacen pensar en el resurgimiento de una aristocracia, ante lo cual, él se siente impotente. Lo con-
firma el incidente con Juan Antonio, el mayordomo, que es un pícaro, un ladrón y a quien no despiden porque:

"se ha vuelto un personaje: es habilitador, al-
calde del pueblo y hasta propietario". (3)

Entre sus reflexiones evoca cuadros del cruel despo-
tismo ejercido por la clase terrateniente:

"Gonzaga añora los antiguos tiempos, aquellos tiempos razonables en que él, a semejanza de sus temibles abuelos, hubiera mandado azotar por los criados, en el patio de la casona, a Juan Antonio, tendido en el suelo como un es-
clavo vil, con las espaldas desnudas..." (4)

En el alma de Alejandro se libra una lucha entre la tradición y los valores actuales que influye poderosamente en sus simpatías y aficiones; por ejemplo, quiere a Her-
minio, el pulcro y diligente criado de Braulio, a causa del respeto que al criado le inspira su nobleza, por esto lo trata con benevolente simpatía. Con zalamería, Herminio lo conquista, diciéndole:

"Todos bien a Dios gracias, por esta casa, mi señor don Alejandro, hasta este humilde servi-
dor suyo". (5)

En algunos casos, se avergüenza de sí mismo, por sus

inclinaciones inconsecuentes con su nobleza, y guarda un rencor absurdo ante quien se las produce. Por ejemplo, en sus mocedades se sintió inclinado hacia Martina, una inquieta muchacha con la cual jugaba en el patio de su casa cuando era niño, y por la que, al crecer, sintió una gran atracción sexual que lo perturbó muchos días. Llegó a espiarla cuando ella iba al río y a estremecerse "ante los senos pequeños que violentaban la tela de la camisa". Sin embargo, su innata timidez lo hizo esconderse para que ella no notara su presencia, aunque derramó algunas lágrimas de rabia. El narrador explica:

"El muchacho olvidó pronto la aventura. Años más tarde, entró Martina al servicio doméstico de la familia de los amos: mas él no la importunó nunca, dominado por un rencor absurdo contra la rapaza". (6)

La prepotencia del que manda frente al que está a su servicio se pone en relieve cuando se refiere a Justiniana, una de las sirvientas de la casa, quien se ruborizaba discretamente y temblaba al servirle el desayuno al amo; lo que a éste le hacía considerar que sería peregrino y divertido que aquella muchacha "tan honesta y menudita de carnes", estuviera encaprichada con él, tan frío y tan solemne para tratar a los criados.

"Justiniana, zafia y simple, podía también amarle como cualquiera de las señoritas de la ciudad que le miraban con ojos tiernos; y si la pobre zagala le amara, este amor, con toda su rústica rudeza, sería acaso el único sentimiento legítimo que el hidalgo inspirase a una de sus compatriotas..." (7)

Más adelante completa estos razonamientos con cierto cinismo:

"La pobre fregona no pensaría seguramente en matrimonio ni la torturaría la opinión de una sociedad que no la tomaba en cuenta: iría al amor por la ley fundamental del placer, sin investigar el significado social de la palabra querida ni la del vocablo esposa". (8)

Palabras que ante un mismo hecho caracterizan las actitudes de dominio sin límites en la sociedad agraria del pasado, con resultados, muchas veces, desfavorables.

El segundo conflicto que surgió en él desde que era pequeño, como paralelo al anterior fue el de Campo frente a Ciudad, con lo que se coloca entre las características del criollismo hispanoamericano.

"Durante largos meses, Alejandro arrastraba la vida escolar como una condena: las vacaciones, de octubre a enero, eran a modo de desquite. Soñaba de anticipado con la época de libertad; y la sola idea de hallarse distante de los fríos salones de clase, allá donde la autoridad despótica del domine no alcanzaba; allá donde podría él vagabundear a su talante por horas, por días, por meses enteros sin que el jugar y el ambular de un punto a otro, entre el cañaveral, el río y la montaña, constituyesen delito que se purgara a tantos palmetazos y a tantas horas de encierro correccional, le henchía el corazón de un salvaje regocijo". (9)

Cuando Gonzaga sentía más que de ordinario la insupportable sordidez del Casino Mercantil, sombrío a toda hora, y de la gente que lo frecuentaba, solía encaminarse hacia las afueras de la población a echar un párrafo con Braulio Méndez, que poseía una linda esposa y vivía en una casa de campo, clara y llena de flores a la sombra de eucaliptos:

"delante iba Tedy, el perro bull-terrier favorito de Gonzaga, y detrás marchaba el hidalgo con tardo paso de soñador y un bastón en la diestra, contento de respirar el aire de aquellos campos soledosos, en donde los cerezos y los pinos, los eucaliptos y las añosas ceibas emergían por encima de las tapias negruzcas y los setos vivos de la carretera". (10)

Desde niño era el campo lo único que daba paz y alegría a su alma atormentada, pero su misión era otra, era vivir en la vieja y pequeña ciudad que despreciaba. Era renovar el solar de sus mayores al precio que fuera, por-

que toda su alma vivía apegada a su viejo caserón, en cuyas piedras sombrías asomaban pátinas de siglos, pues su verdadero conflicto era la HERENCIA, no sólo de la tierra sino del espíritu de su clase social.

En cuanto al enfrentamiento del hombre y la mujer, Alejandro responde con cierta timidez y desconfianza de sí mismo. Al pensar en la mujer de Braulio Méndez y en su temperamento ardoroso, tiembla de miedo. Una mujer así exige un hombre completo, sin cobardías, para realizar todo el milagro del amor natural y él sabía que era débil, que para una mujer de esa naturaleza le faltaba algo:

"que sustentara el espíritu y no le dejase solo en sus intentos y desamparado en sus tristezas". (11)

Hace reflexiones sobre el amor sexual producto de la fuerza y de la atracción física, solamente que no es el que llena la tierra porque él mismo se devora y se aniquila. Dice:

"Cuando el amor no florece en el espíritu, es monstruo que se devora a sí mismo, en la forma de una locura carnal o mística, como esos ermitaños habitantes de los montes desolados, que viven de yerbajos dentro de inmundas cuevas, junto a los animales feroces del desierto. No; no es tal amor el que llena la tierra; las mujeres se unen con satán en su odio a los anacoretas dementes, sabios en una ciencia inútil y frustrada. El amor que mueve el mundo y forma naciones y pueblos de hombres, animales y árboles, es la flor de la sangre y de la savia, la pasión que cae inerme dentro del divino torbellino de las fuerzas creadoras". (12)

Pero, entiende el amor en una forma total, en el que el ser se unifica con el Todo simple; el amor carnal solamente. es monstruo que se devora a sí mismo e igualmente nociva es la locura mística y lo compara con Satanás y los anacoretas, que engendra odio uno y frustraciones los otros.

Asimismo hace reflexiones sobre la fragilidad del amor:

"al que hay que tomar como un celeste vagabundo que anda de tierra en tierra: desdichado del que no escucha la llamada del viajero, que detiéndose sólo un momento a la puerta; abridle al punto; ofrecedle un sitio cercano al hogar y no le interroguéis por su nombre ni por su destino, porque si tal hacéis, el caminante, sin hablar una palabra, tomará otra vez su viejo bordón y, volviéndoos las espaldas, se alejará por el camino...". (13)

Después de estas consideraciones que sobre el amor son emitidas, analizando cuidadosamente el texto, llegamos a la conclusión que Alejandro no ama a Lalita y que si su traición le molesta y le duele, no es por el hecho en sí, sino por el temor a hacer el ridículo ante los demás: "el que dirán". De ahí, el siguiente fragmento de un diálogo:

"Opino como tú, aunque estos episodios mientras más estúpidos, son más naturales y más ciertos. Pero, suponiendo que sea mentira, ¿qué ha de servir ahora que Paco Lobos sea un canalla que ha mentido? De poca cosa. Mañana mismo inspiraré una burlesca compasión en los corrillos: cada saludo y cada sonrisa amistosa que me dirijan querrán decir: ya lo sabemos todo, pobrecillo. Y esto es intolerable: todo el mundo admirando a Paco Lobos y sintiendo despectiva conmiseración por el burlado. Ya sabemos de qué manera se ensañan nuestros paisanos en los personajes de este género de sainetes". (14)

Ya hemos visto que Alejandro es un hombre débil y fácilmente influenciado, por lo que Santos Fuertes, que no lo ignora, trata de desvanecer, con argumentos muy peculiares, los escrúpulos de su amigo.

"Convéncete Alejandro, resulta una solemne necedad encerrarse dentro del círculo vicioso de una inacabable cavilación acerca de un hecho que, en definitiva, no significa nada. ¿Que la rica heredera Eulalia Oseguera fue la amante incidental de un tal Paco Lobos, muy conocido en el Casino Mercantil? ¿Qué agrega ni

quita? Ciertamente que esta idea te atormenta; pero es únicamente por flaqueza tuya. Además una idea se destruye con otra idea; y la idea destructora debe ser, en tu caso, una idea general...". (15)

Más adelante agrega en el mismo sentido:

"Ideas generales que han sido hechas para servir de recurso supremo y salvador en los casos apurados de la vida". (16)

La idea general, en este caso, se basa en primer lugar, en la educación que Lalita, como todas sus amigas, ha recibido.

Muchachas frívolas y coquetas que viven en un ambiente donde no existen hombres de verdad y donde lo primordial es la diversión, el atavío y demás banalidades que consideran importantes las personas de su medio.

Y en segundo, que en éste, como en todos los ambientes pequeños, sólo imperan los valores netos, como son el poder y el dinero, y que con ellos se puede conseguir todo, hasta el olvido.

Para reforzarlos el agrimensor dice:

"La multitud es cobarde y por consiguiente servil. Adula a la fortuna; es su ley. Y como Gonzaga es yerno de un poderoso, de un afortunado, la plebe se contentará con murmurar un rato y hacer algún chiste a tu costa, por hábito, por tedio y por costumbre; pero olvidará pronto; rendirá el culto idiota, tradicional, a la fortuna y concluirá por torcer el gesto cuando a algún desocupado se le ocurra recordar el chiste inoportuno. ¡Es forzoso e irremediable!". (17)

Gonzaga, antes de tomar una decisión, que no ignora será determinante en su vida, en su casa y en su estirpe, medita, y repara detenidamente en los retratos de sus antepasados que cuelgan de las paredes y que dan origen a un tercer conflicto. El presente y el pasado.

"Aquellos hombres parecían extraídos de las sepulturas. No tenían para el nieto ni una mirada de ternura. Interrogó con el pensamiento a sus antepasados. ¿Qué misterio había en aquelea corriente de vieja sangre que, pasando a través de tantas venas, venía a verificar ciegamente en él las obscuras leyes de la herencia? No había duda; en el superviviente mandaban los muertos, los desconocidos muertos. Toda una larga casta, afinando y transmitiendo sus caracteres predominantes, dió al nieto un alma, un carácter y una personalidad. Sólo que mientras más trataba él de ahondar en sí mismo más sentía desvanecerse su personalidad. Había en ella a modo de caracteres superpuestos que se invadían confundéndose mutuamente, como las tintas de un crepúsculo de verano. En su personalidad reconocía algo decadente; algo que marcaba un fin, una disolución. Era como el impreciso remate de un edificio en que se amalgamaban cien estilos..." (18)

Nada más significativo en la novela que este párrafo tan claro en cuanto la fuerza de la herencia y la tradición, que da lugar a pensamientos deterministas, acordes con su manera pesimista de actuar, o mejor dicho de no actuar. No se preocupa en re-construirse. De poco valdrían sus esfuerzos, si en él prevalecían las fuerzas incontrolables de la herencia. La voluntad despótica, el misticismo sombrío y los pocos escrúpulos de sus abuelos.

5.3 La visión de la mujer

Aunque ya conocíamos el conflicto hombre-mujer es precisamente tan característica de Wyld Ospina la visión machista de la mujer, que es necesario tratar este aspecto por separado.

La mujer aparece en todas las obras del autor como una cosa banal, sin importancia, capaz de cualquier traición y de cualquier cosa baja; concepto que en una u otra forma se repite siempre.

En esta primera novela, la tía Engracia, por ejemplo,

personifica a la mujer soltera, que comparte, con el padre primero y después con el hijo, la soledad de la casona. Siempre fue fea, chica y esmirriada, sin ningún atractivo físico ni espiritual. Quiso ser monja, vocación muy acorde con las tradiciones familiares, pero en el convento no la aceptaron por padecer de imbecilidad progresiva, y poco a poco, dentro la misma familia fue relegada al olvido.

La madre de Alejandro era también una mujercita insignificante, de aspecto atontado, que permitió que le quitaran a su hijo recién nacido y que cuando podía estar con él lo único que hacía era llorar y besarlo.

Agueda, una mujer gruesa e impertinente. Carecía de todo atributo noble y femenino, al extremo que raptó al hijo de su hermano, "en nombre de la fe y la moralidad cristianas", apoderándose del cuerpo y del alma del niño, con las consecuencias nocivas que hemos visto a través de toda la obra.

Clara, la linda esposa de Braulio Méndez, coqueta y atractiva, "con las mejillas rosadas y el seno palpitante". Aparecía como la esposa intachable, sin embargo, poseía un temperamento ardoroso dominado por el supremo deleite de darse mediante las fórmulas pueriles de un amor socializado".

Era una mujer de doble moral, estaba siempre radiante, adormecedora y misteriosa.

"Pensó que una mujer así debería ser la felicidad; una mujer sencilla, alta y carnosa como las mujeres de la Biblia, que no decían jamás cosas profundas, ni ponían inquietud, sino placidez, en las horas de descanso y olvido".

(19)

Es decir, una mujer que podría ser usada como un mueble cómodo y que recrearía la vista como algo bello; que no dijere nada al espíritu, sino simplemente fuera un objeto de placer. Una cosa.

"Las criaditas, muchachas morenas, caderudas y sonrientes, zafias y simples, con quienes po-

dría gozar de un amor salvaje, sin compromisos ni ataduras, por la ley fundamental del placer, para el cual habían sido hechas". (20)

Y por fin Lalita, la muchacha elegida para esposa, que podría darle hijos, placer y dinero y que sería el eficaz y más cómodo instrumento para la reconstrucción del viejo solar, se prostituía en un campo inculto, sobre la maleza, como las zafias labradoras. Incidente que convenía olvidar.

5.4 Los hombres

Aunque en diferente forma, los hombres no son mejor conceptuados, por ejemplo:

Don Ramiro, el librero de la calle Real, con sus ojos de batracio, que sentía una desmesurada afición por averiguar la genealogía de sus prójimos. Prestamista, que trata de comprarle a Alejandro, aprovechando su necesidad, una propiedad a mitad de precio.

El Vate Mayorga, individuo granujiento, alcohólico y sentimental.

El Dr. Arias, quien le debía a uno de los Gonzagas -Don Juan Alonso- todo lo que era. Taimado, falso, mal médico, indiferente al dolor, ávido al dinero.

El Padre Atanasio, inmenso sebáceo, indiferente a la muerte y al Sacramento importante que administraba.

Oseguera, Licenciado en Derecho y propietario de envidiables caudales, con dedos enjorjados -majagranza- sin más superioridad que la del dinero.

Juan Antonio, el mayordomo, sujeto ladino, hombre-tón fornido y estúpido, mestizo cerril, que a base de robos y trampas ha llegado a ser Alcalde del pueblo, habilitador y hasta propietario. Poseedor del poder.

Braulio, el gordísimo Braulio Méndez, que posee una linda esposa que probablemente lo engaña; gordo y feliz, sin ningún valor intrínseco.

Abigail González, poeta mediocre, vago, dilapidador

de los pocos bienes que poseía su madre.

El tendero es a la vez prestamista; el togado forma comités bancarios y dirige industrias fabriles; el escritor desempeña un empleo en la Administración pública. Nadie puede llamarse con justicia un profesional..

Santos Fuertes, el agrimensor, amoral, acomodaticio, ocioso. Convencido del inmenso poder del dinero.

Y los Gonzagas, caballeros chapados a la antigua, con taras hereditarias que hacían pesar sobre sus hombres siglos enteros de vicios, de opulencia y orgullo.

Entre ellos, Don Juan Alonso, enfermo de algo impreciso, de una misteriosa dolencia de ánimo que nadie pudo averiguar jamás de donde provenía.

Alejandro, es un hombre débil, poseedor de un exiguo patrimonio que le fuera dejado en herencia y que cada día es menor porque no hace nada para levantarlo y que en vez de ayudarlo lo oprime.

El trasplante de una ciudad europea a su pequeña ciudad le es desfavorable pues existe una incomunicación total entre él y el medio que le rodea. Le aburre la gente enredadora y ociosa y piensa que él podría dedicarse al arte, a la literatura, pero tampoco lo hace.

Este fracaso literario será tal vez, el que más le duela, aunque no disminuye su sentido de aristocracia heredada. Con frecuencia recuerda los datos que su padre le diera acerca de su familia:

"Hombres hijos de una raza batalladora e inhumana, sin más ambición que el poder y el oro; que con el correr del tiempo ha ido decayendo y por los cuales siente una profunda aversión"
(21)

Comprende que es un ser cobarde e imperfecto, algo que marca un fin. Se siente solo y desvalido y no quiere estarlo por lo que se aferra a Santos Fuertes, el agrimensor, que con acertados argumentos le da un enfoque distinto a la idea del honor que él posee y le resuelve el pro-

NOTAS PARA PIE DE PAGINA

| | | |
|-----|---------------------|---|
| 1. | Wylá Ospina, Carlos | <u>El Solar de los Gonzagas.</u> Tipografía Nacional. Guatemala, 1924. Pág. 17. |
| 2. | " " | (ibid) pág. 39 |
| 3. | " " | 21 |
| 4. | " " | " " 21 |
| 5. | " " | " " 27 |
| 6. | " " | " " 30 |
| 7. | " " | " " 62 |
| 8. | " " | " " 62 |
| 9. | " " | " " 29 |
| 10. | " " | " " 25-26 |
| 11. | " " | " " 41 |
| 12. | " " | " " 41-42 |
| 13. | " " | " " 42 |
| 14. | " " | " " 71 |
| 15. | " " | " " 90 |
| 16. | " " | " " 90 |
| 17. | " " | " " 91 |
| 18. | " " | " " 88 |
| 19. | " " | " " 28 |
| 20. | " " | " " 62 |
| 21. | " " | " " 88 |

VI. LA GRINGA

Es quizá la mejor de las novelas de Wyld Ospina, publicada por la Tipografía Nacional en 1935. Consta de tres partes: "El Matapalo", "La Alondra" y "Garra y Ala".

Los protagonistas Eduardo Barcos y Magda Peña, a quien apodan la "Gringa", son presentados en tres etapas amorosas de su vida.

En torno a ellos se mueven también una serie de personajes secundarios, indígenas en su mayoría, que con sus costumbres, sus símbolos y su amor primitivo y ciego, nos dan una clara visión de la violencia y la lucha entre la barbarie y la civilización que existe en la América tropical, y que es el típico enfrentamiento en la novela criollista que se inscribe en la corriente de Rámulo Gallegos.

El amor está presente en todo momento, en diferentes formas y etapas.

El autor afirma que esta obra, mejor que una producción novelística, fácil de encastillar en determinados ficheros del género, es una llamada del trópico, que se enciende con furia tremenda y desaparece inusitadamente, de improvisó, como nació.

Para el desarrollo de análisis de esta novela seguiré un plan de acuerdo a la secuencia de la narración, en su primera parte: "El Matapalo" está antepuesta a "Alondra" cuyos sucesos ocurrieron en un seguimiento lineal, diez años antes que "El Matapalo". Con esto, Wyld rompe también con lo tradicional.

6.1 Argumento

La protagonista Magda Peña, norteamericana, al casarse, viene a Guatemala. Su matrimonio fracasa, pero el marido se niega a darle el divorcio. La acción de esta

parte de la novela se desarrolla en "Alondra" y tiene lugar en Quezaltenango, durante la época en que la tiranía de Estrada Cabrera subyuga al grupo de escritores quezaltenecos que se unen para cooperar en la caída del tirano. Eduardo Barcos es uno de los que dirigen el periódico opositor.

En una reunión artística del grupo conoce a Magda y se enamora de ella; quiere casarse, pero resulta imposible, en primer lugar porque aun no está divorciada y en segundo, porque por motivaciones políticas se ve obligado a abandonar la ciudad y ella se niega a acompañarlo.

Después de diez años de separación, vuelven a encontrarse, esta vez en la Costa Sur, donde Magda posee dos fincas que ella misma ha comprado. Barco llega a la finca acompañado de Mr. Benton, quien va a arreglar uno de los pulperos.

En este reencuentro el amor retorna con más fuerza en ambos.

Barcos cuenta a Magda sus aventuras y sus cuitas durante esos diez años de separación y como el prejuicio político que le quitó el trabajo lo obligó a partir hacia una montería del Petén, de donde tuvo que huir hacia México por haber matado a un montero criminal.

Magda trabaja en la finca y es bastante independiente. Barcos la admira y aunque a veces lo atormentan los celos, su amor es firme y ambos lo viven a plenitud. Ella desea realizar un viaje a Europa, pero para Eduardo resulta imposible por su situación económica, y aunque Magda quiere compartir con él disponibilidades y no viajar sola, él no acepta. Por esos días, el padre de Magda muere y ella va a Europa a enterrarlo.

Sobre el título de las partes de la novela dice Seymour Menton;

"la palabra garra se refiere al aspecto posesivo del amor de Eduardo, mientras que ala simboliza la partida final de Magda para Europa sin que Barcos la pueda acompañar". (1)

6.2 Conflictos

Uno de los conflictos principales por el que Magda atraviesa es que, por imperativos de la vida, se ha escindido por mitad. Una porción es la mujer femenina y tierna que se entrega con pureza e integridad al hombre que ama y cuyo talento admira. La otra se estructura viril como macho agresivo que para vivir tiene que luchar, ofender o romper muchas cosas.

Magda maneja a su gente con imperio de caporal, camina sola, por prados y cafetales, desafiando el calor, la tormenta y al hombre, de igual a igual. Es ella la que debe buscar y conseguir dinero para alimentar a su gente y levantar sus cosechas, debiendo tratar con banqueros, prestamistas y usureros y soportar ofensas y humillaciones en muchos de los casos. En todo esto actúa su porción viril, que como el matapalo, se adhirió a su "árbol femenino" y fatalmente lo está destruyendo, según la imagen que de ello hace Wyld.

Sobre esta división de su personalidad le habla a Barcos, quien con ella analiza el problema, y piensa que es un caso general en la mujer moderna emancipada; que en cada una de ellas hay siempre un macho púgil y agresivo, brutalizado y brutalizador a la vez, el que se atreve a todo, incluso a despreciar abiertamente al hombre. Y añade que siempre que una civilización ha dado libertad a la mujer se presenta el mismo problema.

Magda es una mujer liberada, con un concepto diferente, en el que, tanto la mujer como el hombre, tienen derecho a su libre albedrío. De ahí que para ella no quepa la idea de abandonar el campo y que proponga a Barcos que la acompañe.

Ella debe continuar con la obra que le ha llevado diez años y que le permite vivir y sostener a su padre enfermo. Si la parte viril desapareciera todo se haría añicos, frente a la debilidad de la mujer enamorada.

Barcos opina que el problema es: un problema interior desquiciante que sólo podría salvar un equilibrio entre el "monstruo" y la mujer; y analizando el hecho real, surgido entre ellos mismos, añade:

"Tu amor exclusivo a un hombre permite a las dos entidades porcionales convivir sin dañarse... mucho. Mas la situación no está resuelta. El problema afecta, furiosamente, al fondo. Los dos machos -que seríamos yo y él- se avienen de mala manera en torno a la porción femenina -a tí,- como Magda Peña. Y habrán de acometerse". (2)

Magda comprende el punto de vista de Barcos y aceptaría una relación que fuera menos sujetadora y que no la separara de sus obligaciones y de sus ideales como finquera que ama la tierra; de manera que sólo de cuando en cuando se pudieran encontrar.

Eduardo es el tradicional machista que quiere la dependencia total femenina, por lo que admite no poder quedarse junto a Magda si ella no renuncia a su propiedad y a su trabajo, y se va al extranjero a empezar, dependiendo de él.

Su visión de la mujer que asume un papel que corrientemente está asignado al hombre corresponde a lo provincial no de la Guatemala de las primeras décadas.

Este libro fue publicado en 1935 bajo el régimen del Presidente Ubico, quien también propiciaba esta idea sobre la mujer y sólo aceptaba ciertas profesiones menores como apropiadas a su sexo.

La reiterada alusión a hembra y macho evidencia el equívoco ideológico sobre lo que es esencial femenino y masculino y lo que es cultural.

Otro de los conflictos con que Magda se enfrentó es el relacionado con el campo y la ciudad y con el mundo civilizado y el no-civilizado, ya que después de educarse en Europa viene a Centroamérica empujada por un extraño destino. Su padre se opone, temeroso que el trópico se la trague, como se ha tragado a muchas otras personas de Europa y de América del Norte que han venido a nuestro país con el ánimo de hacer fortuna y que, cuando lo logran y pueden regresar a su lugar de origen, no lo hacen o si llegan a hacerlo, siempre vuelven.

Magda fue educada en la ciudad y vivió en ella. Ni en nuestra patria ni en la suya echó raíces sino hasta que después de su divorcio y de la primera separación de Barcos llega a la costa, compra las dos fincas que trabaja - con ahinco y hasta encontrarse a sí misma.

Por esa época, como ahora, la vida en las fincas era dura; sin embargo, ella no se omedrentó y lo que es mejor aún, comprendió a su gente, combatió sus penas y sus alegrías, sus muy extrañas reacciones y las hizo propias, aunque a veces tuvo que recurrir a la fuerza y a la dureza - para imponerse a trabajadores y a hombres que se tomaban libertades con ella.

La protagonista pasa por muy duras penas de soledad y violencia: los cuatreros se roban el ganado y hay que perseguirlos; los campesinos trabajan las tierras sin ninguna ciencia, luchando con enemigos incontables.

A veces llega a tener miedo, pero también a dominar -con instinto de mando- todas las situaciones y lo que tal vez para muchos parezca extraño, a amar las tierras hasta llorar por ellas, como indica Wyld Ospina.

"Vence el civilizado mientras logra mantener a raya al enemigo. Pero si el conquistador se ausenta, se duerme o se descuida el sentido del trópico se alzará contra el sentido de selección y minoría y lo aplastará". (3)

Y sin embargo, allí siguen viviendo. El nativo cuenta con la característica resignación que le viene de sus ancestros y el ladino o el extranjero, como Magda, con los intereses creados por la querencia y por ese singular amor a la tierra, imposible de explicar.

Su mayor conflicto surge cuando Eduardo Barcos, el hombre al que verdaderamente ama, le sugiere que abandone todo lo que tiene y lo siga, que huyan de allí, como de tierra de maldición.

Habría una solución. Casarse y vivir juntos en el hogar que Magda ha formado, pero Barcos no acepta y dice:

"Yo no penetro furtivo en era extraña. No soy

de los que se adueñan a ningún título, de bienes de mujeres y menos haciéndolas esposas. Es cosa mía: de mi estirpe moral". (4)

6.3 El Trópico como Símbolo

El trópico, en esta novela, tiene como símbolo al matapalo -planta parásita, que se apega a cualquier árbol - abrazándolo hasta momificarlo- símbolo también, de un carácter viril que ahoga la femineidad.

Se vive entre violencias y contrastes característicos de su clima y de su gente.

"América tropical es el individualismo, un cosmos que busca su conciencia. El único carácter histórico definido que se sorprende en ella es el vernáculo -el indio; pero se halla subyacente y sus raíces están petrificadas".

(5)

Uno de los símbolos mejor logrados -por el autor- al respecto, es la descripción del matapalo como el gran diablo de la selva americana, el que para realizar su obra -destructora utiliza una paciencia y una habilidad extraordinarias, ya que comienza siendo una ramita trepadora en la que nadie repara, que se aferra débilmente a un árbol bueno y que llega a lo alto, sin dejar ni una sola rama sin sacrificar, hasta que el árbol desaparece y en su lugar - queda el matapalo.

Como dice el autor:

"El matapalo ha realizado su metamorfosis. De trepadora, con tenue ramazón dispersa, se transformó en una síntesis leñosa, maciza, tubular. Ya es un árbol él también. Robó hasta la figura de su víctima: hizo la suplantación divina de las formas. Pero este árbol apócrifo no - tendrá prole de árboles". (6)

6.4 El Indigenismo

Wyld Ospina se aparta del lirismo con que fue tratado el tema del indio, y ofrece una pintura más realista de la que nos dio en El Solar de los Gonzagas.

Entre los personajes secundarios que figuran y dan mayor realismo a la novela, como una constante, aparecen los indígenas, personajes que el autor utiliza para hacer una denuncia sobre los problemas sociales como el de salud del campesino, al que siendo aún muy joven se lo traga la costa, el paludismo, los parásitos y el alcohol.

Barcos, como siempre, se anima y extiende en comentarios sobre el indio y cuenta que cuando la revolución - contra Estrada Cabrera a muchos peleadores de Totonicapán, famosos por su arrojo, les dieron aguardiente para que como fieras lucharan a favor del amo. Pero el resultado fue contrario; los indios se aflojaron y muchos gritaron "¡Vivan los unionistas!"

"Esto no prueba que el indio guatemalteco sea un mal soldado. Prueba que no se le ha educado para ello y que casi siempre fue mal dirigido. No se comprende bien que sus excelentes cualidades son la resistencia, la resignación y la lealtad hacia sus jefes; y se le pide, en momentos tal vez inoportunos, sólo coraje. Y se le da aguardiente cuando el indio, originalmente es un hombre sobrio. Remato, pues, en el punto de partida; el alcohol -extraño al indio como el opio al chino, aunque parezca mentira- subvierte al individuo".(7)

Respecto a la sobriedad del indio -afirmada por el autor- podría ser porque en la época en que él escribió esta obra haya sido así; sin embargo, en la actualidad, es cosa sabida que la mayor calamidad por la que atraviesan las familias indígenas es el alcoholismo; ya que el jefe de familia al recibir su pago mensual, quincenal o semanal gasta una importante cantidad en bebida, con detrimento del escaso patrimonio familiar. Y en las fiestas el padre comparte el licor con la mujer y con el niño, muchas veces de pecho, que la madre lleva cargado a la espalda, debiéndose también tomar en cuenta que la clase de licor que toman es tan mala, que forzosamente tiene que hacerles mucho daño y enloquecerlos como lo describe Wyld:

"Poseídos por la epilepsia alcohólica, habría bacanal de gritos, pendencias y llantos. La orgía del machete".(8)

Por otra parte, si el alcohol de caña no fue tradicional en las costumbres del indio maya, sólo fueron otras bebidas embriagantes, rituales y el uso de alucinógenos, por lo que es comprensible su propensión a la embriaguez.

El carácter fatal y resignado del indio lo tipifica este fragmento sobre Demetrio, que es un indio fino que al ser devorado por los parásitos intestinales que abundan en la costa, se muere solo.

"Vencido, no protesta ni se queja. Se repliega. Desaparece, si puede, en la montaña. Cuando la montaña está demasiado lejos, por su infortunio, acalla la nostalgia de las alturas, la nostalgia que le viene de atrás en atavismos seculares". (9)

Contrasta con la descripción realista del diario vivir y la miseria del nativo la pintura coloreada de las indígenas en el mercado, o endomingadas, y los indios compradores que van de madrugada al pueblo a mercar lo que necesitan.

"Las mujeres indias se enfundan en sus camisas blancas o de tintes que chillan entre el verdor de los caminos: azul rabioso, pitahaya lívido, rojo de papel de China... Y en el canasto a la cabeza, traen las viandas que serán el abundoso almuerzo de domingo". (10)

Las fiestas son siempre esperadas con gran ilusión. Una de ellas, la Navidad, animada por la marimba, y a la que Magda y Barcos tratan de alegrar con su presencia, se prepara anticipadamente, según relata el autor:

"La Flor de Pascua llamea ya, desde noviembre, entre los ranchos, sobre el verdor perpetuo de la tierra. Frescores de Navidad bajan a la costa desde las montañas del oeste. Hay alborozo en la peonada. Se hace una colecta entre los bailadores para el pago de la marimba, a mitad con la patrona". (11)

6.5 Visión de la Mujer

Como en todas las obras de Wylá Ospina, la mujer es

un elemento necesario en la vida del hombre, incluso para la felicidad que le proporciona el milagro del amor. Pero ha de estar supeditada a él, a la casa que es de él, al dinero y al espiritu, que también son de él:

"La casa ha de ser del hombre; el dinero del hombre; el espíritu del hombre. El inmenso reino de la voluptuosidad es de la mujer. Al celo de la pitia, agregaremos, para el diario vivir y la buena administración doméstica, las virtudes burguesas de la mujer, que pertenecen a la época cavernaria: el cuidado de la lumbre, el cosido del traje, el amamantamiento de los hijos y la formación del hato de bestezuelas familiares". (12)

Como deber femenino, expresado por él repetidamente está el administrar la casa, procurar ropa y comida y, naturalmente, dar hijos. Y, además debe dar placer y ser fiel al hombre, aunque él no lo sea ni le dé ninguna satisfacción. La mujer como los animales, los seres y las cosas, están sometidos a la influencia del trópico y al dominio del fuerte. La mujer en el papel masculino tradicional es rechazada por Wyld.

"La mujer activa, -las Magdas Peña- parecen - aquí una monstruosidad, y no quiero decir, pese a la galantería, que no lo sea. Mujer volitiva, supera al macho, y suele ser temida más que el hombre bragado". (13)

Afortunadamente esa opinión ha cambiado y aunque las mujeres indígenas, salvo algunas excepciones, siguen con los sistemas establecidos en la época cavernaria, sometidas, engañadas y menospreciadas por el varón, las de clases más altas han evolucionado notablemente, yendo a escuelas y universidades y preparándose con mejores armas para la lucha por la vida; pero, la discriminación continúa y los trabajos verdaderamente importantes siguen siendo para los hombres; hasta en la descripción física de la mujer de la costa, Wyld es de un realismo despectivo, como vemos al referirse a que tienen una juventud efímera:

"hasta los quince años, son pomas de fácil de leite. Hembras flácidas después, pasivas, procreadoras de carne herida, antes de nacer,

por el flagelo. Carne de tormento, que purgará su dolor en sangre y pus, y contagiará o hará sangrar a cuchillo otras carnes hermanas" (14)

Hay prejuicios tradicionales que están enclavadas en el corazón del hombre machista. Aun en los momentos de mayor ternura, Wyld es minus-valorador de la mujer objeto sexual y doméstico, y lo refleja en Barcos.

"Mag es una cosita maravillosa. Tal un elixir de alambiques remotos. Amita de casa, centavera y querenciosa, que sin embargo, cuando vas junto a tu hombre echas a volar la cantarida reverberante. Carnecita burguesa, almita amasada, como el pan con los buenos hábitos de tus abuelas caseras". (15)

Indiscutiblemente, el autor se inclina hacia la mujer voluptuosa y sensual, la de cabellos largos e ideas cortas, identificada con la tierra, a la que hay que dominar para que produzca. Concibe lo femenino en la tradicional mujer hogareña y pasiva y rechaza, en sus novelas, a la mujer superada.

Sin embargo, en la vida real, las mujeres que él admiró eran todo lo contrario, intelectuales, eficientes y con espíritu de lucha. Estuvo casado con la poetisa y novelista Malin D'Echevers, mujer además de empresa y de carácter dominante.

6.6 Los Personajes Masculinos

Mr. Benton es quien lleva a Barcos hasta Magda y le hace comprender el triunfo y el valor de ella, que es la sociedad, mala y cobarde, la que ataca arteramente a la mujer que trabaja y triunfa sola, a la que hace pagar muchas veces cualquier pequeña victoria con su reputación, reputación que el hombre nunca pierde, haga lo que haga.

Aunque desconoce el problema de Barcos, lo intuye y trata de ayudarlo, restándole importancia a que Magda haya tenido otros hombres en su vida, en contra de la opinión de Barcos que argumenta: aquí hemos escrito libertades avanzadas en nuestros códigos, pero la libertad del amor para la mujer nos parece todavía algo monstruoso.

Venancio Salvatierra, hombre de las monterías, ebrio y pendenciero, con toda clase de armas y caballos ensillados listos para cualquier emergencia y que no obstante su salvajismo y su amoralidad, ayuda a Barcos a atravesar la frontera, dándole lo que necesita, cuando éste mata al capataz Ortigales.

Demetrio era un indio delicado, que tuvo un buen rancho, buen trabajo y, por consiguiente, buena comida, y todas las mujeres que quiso, pero el paludismo y la disentería -que ni él mismo sabía donde cogió- acabaron con él, y ahora ya sin fuerzas, ni protesta ni se queja. Va muriendo cada día y solamente quiere un papel que haga constar que está enfermo para no ir a la semana de vialidad.

Eduardo Barcos, personaje principal masculino de esta novela es un hombre culto, inteligente, con ideales, que a pesar de todas sus cualidades ha fracasado en la política, en su profesión de escritor y en el amor. Por una dignidad mal entendida, o un machismo exagerado, no acepta la ayuda de la mujer que ama y que podría ser definitiva en el curso de su vida.

Es un hombre débil, insuficiente, incapaz de una acción determinada que le permita resolver problemas vitales. Se juzga ineducado a pesar de su cultura, el autodidacta de siempre que ha llevado una vida equivocada. No posee ambición, por eso nada ha hecho ni hará por el mismo.

Hay una identificación del autor con el protagonista, tanto en su profesión periodística, como en su dedicación a la literatura y poesía. Por eso, en la obra, se intercalan poemas de estilo modernista y coplas populares cuyo autor es Wyld y cuya paternidad en la novela aparece como el protagonista Barcos. El siguiente fragmento es uno de dichos poemas.

"Morenita de ojos malos
que desdeñas mi querer
porque me tomé unos tragos
y me bailé a otra mujer:

Potranquita cimarrona
que ansías verme domar,
y vas huyendo del hombre
que te quiere jinetear". (16)

Por otra parte, hablando de sí mismo con Magda, Barcos -al describirse- en realidad al que retrata es a Wylā Ospina:

"A pesar de mi cultura, sigo siendo el ineducado de antes, el autodidacta de siempre. Muchos de nuestros mejores hombres no recibieron mejor preparación. Son hijos de sí mismos y por eso en ellos el imperio de la Naturaleza es tan vivo y tormentoso. Instintos puestos en marcha y solo regulados por un cultivo espontáneo, ajeno al método y a la técnica que han hecho del europeo el tipo de civilización reinante, con dominio automático sobre el planeta". (17)

Barcos opina que nuestra realidad es otra, pero que no podemos exteriorizarla porque no tenemos conciencia propia, ni en la novela, ni en la pintura, que es donde afirma hemos ido más lejos y mucho menos en la música, que es pobrísima y de autenticidad dudosa. Con lo que, aun en este campo del arte, Wylā mismo se siente inferior, por lo que sitúa a Eduardo como consciente de sus limitaciones al tratar de justificarse, cuando Magda le propone que aúnen sus facultades y que así llegarán a ser ricos.

6.7 Algunas ideas sobre el Amor

Eduardo Barcos al volver a encontrar a Magda después de tantos años de separación piensa que su sola presencia logra abolir el desierto que está a sus pies, o sea como una compensación al sacrificio de encontrarse frente a un ambiente para él -como intelectual- poco atractivo. Hace esfuerzos por recordar versos que antaño le dedicara:

"Vago magnetismo de climas lejanos hace que se tiendan, soñando tus manos..." (18)

Los celos de él, originados por el pasado de Magda y la virtual coquetería y el rencor de ella, quizá por su prolongado abandono, frena el amor que ambos sienten. La llegada de Florencio, un hacendado rico que saluda a Magda con cortesía exagerada y confianzuda audacia, hace reaccionar a Barcos que vuelve a su relación con ella, que se entrega nuevamente a él viviendo momentos de ternura, de se

xualidad y a veces de amarga ironía y de indiferencia y despego. Magda le reprocha estos bruscos cambios:

"-¡Pero que gato eres! Buscas para dormir los rinconcitos calientes de mi carne, y te apelo tonas allí. Suave, cariñoso, dulce... y de pronto, por un incidente que te encoleriza, el zarpazo. Viene entonces tu ironía punzante, tu desdén glacial". (19)

Ella, enamorada, no obstante su superioridad, se empequeñece y reconoce su cosificación.

"-¡Calla, bárbaro! Soy muy poca cosa en realidad, pero soy tu cosa". (20)

La mujer de cualquier clase social, ladina o indígena, preparada o ignorante, pero enamorada, contribuye a su cosificación y en cierta forma desea ser dominada, circunstancia que en nuestros países ha contribuido al "machismo" y al abuso del hombre.

Entre otras cosas, los intereses creados se oponen al amor de Magda y Eduardo. Habría necesidad de un largo proceso de transformación de los intereses dominantes y de una gran habilidad y paciencia, pues nada traba más que un interés creado, ya que apenas plantado en tierra, comienza a echar raíces.

"Son más felices las pobres mujercitas que nada tienen y nada hicieron, excepto esperar el paso del hombre que habría de tocarles en suerte. Un simple atrape de mosquito por la arañita hacendosa". (21)

Para Wyld el amor entre los indígenas es violento y sensual, sobre todo, bajo efectos del aguardiente, exhiben su machismo:

"Los agresivos hacen estallar, como aullidos de coyote, sus gritos de imprecaciones retadoras, sus inútiles jactancias..." (22)

Pero según las consideraciones de Mr. Benton:

"-¡Schoking! Esto ser el amor. Ostedes desir que es siego. Mi dise que solo mira para adentro. Cuando el mochacho salga de la car-sol, dormir con la moyer, y después manso cor-derito detrás de eya..."(23)

Magda y Eduardo Barcos se aman, pero llegan a la con-clusión que deben separarse, porque juntos se anularían, ya que Barcos por sentirse inferior, no soporta a la mu-jer superior y querría someterla.

El destino interviene. El padre de Magda muere en Europa y ella debe ir a enterrarlo. De allí la separación, no por desamor sino por la fatalidad.

Es en la descripción final del viaje que emprende Magda para cumplir su deber de hija donde se perfila me-hor un sentimiento de constante renuncia del amor mate-rial y cotidiano por un culto idealizado que se disuelve en la distancia.

Este párrafo de Wylđ es muy significativo y da la clave de su concepto perecedero del amor, y con él cierra acertadamente la novela.

"Al paso de la yegua hermosa, caída la rienda, en la lejanía del camino... muy lentamente... muy lentamente hasta parecer visión irreal -una mujer que poco a poco va siendo una si-lueta... una materialización fugitiva de luz, de ritmo y de color desvaído- ya pronto sólo un recuerdo... Mag se borra... Mag se disuelve en el ambiente-océano del sol -tras un recodo del camino- más hondo que la muerte".(24)

6.8 Conclusiones

1. El tema principal es el amor, y la incompatibilidad de caracteres.
2. Al hombre machista, por culto y avanzado que sea, le cuesta admitir en su vida a una mujer superior a él. La mujer que se iguala al hombre está simbolizada - por el matapalo, como el carácter viril que ahoga la femineidad.

3. Se deduce que la tiranía del presidente de turno (Es trada Cabrera) es un claro ejemplo de cómo una actuación despótica ahoga, por mucho tiempo, los ideales e intentos de lucha por la libertad.
4. Como en otras de sus novelas el indígena por bueno que parezca está visto por el escritor en un sentido peyorativo, y el protagonista no es tampoco un triunfador, sino un hombre que a pesar de su preparación y altas condiciones, en la vida fracasa.
5. El final de esta novela queda abierto, con lo que, como en la novela contemporánea, se permite al lector darle el final que éste prefiera.

NOTAS PARA PIE DE PAGINA

1. Seymour Menton Historia Crítica de la Novela Guatemalteca. pág. 169.
Edit. Universitaria, Guat. 1960
2. Wyld Ospina, Carlos La Gringa. pág. 77.
Tipografía Nacional, 1935.
- 3.4.5 " " " (ibid) pág. 55, 80 y 52
- 6.7.8 " " " " pag. 51, 209 y 206
- 9.10.11 " " " " pag. 93, 31 y 203
- 12.13.14 " " " " pag. 79, 58 y 59
- 15.16.17 " " " " pag. 97, 212, 235 y 236
- 18.19 " " " " pag. 23 y 116
- 20.21.22 " " " " pag. 117, 129 y 32
- 23.24 " " " " pag. 36 y 303.

VII. LOS LARES APAGADOS

Escrita por Wylá Ospina, hacia 1938 - 1939 durante la época de don Jorge Ubico. No se publicó sino hasta 1958, aunque ya el temor justificado del autor había desaparecido gracias a la caída del dictador, en 1944.

Causas diversas no permitieron a Wylá Ospina verla publicada y fueron amigos y familiares quienes se preocuparon por su edición póstuma.

7.1 Los Larés Apagados contiene una fuerte denuncia social, en la que pone de manifiesto: injusticias, humillaciones y vilipendios sufridos por nuestros indígenas, desde la época de la Colonia hasta nuestros días.

Bartolomé Yat, personaje principal, no es conformista como suelen ser la mayoría de los miembros de su raza, por lo que insinúa, al final de la obra, la venganza del pueblo indígena, para la cual, en kecchí, su propia lengua, hace algunas recomendaciones, entre ellas las siguientes: Mex chal guan, tej rechan le chooch (no volváis hasta que la tierra sea vuestra). Una especie de anticipación de la recesión violenta en contra de la dominación ladina, que, aunque acallada, es la voz interior del que se siente desposeído de lo que le pertenece.

Podemos decir que esta idea es la que ha generado como reacción social, la actual insurgencia que ha reclutado al indígena en las filas de la guerrilla, guerrilla nacida por el impulso de la ideología marxista y su lucha por el poder, pero sobretodo, alimentada por el rencor de las etnias por su secular sometimiento.

7.2 Argumento

Bartolomé Yat, indígena kecchí, desea ser agricultor como sus abuelos maternos, porque siempre ha sentido gran amor a la tierra, pero su padre, que es carpintero,

se opone; quiere que tenga la misma profesión que él.

Ante la intransigencia de su padre, Bartolomé decide irse de la casa y comenzar a trabajar en una finca cafetalera llamada Chammima, propiedad de unos alemanes, como carpintero, para ganar dinero y poder comprar su tierra.

Como sabía leer y escribir, el alemán propietario lo distinguió, dándole otros trabajos, como caporal de campo cuando era necesario o ayudante del mecánico y cuando tenían invitados se encargaba de servir la mesa, por lo que, en poco tiempo, comprendió muchas de las frases que hablaban en alemán.

Bartolomé estaba contento en esos trabajos, a pesar de que ya no podía ahorrar lo suficiente para comprar el terreno que quería a causa de que parte de sus ingresos - los gastaba en vestirse y en comprar municiones para un rifle que don Volman le había regalado. Esto ocurrió cuando llegó una sobrina del patrón, Ethel, mitad india y mitad alemana, que trastornó a todos los habitantes de la hacienda.

Ethel -que era coqueta y alegre- manifestó interés en hacerse una buena tiradora de armas de fuego; así como demostró admiración por Bartolomé hasta que una vez dijo: Lástima que no seas más que un indio.

Ethel, posteriormente, se casó con un alemán viejo y gordo, que tenía dinero, y Bartolomé con la hija de su amigo, el anciano "banonel". Al principio fue feliz, don Volman le cedió una casita de madera con tejas de zinc, y él construyó sus muebles, cercó su vivienda e hizo un corral para sus animales.

A raíz de fuertes lluvias, los animales que tenían, murieron, el alimento se terminó y la esposa perdió a su hijo al nacer. Pasó muchas penalidades, sobre todo cuando una noche decide dar asilo a su compadre Juan, quien huía de la justicia por haber matado a un hombre en una riña y al calor de los tragos. Aunque eso era muy comprometido, no rehúsa hacerlo por razones éticas, ancestrales y humanas. Desafortunadamente, al compadre Juan lo encontró la justicia, llevándose lo preso, lo mismo que a Barto

lomé y a su joven mujer. A estos dos últimos, por encubridores, lo que es un delito penado por la ley. Finalmente, la mujer fue puesta en libertad y Bartolomé condenado a muchos años de prisión, hasta que, para un cumpleaños del presidente de la República, un indulto lo liberó.

Regresó a la hacienda a buscar a su mujer, pero no la encontró, pues ésta, cansada de su miseria, se fue al pueblo a vivir con un alemán, dueño de un molino de maíz.

Decepcionado, Bartolomé dio media vuelta tomando rumbo a la frontera, hacia otro país. En el camino encuentra a un ladino que pertenecía a la autoridad de la finca, quien lo reconoció y quiso volver a tomarlo prisionero. Bartolomé lo mata y sigue caminando.

La obra tiene así un final abierto, en cuanto al protagonista, y esto es tan intencional como esa sentencia final, que es también, puerta que queda abierta al indígena: No volváis hasta que la tierra sea vuestra.

El autor -pequeño terrateniente- conocedor del indio y a la vez artista intuitivo, la coloca como una premonición de la lucha a la que se entregarán los indígenas para recuperar la tierra y el poder que perdieron con la Conquista y luego con la Independencia bajo el criollo y el ladino.

En el fondo del significado de esa sentencia Wyld Ospina está como dando por hecho que esa tierra -algún día- volverá al indio.

7.3 Conflictos

Bartolomé era hijo de un carpintero; su abuelo paterno había sido uno de los mejores ebanistas de su tiempo, por lo que éste esperaba que Bartolomé siguiera el ejemplo de ellos.

El se inclinaba -como sus antecesores maternos- al cultivo de la tierra ya que por muchas generaciones ellos habían sido agricultores. Esto lo divide entre tradición paterna y vocación heredada.

Un "banonel" anciano, que le instruíra como un padre,

le enseñó muchas cosas, entre ellas ese destino agrícola del indígena que tradicionalmente se les inculca:

"el kecchí es hijo de la tierra, y si la pierde del todo, perecerá". (1)

Por eso mismo, se prometió cultivarla y no destrozarse los árboles de donde procedía la madera que su padre usaba en la carpintería. Quería comprar un terrenito y hacerlo producir, en lugar de contribuir a la tala de árboles, por su amor a la naturaleza y este sentido de protección ecológica.

Cuando trabajaba en la finca Chammimá y lo mandaron a dirigir una cuadrilla de peones que estaban talando un trozo de bosque para formar un almácigo de café, le dolía que para ensanchar los cafetales fuera necesario destruir los bosques. Bartolomé no quería contribuir a su derribo, recordaba las enseñanzas del "banonel" referente a que la tierra siempre quiere árboles y temía que con esos actos sacrílegos se provocara la ira de los dioses.

"Un árbol deducía Bartolomé Yat, es una cosa santa y por consiguiente, una cosa buena. Un palo de café es, sin duda un vegetal también; pero no es propio de la tierra kecchí. En el bosque paternal significa un intruso, usurpador de un sitio que no le pertenece; y por su existencia sacrificase el derecho de los abuelos de la selva". (2)

Otro conflicto se da entre sus logros y la naturaleza destructura como le pasa al casarse e irse a la casa de la finca que el patrón le cedió, donde hizo un corralito para sus animales, trazó un huerto para plantar hortalizas y, en campo abierto, su maíz y frijol.

Cuando un temporal los azotó, todo cambió en la vida de Bartolomé, perdió su casa, sus animales y los alimentos que guardaba en el tapanco.

Generalmente la lluvia es sinónimo de esperanza en todas las zonas agrícolas del país, pues las cosechas mejoran; cuando hay escasez de lluvia se hacen rogativas a Dios y a los Santos para que las envíe y los campesinos,

desde el amanecer, atisban el cielo para ver si aparecen signos de su próxima llegada, como el paso de los azacuanes, la posición de las nubes, el efecto de luna, etc.

Hay sin embargo, circunstancias fatales cuando llueve más que de ordinario, lo que da lugar a lo que se llama "temporal", como en el caso que nos ocupa, que llovió en tal forma, que el sol no aparecía sino por momentos. No se podía trabajar, por lo que Bartolomé se pasaba las horas en cuclillas atisbando el cielo. La lluvia no cejaba; los animales domésticos comenzaron a guarecerse en la casa y una noche llegó hasta un caballo.

Después, llegaron también animales salvajes como una serpiente de más de un metro de longitud -icbolay- que Bartolomé no mató, a pesar de ser una víbora de las más temibles de América, porque sabía que cuando hay un fuerte fenómeno natural, el ser vivo, sea cual sea es presa de miedo.

Cuando cesó el temporal fueron acogidos en la finca, pero el hijo que esperaba nació muerto.

Otro conflicto está entre tradición y ley. Bartolomé era un hombre honrado, cumplidor de la ley y siempre consecuente con sus patronos, con sus compañeros de trabajo y con las personas de su raza, para quienes la hospitalidad es sagrada. Para el indígena el compadrazgo equivale, en unos casos, a la adquisición de un hijo -el ahijado- y para éste, el lograr a una persona que hará las veces de padre en caso de desaparición o muerte del existente.

Por estas razones, fue que Bartolomé escondió a su compadre Juan cuando huía de la justicia por haber matado en defensa propia a un hombre llamado Miguel.

La autoridad lo encuentra y lo detiene por asesino y a Bartolomé y a su mujer por ocultarlo. Los dos hombres fueron llevados, por cordillera, a la Penintenciaria de Guatemala, donde después de complicadas interrogantes, declaraciones, cargos, etc., fueron condenados. La mujer fue dejada en libertad.

Bartolomé es sentenciado a muchos años y meses de

prisión, sin que se tomara en cuenta los antecedentes y circunstancias que podrían ser atenuantes. En este caso, como en muchos otros, la legislación no se adapta a la cultura de las etnias del país. Hay estado de legalidad pero no de derecho, para estos habitantes que forman en realidad distintas culturas en el mismo territorio.

A pesar de su escasa preparación, Bartolomé, resignado, piensa que no hay justicia para el indígena.

Como una de tantas prácticas de la dictadura, para el cumpleaños del Presidente, se daba un indulto. Con la salud minada por la enfermedad y mala alimentación, Bartolomé recibe esta "gracia" de parte de las autoridades, que no supieron comprender la diferencia que hay entre un verdadero encubridor y un indígena que se ve obligado por su tradición de compadrazgo a dar asilo al perseguido compadre.

El caso presenta la realidad del indígena que no tiene un abogado que lo defienda ni nadie que trate de ayudarlo, ni una ley que sepa adaptar los casos especiales de choque cultural.

Al ser indultado y volver a la tierra que considera suya, no encuentra nada ni a nadie. Toma el rumbo de la frontera que conduce a otro país, después de enfrentar a un agente de la autoridad que le había hecho mucho daño y que pretendía apresarlo de nuevo, por lo que antes de volver a ese "infierno" lo mata y huye en auto-destierro.

7.4 El amor y el indígena

Aunque en esta novela el amor entre ladino e indígena corresponde a otro conflicto, lo trato por separado por la importancia argumental que tiene.

A los veinte años, Bartolomé estudiaba en la Escuela Nocturna de Artesanos donde aprendió a leer y a escribir y a sumar y restar. Como su vida había girado siempre alrededor de su casa y su familia, su única ilusión era poseer un pedacito de tierra propia.

Al llegar a trabajar a la finca Chammimá conoció a Ethel, muchacha mestiza: indígena y germana, coqueta, que

excitaba el deseo de los hombres y la envidia de las mujeres, y parecía interesarse en Bartolomé, hasta que un día cuando el muchacho le sonrió y Ethel, sin medir la importancia de sus palabras dijo: lástima que no seas más que un indio. Esta frase estableció la enorme diferencia que existía entre ellos.

Con el estoicismo de su raza no dejó traslucir lo que sentía, aunque -con gran resignación- por dentro se sintió envenenado. Pensaba en partir hacia tierras lejanas, como había partido ella, pero él, para estudiar y superarse, aunque para el hombre pobre de su raza eso no es té a su alcance.

Por ésto una vez más fue a visitar al viejo "banonel", su maestro y amigo, quien le dió sus consejos y le ofreció "un guacal de batido", que compartió con él y que les fue servido por la más pequeña de sus hijas.

Bartolomé la miró con interés, y algún tiempo después volvió, la pidió en matrimonio y se casó con ella, - con lo cual libró al "banonel" de su "carga", como son consideradas por los indígenas las hijas.

La muchacha, humilde y diligente, cumplió muy bien al principio sus deberes de esposa y ama de casa, pero después del temporal, cuando perdió a su hijo, sus bienes, y Bartolomé fue hecho prisionero, se fue a vivir al pueblo con un alemán que poseía un molino y le solucionaba la vida. Por ello Bartolomé dejó su tierra y su país.

7.5 Visión de la mujer

Para Bartolomé, como para la mayoría de indígenas y acorde con el propio sentir del autor, la mujer es una cosa secundaria, en cuanto a su papel supeditado al hombre; lo comprobamos cuando Bartolomé quiso consultar a su madre sobre su deseo de ser agricultor y no carpintero, como su padre se empeñaba que fuera, y no lo hizo, basado en el principio kechí que dice que las cosas capitales de la vida no deben comentarse con mujeres.

Otra prueba de esta forma de considerar inferior a la mujer la vemos en detalles, como el lugar que ocupa la Virgen (el cuarto, después de la Santísima Trinidad) y que,

sin embargo, en el altar que tienen Gregorio y María Caal en su casa, está, a la derecha del Crucificado: Santo Domingo de Guzmán, y a la izquierda: la Virgen, porque entre los kech'nes la mujer siempre aparece colocada en escala inferior a la del hombre.

La mestiza Ethel, si bien es descrita como una mujer bella exteriormente, lo es sin ninguna belleza interior. Su matrimonio lo hace ver Wyld como una manera de venta al dinero del esposo.

Wyld Ospina, cuando se refiere a la hija del "banonel", hace alusión a que al casarse con Bartolomé "alivió a su padre de la carga". Si al principio parecía haberse encontrado una esposa buena, ésta al saberlo prisionero, pobre y enfermo, toma otro perfil: no lo espera sino que se va con un extranjero. El autor vuelca una forma de pensar misógina en sus personajes femeninos.

Sólo le queda la tierra, la tierra a la que tanto ha amado, y a la que no volverá hasta que sea suya.

Los lares están por el momento apagados, pero volverán... algún día, a encenderse de nuevo, o sea para el indio al momento en que la Tierra vuelva a ser suya.

7.6 Lo económico, social y el indígena

La economía del pueblo indígena, desde 1938, fecha en que se escribió la obra, hasta nuestros días, no ha variado mucho. Se basa fundamentalmente en la producción de maíz, que es la base de su alimentación y en su trabajo en fincas.

Cuando las cosechas son buenas, el precio del maíz baja y la cosa va más o menos bien para los que no lo producen, pero cuando hay escasez y los precios suben, como en la actualidad, la situación se vuelve angustiosa, al extremo que al indígena le preocupa más que la muerte, porque del maíz y el frijol depende, su vida. El indígena - que trabaja en las fincas, si no lo produce, queda sujeto a los especuladores. Los que tienen tierra propia se defienden y siguen sembrándolo, aunque saben, que si no abonan, las cosechas cada año serán peores, como ocurrió a los Mayas.

La situación económica sigue siendo mala, sobre todo para aquellos que viven en lejanos caseríos a donde no hay ni caminos para llegar, y que cuando salen a vender o a comprar algo al más próximo mercado tienen que caminar horas bajo el sol y bajo la lluvia.

Y como flagelo existe el alcoholismo, que es una enfermedad que incide directamente en la economía del indígena. Empiezan a beber desde muy pequeños.

El abuso del alcohol abrevia la vida, debilita la raza por su repercusión en la descendencia y conduce muchas veces hasta la locura por el uso del alcohol etílico.

Cuando es día de pago, gastan la mitad del sueldo en aguardiente barato y malo, y al llegar a la casa tratan mal a la mujer y a los hijos. Aunque es un flagelo que debe combatirse, no se realiza en la medida de la urgencia que demanda.

En la novela que tratamos, el propietario de la finca "Chammimá".

"Había comprado, para obsequiar a los trabajadores algunos barriles de aguardiente, y la elaboración del boj, prohibida de ordinario, dejése libre para los colonos". (3)

Respecto a la religión pagana del indígena y a los cambios sufridos con la llegada de los españoles, Wyld nos muestra que el cristianismo, como creyeron algunos misioneros ingenuos, no llegó a borrar su paganismo. En este sentido es bastante parcial y en extremo apasionado por dicha doctrina al juzgar que constituye comunidad con sentimientos de humanidad que desmiente la historia universal. Veamos este trozo:

"Que el sentimiento fatalista de las cosas es toda la base de la fe y de las prácticas del indio que ofrecen alguna resistencia. El indio sigue siendo amoral en el sentido cristiano. Es un observante: no un teólogo, ni un humanista. De aquí nació un error generalizado: creer que el indio posee el sentimiento de humanidad que es común a las colectividades

cristianas. Su inhumanidad -aún contemplado en sus más altas civilizaciones como la maya-quiché- es la de un pagano. Ni es compasivo ni es fraternal: condiciones impuestas por Jesús como supremo título de salvación".(4)

El autor menciona la paráfrasis de Chocano sobre frases estilizadas que revelan el temperamento indígena: Evasivo, Prudente y Desconfiado. Reacciones naturales de un pueblo sometido a otro.

Enfatiza Wyld en el sentido pagano panteísta del indígena sin creen en el más allá cristiano. La muerte le parece algo inevitable y lo único que verdaderamente le preocupa es la escasez de maíz, por la falta de lluvias, causa principal de esta calamidad; por ella ejecutan rogaciones y toda clase de ritos.

7.7 Uso de la lengua indígena

El autor vivió durante algún tiempo en Cobán, Alta Verapaz, y allí se connaturalizó con los indígenas y con el dialecto kechí, que es el que ellos hablan, razón por la cual, en esta novela al igual que en su libro de cuentos, usa con frecuencia no solamente palabras sueltas y expresiones, sino frases completas que nos dan una idea de algo importante o definitivo. Ejemplo Maa canab in tzolbal, cagua (Sigue enseñándome, Señor).

El autor, en el prólogo, hace algunas advertencias lexicográficas, como que la doble C en las palabras kechíes, se pronuncia como C simple. Es frecuente el uso de las vocales dobles pues parece que el resultado de la fonética kechí radica en esa peculiaridad, es decir en la pronunciación de solamente una, que es difícil aún para ellos mismos.

Es también corriente en el lenguaje actual de este dialecto el uso de algunos vocablos castellanos para objetos de la cultura occidental, o ideas como Dios.

Entre algunas de las frases que me llamaron la atención y que demuestran el uso de la doble vocal están:

"Cuut chi kuu" = (Quiero aprender).

"Jeo chan chan lin Naa ut lin Yuguaa" = (Como si fuera mi madre y mi padre) refiriéndose a la Tierra. (5)

Este dialecto es de genuino origen maya y se habla en varias regiones del Norte de Guatemala, especialmente en Alta Verapaz, y en el Petén, donde radicó la primera civilización Maya.

7.8 Conclusión

Los Lares Apagados, considerada por el propio autor más como novelita por su extensión, es quizá la novela más auténtica y a la vez más esperanzadora de las cuatro estudiadas, pues en contraposición al pensamiento pesimista y negativo de las anteriores, ésta abriga una esperanza.

"La tierra perdida por los indígenas, podrá ser recuperada algún día..."

La injusticia y las arbitrariedades son sus principales características, así como que con frecuencia usa la lengua indígena intercalada a la lengua castellana.

NOTAS PARA PIE DE PAGINA

1. *Wyl'd Ospina, Carlos* Los Lares Apagados
pág. 22
Editorial Universitaria,
1958, Guatemala.
2. " " " *Ob. cit. página 50.*
3. " " " *Ob. cit. página 71.*
4. " " " Carita Fina: Textos sobre la
novela inédita. Pág. 79 y 80.
5. " " " Los Lares Apagados
Ob. cit. página 22.

VIII. CARITA FINA

Hay una novela corta, criollista, del mismo autor, escrita en 1940, Carita Fina, que permanece inédita y es importante, en primer lugar, por los nexos temáticos con el resto de su obra narrativa: novela y cuento. En esta se ponen de manifiesto muchos puntos en común con el Sollar de los Gonzagas, como son: el desprecio a la mujer, la debilidad que se traduce en ayudantía, el cambio de "status" de hombres matreros con la complicidad del poder público y a base de negocios turbios; los juicios valorativos sobre el indígena y la tierra. A diferencia de las otras novelas concluye con el triunfo del amor y la rehabilitación del personaje principal.

Indudablemente, en Carita Fina ha vertido Wylá Ospina todos sus deseos y conocimientos sobre el cultivo de la tierra comparando los sistemas modernos con los de los pueblos prehispánicos y exponiendo técnicas para evitar la erosión. Se observa una verdadera preocupación por los daños de la deforestación.

Hay, en esta parte de la obra, grandes párrafos explicativos, exponiendo teorías para mejorar el terreno y sus cultivos.

Por otra parte, con gran influjo de la novela modernista, Wylá tiene páginas llenas de lirismo que son cantos de amor a la naturaleza.

Es significativo el que el autor se identifique con el protagonista y le de la calidad de escritor, le sirve de pretexto para hacer una larga exposición de sus ideas sobre los más variados temas, que incluye como si fueran notas de Julio Casales.

Durante la narración, Carita Fina va transformándose de un ser débil e introvertido, en un hombre fuerte, - vencedor del "macho" Santoro y de la madre impositiva, gra

cias al amor y gracias a la amistad.

Esta novela mezcla el modernismo -tipo La Vorágine de Rivera- con atisbos de la típica novela criollista centroamericana y con una confrontación del campo y la ciudad, sólo que a la inversa de la novela de Rómulo Gallegos pues para Wyld el campo es redentor.

Todo el pesimismo de Wyld sobre la incapacidad de -progreso del indio y su imposibilidad de incorporación a la cultura es -probablemente- por influjo de su ancestro anglófilo, como cuando menciona que a ningún colonizador inglés se le ha ocurrido sustituir la cultura de sus colonos, por la suya propia, y explica:

"Al indio lo debemos distanciar de nosotros en cuantos puntos irreconciliables tenemos con él, en vez de empeñarnos en resolver éstos con simples fórmulas legales y didácticas y luego afirmarle en su realidad autóctona".(1)

Pero sin olvidar que debemos combatir su ignorancia, dándole educación sin intervenir en sus modalidades psicológicas, tratando de ofrecerle nociones morales y prácticas que conduzcan a su mejoramiento integral; para lo cual haría falta capacidad, alta preparación e interés de quienes estén encargados de ello.

Esta visión de distancia y paternalismo colonial enlaza esta novela a la primera, El Solar de los Gonzagas, y la coloca como anterior a Los Lares Apagados en donde cambia su forma de ver al indígena, en la perspectiva de un futuro del que ya hoy estamos viviendo.

8.1 Argumento

Doña Paca, madre de Julio, como pago de un préstamo con hipoteca, se ha quedado con la finca Los Limones, dejando prácticamente en la calle a su comadre doña Brígida y a su hija María, a quien todas llaman "La Mariona".

Julio, de veinticuatro años, se enamora de María -mitad india y mitad española-, con gran disgusto de su madre que está decidida a romper ese noviazgo.

Para ello acude a Angel Santoro, hombre rico, prestamista con usura, que, gracias a sus malas artes, tiene a todo el mundo en sus manos.

Al principio, le confía la administración de la finca y aleja a Julio hasta la capital donde han vivido mucho tiempo, después se la vende.

Todo esto contraría mucho a Julio y le hace al fin independizarse de su madre, seguir estudiando y obtener el título de abogado, con gran complacencia de su amigo Ricardo Urbina, que viendo en él ya voluntad y decisión, le ofrece su muy valiosa ayuda.

El ofrecimiento lo cumple al comprar la finca y, a su vez, dándosela a Julio para que la trabaje. Julio vuelve a Los Limones y con él, pulperos, poleas, fajas de transmisión, vigas madres y un sinnúmero de instrumentos más que servirán para montar un buen beneficio de café un trapiche para moler la caña.

Cuando estaba admirando todo aquello y vislumbrando en su mente el adelanto que la finca tendría en poco tiempo Julio es interrumpido por la llegada de un patojo que va a avisarle que la Marfona, huyendo de Santoro, ha salido corriendo para el río. Julio reacciona y cabalgando al galope, en Relámpago, un espléndido caballo, con la sensación de algo triunfal, excita a la bestia con gritos salvajes y corre... corre, hasta llegar donde el mulero, que se encontraba mirando el río.

Armado de un rifle, que le da seguridad, lo amenaza. Calculando el arriego la desventaja que para él significa la diferencia de armas, pues únicamente tiene un revolver, se esconde rápidamente, tras un grueso árbol, y después trata de huir.

Aparece Ricardo, que deliberadamente no quiso ayudar lo antes, para que el triunfo fuera solamente suyo, y ordena al ladrón que se vaya y que no vuelva jamás.

Mirando hacia la ribera opuesta del río, ve a la Marfona que con las enaguas pegadas a los muslos, el cabello mojado y el corpiño ceñido, va hacia ellos.

Julio orgulloso, la abraza, la besa y la mima, y no

es su "carita fina", sino un hombre que se casará con ella y la cuidará y la amará.

Dice el autor:

"Lo recóndito primitivo nos ha salvado, como salvará a los hijos de nuestros hijos y a los hijos de sus hijos -mientras no falte el sol sobre el monte, a la hora de la cita labriega, y la tierra guarde el divino secreto de su silencio y de su hondura..." (2)

8.2 Conflictos

El primer conflicto con el que nos encontramos en esta novela es el de la amulación producida en Julio por su absorbente madre, la que a los 24 años aún lo considera - como a una criatura a quien hay que proteger y procurársele lo todo. Esta sobre-protección ha hecho de él un hombre débil, enfermizo, con urgencias viciosas que satisface con el dinero de su madre, hasta que se encuentra con la Mariona, muchacha del trópico, quien se le resiste y a quien él se entrega con la misma sumisión con que se entregó a su madre.

- "Diga, Julio, si ésto se formalizara di'algún modo, ¿que haríamos?"

- "Haríamos lo que tu quisieras".

O, en esta otra parte, donde se evidencia la dependencia sexual que tiene hacia la mujer fuerte:

"No es la Mariona aquella adolescente, protegida por el hada? Ha de ser porque me intimida su fuerza, me turba su sonrisa. No necesita usar conmigo de las armas activas y las artimañas tortuosas de la mujer: le bastaría con su presencia y su silencio..." (3)

La visión de la sociedad también crea conflictos en su alma, para él que cree ser un hombre justo. Le resulta repulsiva la actitud de su madre, que siendo amiga y comadre de doña Brígida, cuando ésta era "la riquita" del pueblo no vaciló en arrebatarse su finca, con sus cafetales, cañales y hato de ganado, por un préstamo hipotecario que no había podido pagar, además, hace que la desposeída se

muestre sencillamente respetuosa con el hijo del ama. Son actitudes que no comprende, como la de él mismo, con su insolente aplomo de joven rico, a quien le está permitido abusar de todo en el trato social, con el relajado consentimiento de las personas "bien" y a quien, sin embargo, le falla la Marfona, por la desconfianza que le inspiran los ricos.

"¡Dónde íbamos a parar uste y yo! Vaya, qu's mucha la diferencia. Su querida no quiero ser así mi matara. No me nace ¿sabe? ¿su qué, entonces?" (4)

Julio es un hombre que se siente muy solo, quizá por la actitud posesiva de su madre; las relaciones con ella son malas, disputan y se contradicen continuamente.

Habla despectivamente:

"del cretino del boticario", "del hotentote del Intendente", "la sanguijuela del guisache", "el ladrón del cantinero" y de él mismo, como "parásito vergonzante".

Las mejores relaciones las sostiene con su amigo Ricardo y con la Marfona, porque ambos le dan la energía que le falta. Reconoce la potencia de Ricardo, pero la acepta porque es de su clase, manteniendo con él una relación limpia; con la Marfona, en cambio, la que sostiene es turbadora por lo sexual que lo hace sentirse disminuido, medio hombre, por no poder aplastar sus escrúpulos y vencer su resistencia. Hay con ella un enfrentamiento, por la insuficiencia de él y la posición que quisiera tener.

El conflicto se agudiza entre el amor y el nivel social. A esta deficiente relación entre él y los demás contribuye su físico enteco, sus brazos delgados, su cuerpo chiquito y sobre todo su "carita fina", que se contrapone con la guapeza dura y ágil de Angel Santoro, mestizo fuerte y atractivo dentro de su rústica plebeyez.

Sin embargo, tras dos meses de vivir en el campo, de madrugar, de caminar a caballo por plantaciones y potreros, de participar en la vida y costumbres de su gente, Julio cambia radicalmente. Recobra la salud.

El verde de los limoneros, los pájaros, el río, las nuevas ocupaciones que se ha impuesto sembrando flores, - trasplantando vástagos, trabajando por primera vez el café que produce la finquita y la caña que debe vender en bruto -le hacen sentir que la vida ha vuelto a él; una vida plena, íntimamente ligada a la mestiza que su madre aborrece, "a la hija única, desposeída, que permanece en el terrón ancestral", como permanecieron sus antepasados.

La transformación de Julio puede apreciarse en el siguiente párrafo:

"Nunca imaginé que un día, con mis propias manos, por amor de otras manos morenuchas, anchas y duras como la tierra que hoy usurpo, pesaría y envasaría cientos de libras de café "en pergamino", viendo alzarse ante mis ojos, cada vez más altas, las pilas de sacos de yute, con marcotas toscas, a molde de hojalata vaciada, y a tinta negra de pan jabonoso". (5)

La Mariona, sin proponérselo y sin los artificios de las señoritas de la ciudad, ha logrado normalizarlo con la muda espontaneidad del agua que busca y encuentra su nivel, haciéndolo dormir tranquilo ocho o más horas diarias, hervir su sangre y palpar su corazón, como sólo palpita al encuentro del primer amor.

Al estrecharla entre sus brazos siente que es otro hombre:

"delira al sentir su efluvio de árbol joven, capitosamente florido, hermano de aquel árbol del río, en que ya está -fatal- la promesa ro tunda de la poma". (6)

8.3 La tierra vinculada al amor

Julio Casales, el parásito vergonzante, se ha transformado en un hombre nuevo. La tierra con sus emanaciones redentoras ha realizado el milagro. El muchacho joven con dinero suficiente para derrochar en juergas, caprichos y amorfos, el ser desvalido física y moralmente, producto, no diríamos de la ciudad, sino del ambiente en que siempre vivió, ha sufrido una total metamorfosis.

Sin embargo, se siente solo, entre él y los demás no hay comunicación. Por una parte, su madre, incomprensiva y llena de prejuicios, lo hiere y lo atormenta continuamente y por otra, las amistades que dejó en la ciudad que ni siquiera recuerda.

En el pueblo se murmura acerca de sus visitas a la casa de las dos mujeres del Plan de Abajo, chismografía - lugareña, más sañuda que cualquier otra. La Mariona, no obstante lo mucho que significa para él, comprende que no podrá ser nunca su mujer legítima, pues por el delito de ser pobre y por no haber recibido ninguna educación, sólo podrá aspirar a algún hombre de su condición; además que ella jamás se avendría a ser para él una aventura pasajera. La resistencia de la Mariona Julio no sólo la atribuye a su decencia innata, sino a que él no la atrae lo suficiente, y una vez más lamenta su físico delgado y su "carita fina" como causas de la minusvaloración sexual que supone le hacen poco atractivo a las mujeres. Julio, además, se enfrenta al choque de lo viejo y lo nuevo. Para él, lo viejo ha desaparecido; lo nuevo, en cambio, está representado por la finca Los Limones que trabaja con entusiasmo, por la Mariona, dueña de todos sus pensamientos y por Ricardo Urbina, a quien desde que conoció lo consideró como a un hermano. Respecto a él dice:

"La teoría de las auras personales no debe ser una invención de ilusos visionarios. En la Tierra y en los hombres existen radiaciones imponderables que nos benefician y otras que nos dañan, incluso hasta matarnos poco a poco. Desde el momento en que lo conocí, hube de sentir que era mi hermano. Que su aura y, la mía constituyeran sin duda dos fuerzas simpáticas".
(7)

Y así ocurrió, la amistad con Ricardo fue para Julio como un tónico; su fuerte personalidad le proporcionó el equilibrio y la seguridad que necesitaba, haciéndole sentirse protegido y comprendido, con la clase de comprensión que había menester y que sería decisiva en su vida. Charlaban mucho y de diferentes temas, lo que le permitió al autor externar sus propias ideas, como al preguntarle Julio lo que piensa sobre la civilización y las guerras. Responde:

"-Para mí, Julius, la cuestión puede estar en que el mundo posee harta riqueza mal empleada, mucha ciencia mal aplicada; mucha política y literatura morbosa. No se como ni en cuanto este exceso haya participado en el aniquilamiento de la fe antigua -o si quieres, de la gran ilusión antigua- y por consiguiente, de la moral de nuestros padres; pero siento que el mundo está podrido. Esta es la palabra; podrido".(8)

En cuanto a lo de precursión de la novela guerrillera, vemos este párrafo tan significativo como grito de combate y denuncia de lo corrupto, puesto que está ligado al anterior;

"¿Qué debemos hacer en esta hora tremenda? -Los que deben pelear, pelear como fieras para salvar no las tradiciones, sino la dignidad del hombre; los otros trabajar como burros, espantamos las moscas y creer cada uno en sí propio. Lo restante vendrá por añadidura".(9)

No hay que olvidar que Julio pertenece a la estirpe de los Casanovas, llena de prejuicios, y a quien le está permitido abusar de todo en el trato social y al que le ha sido inculcado desde muy niño, el valor omnipotente del dinero. Es un representante de lo antiguo, como también lo es su madre, mujer de doble moral, que, por una parte, quiere conservar limpia su estirpe y, por otra, aumentar su patrimonio sin importar los medios ni a quienes perjudique. Por ello es relevante la respuesta agresivamente ideológica de su amigo.

Siempre hablando de lo nuevo, para Julio Casares, pero viejo para la zona donde se realiza la acción, Ricardo Urbina habla de Angel Santoro, personaje importante por la influencia negativa que ejerce en todos sus habitantes. - Por su condición habitual lo describe como:

"Animal de presa, posee un gran instinto de dominación, una excepcional aptitud para trepar por la vida (...). Cuadrado de egoísmo, pleno de energía, es un hombre de apetitos groseros, peligrosos y jamás saciados".(10)

Y pensando en Santoro describe la forma en que algunos hombres hacen riquezas sin detenerse ante ninguna norma ética ni legal:

"Comenzó arreando mulas por los caminos fangosos y las montañas abruptas, como peón de ayuda. Adquirió más tarde un patacho de bestias de carga, merced a la complacencia de un finquero opulento, a quien supo ganarle la simpatía y al que traicionó después acusándole de conspirar contra el gobierno constituido, en uno de tantos períodos de revuelta subversiva, por los que el país pasaba en otras épocas. - Con tal expediente, consiguió, eludir el pago de un adeudo y meter a su protector en la cárcel. De fletero ascendió, por méritos adquiridos en el espionaje y la delación, a la Alcaldía de su poblacho natal". (11)

Y éste era el hombre a quien la madre de Julio confió la administración de la finca primero y a quien le fue vendida después, con objeto de alejarse de Los Limones, se parándolo definitivamente de la Mariona.

El, que en vez de mulas comenzó a arrear indios, el hombre que representa lo nuevo, antítesis de Julio, encarnación de lo viejo.

¿Dónde está lo equitativo? En él, a quien la vida del campo parece haber cambiado, que se considera justo, pero que, sin embargo, no se atreve a casarse con la mujer que ama, por considerarla de una clase inferior? ¿O en el otro, fuerte y valiente, capaz aunque sea con malas artes de lograr lo que se propone...?

Como en la novela anterior, otro de los conflictos que confronta el protagonista es el de la ciudad y el campo, en lo que se perfila como obra criollista.

El es un hombre de ciudad, en ella ha crecido y estudiado; ha jugado con soldaditos de plomo en su niñez y al llegar a ser hombre ha obtenido de su madre el dinero necesario para derrochar en juergas, que han hecho de él un ser enfermizo, abúlico y desorientado.

Una temporada en el campo lo transforma en un hom-

bre nuevo que siente la necesidad de libertad, de olvido, de aire puro y cielo abierto.

Comienza a trabajar la tierra, aprende lo que son - limpias y chaporros, plantillas y almácigos y todos los - otros menesteres y sacrificios que requiere el cultivo del café durante muchos años, para obtener su fruto.

Con ayuda de "tres mozos" hace un jardín donde transplanta vástagos, siembra semillas pedidas a la capital y almendros y claveles que le hacen soñar... En él se ha efectuado una total transformación. Ahora ama el campo y necesita de él, como ama y necesita a la Mariona.

"El padre la rubricó de cafetos y cañales, e inundóla con semilla enjuta al par que fertilizaba el vientre de la esposa con la mies de su entraña. Y la hija única, la desposeída que permanece en el terrón ancestral, habrá de darle otra generación campesina que le ponga alma viviente, si se la obliga a alumbrar aquí como alumbraron sus abuelas". (12)

Fiel a su idea tremendamente negativa de la mujer, que como una constante el autor expresa en todas sus obras.

Respecto a la civilización dice:

"La civilización es obra moral de la hembra, o por lo menos le influye de modo decisivo. Por eso nuestra civilización occidental es una serie de concesiones y de convencionalismos. La mujer ha sacado el mejor partido de ellos. No va a la guerra; no tiene la obligación de inventar ni perfeccionar nada que concurra al mejoramiento de la vida; y salvo entre las clases llamadas proletarias, aún cuando carezcan de prole, no labra la tierra, ni la cosecha, ni abre o explota la mina, ni vence los peligros del mar sobre la fragilidad de los barcos, de igual manera que no surca los aires ni se pierde en la monstruosidad de los territorios inexplorados". (13)

Respecto a estos comentarios, debemos tomar en cuenta que la novela fue escrita hace casi cincuenta años, y

que desde entonces hasta nuestros días, el estatus de la mujer ha cambiado un tanto, siendo muy pocos los campos en que ella no ha intervenido con éxito, a pesar de la oposición sistemática del hombre y de la terrible lucha que ha tenido que librar.

La no civilización, por el contrario, no beneficia ni a hombres ni a mujeres y es la causa de la explotación indígena, del empobrecimiento de nuestros suelos y de la situación estática de nuestro país, no obstante su aparente riqueza.

8.4 Visión del indígena

Entre los diferentes aspectos socio-económicos que aparecen en la obra sorprende que, a pesar del tiempo transcurrido desde que se escribió, sigan hoy teniendo validez. El indio continúa oprimido, mal alimentado, sin ambición y sin esperanza, resignado a su propio destino. La tierra, que conforma las fincas pequeñas, las parcelas, trabajadas en forma empírica y rudimentaria, con cultivos impropios, sin ninguna guía científica, van perdiendo fertilidad y riqueza cada día, sin que haya verdaderamente alguien conocedor del problema que trate de remediarlo. Consciente de que repercute directamente en la pobreza de nuestro país, Wyld Ospina dice al respecto:

"Materia bruta ambos, tienden a anegar en ellos, disolviéndolo, el trabajo inteligente y reformador. La tierra y el indio se nos acaban entre las manos. La primera huye hacia el océano y el segundo fuga hacia el tiempo. El indio, que hace mucho dejó de constituir un pueblo, forma una muchedumbre estática que ha de moverse a empujones de obstinación y fría inteligencia. (...)

La tierra, enferma de erosión, descarnada por los elementos naturales ingobernados hasta ahora, empobrecida por la rutina del labrador, reclama lo mismo que nos exige el indio: violencia perenne y aferrada, a cuyos efectos, sin embargo, se nos va muriendo cada día. Error de principio, error de la colonia y de la república". (14)

Wyld tiene un concepto minus-valorativo del indige-

na que lo lleva hasta menospreciar los avances que tuvo la cultura maya. No valora ni su capacidad matemática ni astrología, artística, etc, que son mundialmente reconocidas. Llega al extremo de reprochar que su astrología no los libró de las consecuencias de la naturaleza; lo que ni siquiera la ciencia de nuestro avanzado mundo tecnológico de hoy ha logrado. Este párrafo es claro:

"sus conocimientos astronómicos, su matemática estelar, no pudo servirle para crear una meteorología que lo salvase de las contingencias naturales, causantes de sus éxodos y sus hambres milenarias. Y ni su astronomía, ni su física, ni su química fueron capaces de sugerirles un sistema científico que se acercase a nuestra moderna agricultura. No logró siquiera imaginar el silo, génesis probable, a lo que aseguran autores responsables, de más de uno de sus desastres colectivos. Sus sistemas económicos no eran malos al parecer, y en parte, superiores a algunos de los actuales. Su comunidad en el trabajo, su mutualismo, su sentido de la tierra y la defensa de ella, fueron ejemplares. Pero resulta indudable que su civilización incompleta en la técnica, decayó quizá antes de integrarse. Es hecho probado que a la venida de los españoles, nuestro indio estaba en franca decadencia".(15)

Esta decadencia de los mayas desde hace ya tantos años, indiscutiblemente es una realidad. Su cultura abortada por la conquista y la nueva Europa y el sometimiento a la condición de mano de obra agrícola mal alimentada terminó de minarlos.

8.5 Conclusiones

Quizá el mérito que tenga este trabajo sea el insertar en él, los textos inéditos de la novela llamada "Carita Fina" escrita en 1940, y que por diferentes circunstancias no fue publicada en vida del autor.

Como las anteriores, uno de los temas principales es la ineficiencia del protagonista masculino, a pesar de su talento y preparación. Pero, en este caso, logra ser vencida por la ayuda eficaz de un buen amigo.

El amor, que a él mismo le cuesta aceptar, por tratarse de una mujer mestiza que no es de su clase, aquí parece tener un final feliz, siempre dentro del final abierto que al autor le es peculiar.

Hay denuncia, no solamente hacia injusticias y arbitrariedades, si no hacia el mal tratamiento que a la tierra se le da, provocado por ignorancia y falta de guía, - que origina erosión, malas cosechas y pobreza.

Su prosa es clara y describe con un gran realismo la vida del agro guatemalteco.

NOTAS PARA PIE DE PAGINA

1. Wylđ Ospina, Carlos Carita Fina
Textos sobre la novela inédita. Guatemala, 1940. Pág. 82.
2. " " " (ibid) pág. 149
3. " " " " pág. 33
4. " " " " pág. 23
5. " " " " pág. 35
6. " " " " pág. 30
7. " " " " pág. 47
8. " " " " pág. 50
9. " " " " pág. 50
10. " " " " pág. 51
11. " " " " pág. 52
12. " " " " pág. 35
13. " " " " pág. 110 y 111
14. " " " " pág. 57
15. " " " " pág. 78

CONCLUSIONES

El estudio de las novelas de Wyld Ospina me ha llevado a las siguientes conclusiones que sirven para justificar la hipótesis inicial:

1. Estilísticamente hablando, Wyld Ospina fue un escritor criollista, porque sus novelas tienen un fuerte sabor guatemalteco, y presentan la acción devastadora del trópico sobre el ambiente, la economía y la sociedad. La innovación que introduce en el criollismo consiste en el uso de lenguas indígenas como recurso realista de gran trascendencia literaria.
2. Wyld Ospina hace muchas referencias al gran amor a la tierra que el pueblo indígena y el ladino agricultor sienten. Describe las diferentes configuraciones mentales del indígena y del ladino.
3. Carlos Wyld Ospina muestra los enfrentamientos característicos del criollismo: de la civilización contra la naturaleza, la tradición contra el progreso, y añade el enfrentamiento del hombre y la mujer. Prefiere a los personajes masculinos con todos sus defectos, generalmente escritores, débiles, víctimas de la naturaleza, de las circunstancias, de la madre: anti-héroes. Y a la mujer, la cosifica y la ve siempre en forma peyorativa.
4. Además, se anticipa a su época haciendo denuncia: las autoridades y la sociedad, en nombre de la fe y la moral cristianas, cometen grandes injusticias; la discriminación del indígena y de la mujer.
5. Románticamente, las obras de Wyld Ospina, nunca tienen un final feliz.

BIBLIOGRAFIA

ALBIZUREZ PALMA, Francisco y BARRIOS Y BARRIOS, Catalina. *Historia de la Literatura Guatemalteca*. Tomo II. Guatemala: Editorial Universitaria, 1982.

ANDERSON IMBERT, Enrique. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.

CARRERA, Mario Alberto. *Opinión*. Los últimos años de la novela guatemalteca. Guatemala: Diario El Gráfico, marzo 10 1985.

La Novela que anuncia la Novela Guerrillera en Guatemala. Guatemala: Revista Humanidades, - Edición América, Junio 1988, página 39.

CEREZO DARDON, Hugo. *Ensayos*, Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra, 1975.

ECHEVERRIA, Amílcar. *Antología de prosistas guatemaltecos*. Leyenda, Tradición, y Novela. Guatemala: Editorial Universitaria, 1957.

GALLEGOS, Rómulo. *Doña Bárbara*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.

O. DON KIM. *Descripción de algunos elementos de la novela La Gringa*. Guatemala: Universidad de San Carlos. Facultad de Humanidades, 1964.

MENTON, Seymour. *Historia Crítica de la Novela Guatemalteca*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1960.

WYLD OSPINA, Carlos. *El Solar de los Gonzagas*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1924.

La Gringa. Guatemala: Tipografía Nacional, 1935.

CARITA FINA

---0000000---

NOVELA

1940

GUIÓN IDIOMÁTICO

En esta novela no se mantienen preocupaciones de purismo idiomático; pero se ha procurado salvar lo que llamaré la propiedad vital del lenguaje.

Con esta frase quiero exponer que, según pensaba el ilustre Unamuno, considero que el género novelesco, lejos de entrañar el carácter meramente ficticio que por lo común se le da, es el género vitalista por excelencia; vale decir: trasunto superior de la realidad en el arte. O expresado de otra manera: novela significa, literalmente, vida.

Cuando el novelista habla por sí, podrá ser lícito ponerle pleito a causa de los vicios de dicción que comete. Mas no lo es cuando hablan sus personajes, cuyo lenguaje vivo, verdadero, se caracteriza en buena parte por esos vicios de dicción, modismos y giros regionales.

Yo prefiero maltratar a la gramática en cambio de no enmendar la plana a la realidad. El hecho vital está, a mi juicio, por encima del fuero idiomático. Cuido, pues, de conservar en mis historias novelescas, hasta donde lo creo pertinente, el habla vulgar y más o menos incorrecta que usamos a diario. Los provincialismos guatemaltecos, cuya acepción pueda ser incomprensible para el lector extranjero, van escritos entre comillas.

Pero me abstengo de definir los modos del habla popular. La razón es obvia. Semejante tarea, prolija de suyo, invadiría los dominios del gramático y del lingüista, dando a la novela ridículos afeites de erudición y postizos arrequives académicos.

Entiendo que mi criterio se justifica mayormente por el género literario a que esta novela pertenece; el criollo o regionalista. ¿Qué sería de él si se le negaran estas licencias que exige una necesidad inexcusable?

*Sirva al lector este gui3n, para no llamarse a error,
y a mi como salvaguardia de malas interpretaciones.*

CARITA FINA

1

Da ganas de abrirla como una fruta, y meter los dientes en ella chupándola hasta agotarla...

Tal escribía Julio Casales a su condiscípulo Félix Peñalba, licenciado en Derecho y "chapín" de pura sangre: - amigo de la parranda y del "choteo", sempiterno contador de chistes, empedernido burlador de mujeres, deportista a ratos, despreocupado y escéptico, en las floridas lindes del treintena.

Julio Casales es, en cambio, un muchacho de imaginación fogosa y enfermiza sensibilidad. Comido de heteróclitas lecturas, llama a los libros mi morfina, no obstante haber probado la verdadera. Menudo de miembros, pequeño de talla, lindo de rostro: en suma, una naturaleza oscilante entre las ardentías del efebo y las vaguedades del andrógino. Hijo único de madre rica y fracasado cursante de leyes, tiró fatalmente por la literatura, como quien se deja deslizar pendiente abajo.

Julio Casales posee talento literario; mas con su dinero, sus vicios, su simpatía personal y sus astucias de criollito, con la necesaria dosis de dolo en la vida, según afirmación suya, hubiese podido de todas suerte ganar se una reputación de literato, aun careciendo de la fértil imaginación y de la miscelánea cultura que tiene en su abono.

x x x

... Da ganas de abrirla como una fruta, y meter los dientes en ella chupándola hasta agotarla. ¡Si vieras! Es una moza de romance castellano de desnudos y candorosos romances con sabor a Gerineldo y Delgadina. ¡Y cómo quisiera ser yo, amigo mío, un tipo semejante al Lucas Barroso del otro romance macho! Para que te encorajines conmigo, te copio, porque estoy en vena de citas clásicas:

--Gerineldo, Gerineldo,
mi caballero pulido,
dichosa fuera la dama
que se folgara contigo!
--Se burla de mí, señora,
porque a su mandato vivo.
--Non me burlo, Gerineldo,
que de veras te lo digo;
a las diez se acuesta el Rey,
a las once está dormido...

¿Recuerdas de cuando leímos la antología y gustamos de la flor carnal, trágica y sonriente, de los romances viejos, de los cantos de gesta, con perpetua frescura de vega umbrosa, entre quejumbres de torrentada y molicies de tomillo y yerbabuena? ¿Te acuerdas de Delgadina?:

El buen Rey tenía tres hijas
muy hermosas y galanas;
la más chiquitina de ellas
Delgadina se llamaba.
--Delgadina de cintura
tú has de ser mi enamorada...

Y para exasperarte:

Allá va Lucas Barroso,
vaquero de gallardía;
lleva las vacas cansadas
de subir cuestras arriba...

Ya oigo tu comentario desdeñoso: --¡Eso es literatura! El campo sensual de la Finojosa sólo existe en las imágenes de los poetas. Bueno para la poesía; adecuado para la novela, inmejorable para tí, holgazán de siete suelas. Pero falso. En tu finca no hay sino indias piojosas, muchachitos uncináricos, borrachera y andrajos, calor y zancudos...

No, caro Félix. No hay todo lo que tú supones y hay algo más de lo que imaginas. Esta finquita de mi madre --porque a quien mucho tiene Dios le da más-- está en clima templado, sobre una altiplanicie recogida, entre un valle vergélico, por arboladas serranías; y ahora preside mayo...

Mírala como yo la ví, viniendo ella del río. Al aire la cabellera prieta, trae un rebozo pitahaya a cuadros negros, terciado sobre el pecho y cogido con la mano diestra, dejando al descubierto el brazo moldeado a torno y el robusto cuello campesino; una figura de sas que suelen aparecer en los lienzos de Garavito y en los dibujos de Gálvez Suárez. Aparte aquel rebozo y la enaguilla blanca, la Marfona viene desnuda. Acaba de bañarse en el río, quebrada abajo, y sube la veredita del ribazo, entre la milpa tierna. Chapuzó un poco en la pocita, donde, a través del agua límpida, espejean las partículas metálicas del lecho pedregoso. Diose una enérgica jabonadura en todo el cuerpo sepia, arracado al caobo, restregando bien la mata densa de su pelo; y la carne trasciende todavía al agua montañera, recalentada al sol y trashumante por espesuras selváticas, de donde viene, y entre grupos de limoneros en flor, por donde huye...

x x x

Esta carta de Julio Casales a César Peñalba quedó inconclusa y nunca leyóla el destinatario; pero sirvió de principio a unas memorias íntimas del autor, quien continuó de la manera que en el curso de estas páginas se verá.

2

¡Veinte años los de la María López! Me cuentan que desde chica fue crecidona, como que al filo de los trece ya tenía la talla y la complexión, un poco bronca, de estas mestizas de por acá, famosas por su guapeza y su sangre brava. A causa de la precocidad de su desarrollo, la llamaron "la Mariona"(1). Nadie la conocía por otro nombre, ahorrándose el López. Viajeros distantes bromeaban al paso con la madre de aquel engendro:

---¿Y qué tal la Mariona? Cuidela, señora Brígida, que yo he de venir por eya para yevarla a l'iglesia...

Entre el mocerío varonil eran celebradas las prendas de la Mariona. Poseía su cuerpo la reciedumbre de su progenitora india y la gallarda esbeltez de algún moro español, su bisabuelo; y la moza realizaba un tipo criollo de rica plasticidad: carnes macizas, desenvueltas en armonioso oleaje de turgencias, sobre planos suaves o violentos, según se combaran en curvas o se alargasen en finas rectas; el cabello de tinta china, tan feraz que invadía la ancha frente, deprimiéndola, y tan compacto que ceñía las sienes con pesadez de casco, bajo el cual asomaba la oreja breve, exornada con aretes de plata antigua, en forma de medialuna; la ceja firme y la pestaña luenga, vuelta hacia arriba sobre el ojo negro, siempre bañado en fluidos trémulos, a veces reidor y móvil, a veces abstraído en remotas tristezas animales; la nariz de ternilla aplanada y amplias fosas, por el hábito de sorber a pulmón pleno el viento libre de los llanos; pómulos poderosos, de gracia árabe; mejillas redondas y barbilla enérgica, ahoyada picarescamente.

Así era y así es "ahorita" mismo la Mariona, con más el aplomo y la madurez de los veinte años, porque bien se sabe que nuestra hembra rural es mujer antes de los tres lustros, con toda la urgencia del trópico agostador.

(1) Léase: MA-RI-O-NA.

3

La casuca se alza, tras un repecho erizado de matojos, sobre una pequeña hondonada que pueblan palmeras, grevi-leas y bambúes, al lado de algunos limoneros y palos de zapote: techumbre de paja nueva, color de oro desvaído, con agudo caballete y faldones de haces acordonados. Al frente, la puerta principal de alero gacho, flanqueada por dos ventanucos altos que dan a un patio de tierra dura, donde abre su ojo insomne un "apashte" a guisa de bebedero para las gallinas, los patos y los "chompipes". Al extremo del patio hay un estacón lustroso para atar la vaca, a la hora de la ordeña. Y por la parte trasera, otros ventanucos enanos que hacen guardia a un postigo, por el cual se sale al jardinillo de rosales, geranios, siempre-verdes y dalias de tallo endeble; y más allá, la hortaliza con sus coles de destiempo y sus remolachas ruborizadas...

La atisbo tras la cerca que limita el huerto. La Marfona, venida del río, entra cantando para dar desfogue al harta vida que encalabrina su sangre y hace de miel silvestre la voz con que canta:

Cada día que va pasando...
Cada día te quiero más...

Gano el ventanuco que cae a la alcoba y miro por una rendija. Contra la pared de bajareque, enjalbegada, detona una policromía de la Virgen de Guadalupe sobre una cómoda basta, con funciones de ropero y tocador. Medio distingo la cama de cedro, con molduras en lo alto de la cabecera. Ante la cama, la Marfona se ha quitado el rebozo, y los senos saltan, como dos intenciones briosas, sobre el regazo trigueño.

No puedo ver más abajo de la cintura, apretada por las cintas de la enaguilla. Va la moza hacia la pared frontera, y yo cambio de sitio, abacando la mirada contra una nueva rendija. Pende del muro un espejito besutero; malo está en tal para verse la cara y componerse el cabello; pero

la Mariona se da trazas, por lo que observo, para hacer - con perezosa coquetería estos habituales menesteres. La entreveo, a trechos, sonreída. Ha descolgado el espejo de su clavo, y se examina el rostro moviendo el cristal de arriba abajo y a ambos lados; encoge los labios roji-oscuros y revisa la hilera de sus dientes poderosos, alineados con felina simetría; y de esos dientes, descubiertos por el labio que se pliega con expresión cruel, parte el reflejo helado que recuerda al coyote de las lomas...

Antes de ponerse la camisola blanca, con encajillos baratos en los bordes, baja la vista sobre el pecho, tan anchuroso que las mamas rotundas parecen pequeñinas, demasiado erectas para una muchacha cuyas carnes ya debería de haber ablandecido el sobajeo de los hombres, según la ruda costumbre de los campos. Ya no canta, pero aún sonríe la Mariona. Quédase mirando sus macizas formas; acaso las compara con las de la otra belleza de Los Limones, su rival envidiosa, la Paula Flores. Bien ha de saber la Mariona a qué atenerse, por que no en balde se ha bañado con la Pala tantas veces, entre el corro de muchachas de la finca, en aquella ribera del río a donde ahora marchó sola...

Limpia, fresca está la moza como la tierra de Los Limones en estas tardes de mayo, con aguaceros que la surcan y la lengüetean lascivos, en ansia eterna de rasgón y de mimo, de expansión y mojadura, tras lo cual es dulce al agua desmayarse sobre la globa, en proceso de saturación callada y ciega.

Viene hacia el postigo y va a abrirlo, pillándome en ridícula situación. Temo a sus ojos valientes y burladores que van a decirme, al caer sobre mi rubor y mi embarazo:

---¿Conque "mirujéandome", no? ¡Qué tonto es usted, don Julio!

Escapo. Escapo como un imbécil amedrentado, sin aliento y sin reflexión; a saltos, a carreras y zambullidas entre el matorral que, por el lomo de la huerta, se apelotona hacia el río, y entre cuyos arbustos espinosos me detengo abelado, un instante y otro, para mirar a mis espaldas y cerciorarme de que la Mariona no me ha descubierto...

Al cabo, furioso y temblón, llego a la orilla de la po
cita. Aquí se bañó la Marfona. Esta agülla mansa, levemente
rizada por el viento y punteada por las hojas que caen
de los árboles circundantes, guarda memorias de la muchacha,
allá muy dentro de su pupila anfibia. Me arrojó de
bruces sobre la orilla; palpo las aguas; empapo mi cara -
con su frescor raspante, porque están frías y las siento
aguijadoras de mi sangre en alboroto... ¿Qué hago aquí? Es
torpe mi sensación; mi pensar vago. Veo, mientras estoy
tumbado en el suelo, boca abajo, sosteniéndome sobre los
codos, -- un árbol ribereño que guiña con el agua. El tronco
liso, pulidos como un muslo; hay dos ramas bajas como
dos brazos en curvatura de inminente abrazo; hay una pro-
tuberancia carnosa, mórbida como una boca joven, como una
cicatriz blanda, como una rasgadura de secreto sentido...
Me yergo y lo miro, de igual manera que miraría a una perso
na. Este árbol es femenino, diabólicamente conformado:
parece una muchacha; ¡una muchacha en flor! Porque advierto
que de su redonda copa se desprenden y flotan, para nave
gar luego en el remanso, florecillas lilas. Este árbol
tiene una actitud de llamamiento. Respira un hálito sen-
sual que lo circunda, como si su propia esencia perfumada
no quisiese desprenderse y se adhiriera a él, incapaz de a-
bandonar la forma prodigiosa. Eso es: una forma de prodigio,
más bella, por misteriosa y andrógina, que una mujer
en primavera...

No se qué hago ya; pero me abrazo al árbol; le ciño -
con mis muslos y mis brazos; restriego contra él mi sudor
y mis lágrimas... y loco ya, beso sus plantas puesto de ro-
dillas, poseído por el pánico del sitio en soledad, por el
embrujo de la tierra mala, por el truco de mis sentidos
en llama, gimiendo y adorando como un salvaje en dolor y
temblor.

4

Con las piernas flojas, agarrado a un bastón y resguardándome del sol bajo un aludo sombrero de petate --igual a los que usan nuestros labriegos-- cojo camino a casa de la Mariona.

Esta mañana me dijo mi temible mami, mientras con dos fámulas indias removía los muebles de nuestra casa para una limpieza estricta, llevada mi señora madre de aquel ímpetu incansable y agresivo que pone en todos sus actos:

---Sal un poco, muchacho. Los libros y la cama te están matando. ¡Muévete, hijito, aprovecha la mañana tan linda!

Desconsolado, dejé caer los brazos a los laterales de la silla de extensión en que estaba tendido, en el corredorcillo alegre de enredadera.

---Pero si me siento sin fuerzas para andar, mami...

---¡Nada, nada, haragancito! Sacude la flojera y verás. A propósito: anda donde Brígida y dile que venga a verme. Tengo proyectos con relación a ella y a la muchacha. Sabe Dios que yo no hubiera querido que perdiera la finquita, pero mis apuros son peores que los suyos... Ella tiene ahora asegurada casa y comida, mientras que yo, con la crisis y los compromisos que me quitan la vida, no se si pare en la calle...

Dios me perdone --como dice mi madre-- pero no logro disimular la impresión repulsiva que me producen sus perpetuos embustes, su hábito de tergiversar hechos y dichos, tan morboso que llega a engañarse ella misma sin advertirlo. Con su cuerpecillo enteco, sus claros ojos fríos, de demasiado vivaces; su hablar prolijo; sus melindres beatos; su absorbente sentido práctico que ama el dinero y sabe de fenderlo por encima de toda debilidad, de todo sentimentalismo propio o ajeno, no sospecha el daño que me hace. ¡Y si fuera sólo eso! Mi mami se empeña en considerarme como

un chiquillo, a los veinticuatro años de mi edad. Siempre habla de mi casa, mi dinero, mis negocios, en todo lo cual ni me toma en cuenta ni me deja intervenir. Para ella no han pasado los tiempos en que iba yo a la escuela primaria, con mi ropita aderezada por sus propias manos. Sigue escogiéndome los casimires para mis trajes y enviándome los ella misma al sastre que le costea a mi padre. ¡Mi padre!: ser tan incoloro como lo soy yo ahora, fallecido él de repente cuando yo jugaba aún con mis soldaditos de plomo... En resumen: no he pasado de ser el hijito de mi mami: su muchachín desvalido a quien hay que proteger y procurárselo todo. A lo más, he conseguido que me llame Julio en vez de Julito, me permita salir de noche solo y me confíe el llavín de la casa. Mas eso ha sido por intervención de un sacerdote bonachón que se precia de conocer "el mundo", y ante quien mi madre se arrodilla, todos los sábados, en el confesonario de la parroquia. No me escatima el dinero con tal de que la detalle su empleo; y para derrocharlo en mis juergas, mis caprichos y mis amoríos, he de inventar mentiras sin cuento, acogerme a subterfugios vergonzosos. Los libros, el automóvil, mi novia oficial --escogida por mi mami-- y el condiscípulo enfermo y menesteroso me dan los pretextos usuales. Porque mi madre está orgullosa de mi talento --descubierto por el clérigo, a quien halago con obsequios frecuentes--; de mis premios y distinciones estudiantiles, de mis aficiones literarias que ella no entiende, pero que dan motivo a que se me nombre y elogie, de vez en cuando, en los periódicos

---Bien sabe Dios que yo hubiera querido que fueses licenciado. ¡Lo que soñé con eso! Pero el Señor me castiga por el demasiado cariño que te tengo. Es mi falta, lo comprendo. Pero sólo tú me quedas en el mundo y no quiero contrariar tus gustos, siempre que sean conformes con la moral cristiana. Eres inteligente y guapo; eso no se te puede quitar, y es justo que luzcas lo que el cielo te dio...

En su terca ingenuidad --porque mi madre es ingenua a pesar de sus instintos maliciosos-- ella supone que yo ignoro la razón de sus tolerancias y se imagina que obra con criterio propio.

Reñimos a menudo. Cuando no logro arrancarle dinero por las buenas, provoco un rifirrafe. Al principio, mi mami se muestra airada; trae a Dios por testigo de cada frase, invoca al Señor a cada paso; me sermonea, áspera y per

suasiva; mas yo la amenazo con darme a la bebida, con salir huído del país, y vocifero a chorros mi irritación, mi desesperanza, mi cólera, incapaz sin embargo de cualquier acción liberadora. Mi mami se traga todo aquéllo: bufa, se asusta, llévase las manos a la cabeza y recorre a brinquitos de ardilla la habitación, cambiando de sitio maquinalmente, los objetos de las mesas, consolas y repisas que llenan hasta el ahogo, los ángulos de nuestra vieja casa. Concluye llorando, llamándome ingrato, "muchacho de los de ahora, sin Dios, ni ley ni respeto a sus padres", y finalmente, nos echamos uno en brazos del otro, gimiendo yo también; y entonces la mujercita se ablanda.

--Está bien, si es como dices, y que Dios me perdone. Bien sabe él que lo hago por tu bienestar... y que su infinita bondad me lo tome en cuenta.

x x x

Voy camino a la casa de doña Brígida. Me resulta violento tener que darla el doña, pero no he de quitárselo - por el hecho de que mi madre, en pago de un préstamo a mutuo con hipoteca de Los Limones, se haya quedado con la finquita mediante una voluntaria cesión de dominio, cargando a la deudora inaturalmente! los intereses capitalizados y las costas.

¡Pobre la vieja! Poco me importaría ella, a despecho de sus buenas dotes personales, si no fuese madre de la Marfona. Pero siéndolo... ¡qué pesado siento todo esto! ¡Qué cara me pondrán las dos mujeres?...

La casita, coquetona en su humilde rusticidad, silente en la gran quietud de la hondonada, donde sólo dialogan los pájaros y el río, amarillea ya a mi vista, con su techo nuevo de paja dorada, entre el verde pastoso de los limoneros y el verde metálico de los bambúes, listados de blanco esmalte, bajo el bisbiseo de las palmeras de perpetuas confidencias con el viento...

Las gallinas picotean en la explanada que sirve de patio; un zenzontle ahila cristales en su jaula, sobre el corredor enladrillado de rojo. Humea la cocina. La puerta del aposento de la Marfona está abierta y el lecho luce un cubrecama de tela india, policromo y riente.

Me acerco debilón . . . medio encorvado, y golpeo con el bastón uno de los pilares de pino sin pintar:

--- ¡Doña Brígida! ¿Se le puede ver?

Tras el corral, suena una voz blanda que llega pausadamente:

--- Adelante . . . pase adelante . . . ya yego.

Aparece al extremo del corredor doña Brígida, limpiándose los ojos lagañosos con el delantal sucio. Es una mujerona obesa, barriguda, moreno claro la tez, las manos regordetas, breves, con un lejano signo de aristocracia.

--- ¡Ha, el niño Julio! Pase adelante . . . ¿Cómo se queda ay? Buenos días, cabayero. Pase usté; disculpe señor . . .

Su servilismo lento, inexpresivo a hurto de sus zalamerías, me molesta y me turba un poco. Correspondo con exclamaciones corteses que no acierto a poner a tono con las circunstancias ni la persona de doña Brígida, y entro en el recibidor que tiene al par funciones de comedero.

La mujerona sacude con su delantal el asiento de una silla de enrejado --de aquellas baratas sillas de Viena -- que antaño se importaban al país-- y me la ofrece con el acento uniforme que usa para todo:

--- Me contaron que 'estuvo enfermo, niño . . . quiero decir don Julio. Perdone, no m'iacostumbro . . .

La interrumpo con un gesto, sentándome, gustoso de respirar el aliento de los limoneros vecinos y reposar mi cansancio entre aquella paz, blanca de cal, picoteada por trinos de pájaros, oyendo a lo lejos la salmodia del río.

--- Tráteme como guste, señora, con toda confianza. Creo que podemos ser amigos.

Me cuesta encajar aquel señora. Me empeño en ser afable con la expropietaria de Los Limones. Pero me encuentro tímido y mis expresiones me suenan a cinismo. La mujerona no parece percibirlo así: se muestra sencillamente respetuosa para el hijo del ama, su condescendiente amiga cuando doña Brígida era la riquita de pueblo, dueña de sus

dos caballerías de tierra labrantía, su cafetal, sus cañales y su hato de ganado vacuno.

Para enhebrar la conversación, agregó:

---Usted y mi madre se conocen desde jóvenes, ¿no es verdad? Ella me lo ha dicho.

La gorda confirma:

---Pues sí señor, desde tiempos del dijunto que Dios tenga en su gloria. Entonces su señora madre di'uste tenía la bonda de sacarme de mis apuritos. Como las fincas tra gan tanto y dan tan poco... sobre todo hora, don Julio, con la guerra que disen qui'hay y la caída de los presios del café, todo se le yevó la trampa... Nos conosimos, sí, y después mi comadre doña Paca...

---¿De veras? ¡Cuánto lo celebro?

---Pues sí, yevó a la pila a mi María...

Hablando del ruin de Roma: la muchacha aparece de pronto por la puertecilla de comunicación entre la sala-comedor y su alcoba -- la alcoba que bien recuerdo, no sin recelo. Vestida de azul a rayas blancas; zapatillas nuevas; la mata del pelo negrísimo peinada en dos trenzas que caen sobre el seno archuroso, cubierto con una mantatela fina sujeta por un prendedor de oro -- según las trazas, de fábrica antigua, como los aretes.

Levántase, pesada y torpe, doña Brígida; y me señala con un ademán:

---¿No conosés, hija, a don julio?

Sonreída, la Mariona enarca las cejas graciosamente; embosca el ojo perspicaz y exclama:

---¡Ya lo creo! Lo conozco de vista. Pero siéntese, don Julio.

La enfrento un poco desconfiado ¿habrá alguna alusión en sus palabras? No lo parece. La Mariona se ha sentado a mi frente, y se alisa la falda bajándola hasta los tobillos. Sus ojos se tornan serios: el mismo respeto campe-

sino de la madre la mantiene atenta, recatada. Nos miramos. Sonríe otra vez desviando la vista; y la sonrisa le ahonda el hoyuelo del mentón. ¡Que fresca, que clara la sonrisa de la moza! De su persona viene un dejo silvestre, mezclado con tibiezas hogareñas en que saboreo algo picante y vivo, como vaho de "chiltepe" mojado del relente madrugador.

Aspiro con ansia. Doña Brígida da suelta al chorrillo entrecortado de su frasear dengoso:

---¿Verd'hija que nos contaron que el joven estaba enfermo? Entodavía se le ve sin color. Mandamos preguntar y la señora contestó que y'iba mejor. ¿Verd'hija?

Corroborra la muchacha:

---Cabal; y teníamos esa pena ¿Ya se siente uste bien?

---Sí señorita, gracias. Fue un poco de fiebre, nada más. No saben cómo les agradezco su fineza. Me siento débil todavía; necesito irme restableciendo con estos aires tan sanos y la compañía de las buenas personas como ustedes.

---Aquí estamos pa servirle, don Julio -- dice la mujerona, mientras la hija, sin dejar la sonrisa acogedora, asiente y me envuelve en su sedño mirar.

Quiero hacerme grato; quiero decir algo que me dé importancia, me gane la simpatía de las dos mujeres e inicie la confianza familiar, el trato llano que ya ansío tener con ellas. ¡Ah, qué bien se estaría uno aquí las horas muertas! Miro con envidia la mesa puesta para el yantar de mediodía; y digo:

--Ustedes almorzarán temprano. No he de molestar y ya me voy; pero si me lo permiten, volveré pronto a visitarlas. Antes de irme, le daré a doña Brígida un "recado" de mi madre: quiere hablar con usted, señora.

Y me enfrasco en una mentira:

---... Ella quisiera, quisiéramos los dos, que ustedes vivieran lo mejor posible aquí, con más comodidades. Debo hablar con franqueza: me siento cohibido... ustedes com-

prenden... no es nada agradable lo que ha pasado... aunque mi madre vaciló mucho antes de aceptar el traspaso... la transacción a que se llegó entre doña Brígida y ella...

Casi me he sonrojado: ¡estoy metiendo la pata! No había necesidad de aventurarse entre el espinero; y la Mariona traduce mi pensamiento con su aire repentinamente sombrío, casi congojoso. Tiene ya los ojos húmedos; y aunque me pesa lo que he dicho, me agrada verla así...

Ataco de frente la situación:

---Perdonen. No debí hablar de esto; pero estoy con los nervios rotos y digo tonterías. La verdad es que soy ajeno en los negocios de mi madre que en este caso deploro, y sólo quería demostrarles mi deseo de serles útil, de ser justo con ustedes, y ofrecerles que se harán mejoras en la casa, sin descontar la ayuda que tal vez necesitan para equilibrar su nuevo presupuesto. A propósito: la tienda de la finca, que produce bastante...

Doña Brígida es de las que cojen la ocasión por los cabellos:

---Pues gracias, don Julio. Los pobres todo lo resebimos bien. La casita si quiere sus reformas... Y'astaba yo pensando en algún dinerito para comprar otra vaca, pues como tal vez sabe usted, hacemos quesos que tienen ya fama en el pueblo y la cabesera...

---¡Mamá! --ataja la Mariona.-- Es mejor que usted no diga nada. Le agradecemos mucho, don Julio, sus buenas intenciones, pero mientras no dejemos la finca, que será pronto, queremos seguir como estamos. No crea que son orguyos tontos, no tengo derecho a ser orguyosa, y veo que usted tampoco lo es. La gente de campo, como nosotras, es lo que más apresiamos en las personas... Pero le suplico que no le haga caso a mamá,

---No se resienta por lo que he dicho, María. No es un favor que se le hace sino un derecho que ustedes tienen. Y fíjese en que no debe contrariarme si quiere que me recobre pronto.

Ríe la muchacha y dice, sumbona:

---¡Uy don Julio, por Dios! ¡Que no lo oiga doña Paca! Y no quiera adelantar mucho en un sólo paso: aquí es uste el patrón... y nosotras...

Protesto:

---Entiéndame bien: no soy patrón para ustedes ni para nadie. Apenas soy el hijo de mi mamá, pero sabré cumplir lo que prometo.

Estamos solos. Insisto:

---No se oponga, María: déjeme a mí que sé lo que hago.

---¿Que lo deje?

---Sí. Comprenda que necesito de ustedes, de su compañía, y si fuera posible de su cariño.

Mírame de frente, sorprendida, pero con un fulgor de simpatía en los ojos:

---¿Habla de veras, don Julio?

---En serio, María. No sabe usted la necesidad de ternura que siento, de amistad leal. Más que del cuerpo, mi daño está en el alma. No desconfíe; hemos de conocernos y usted confirmará la verdad de lo que le digo.

Lleva su índice a la boca carnosa, como una niña, y reflexiona en voz alta:

---No parece... un joven como usted, rico, de buena familia, con tantas diversiones como debe tener... ¡Es lástima!

Recuerdo algo que ella dijo antes, y la ruego:

---Pero dígame que no es cierto que ustedes dejarán la finca. ¿Quiere prometérmelo?

---Eso depende... Pero ¿qué importancia puede tener par'ustedé?

---Mucha... usted no sabe María, pero lo sabrá. Otra cosa quiero que me conceda.

---¿Cuál será, don Julio?

---Que no me llame así, sino Julio a secas. ¡Me gusta
ría tanto que nos tratáramos con confianza!

---Tal ves, más tarde...

Tomo su mano ancha, pensando que es el trasunto de su
carácter, y la apremio:

---No, María, desde ahora. No me lo niegue.

Sonrte de nuevo; y sencillamente:

---Bueno, adiós Julio.

5

He de confesármelo: mi insolente aplomo de joven rico, a quien le está permitido abusar de todo en el trato social, con el relajado consentimiento de las personas "bien", viene cayendo ante el imperio simple, natural, de la Marfona. No he olvidado -sin embargo- "mi doctrina" - acerca de las mujeres, resumida en un sólo principio, a saber: lo único que la mujer bonita desprecia definitivamente en el hombre es la falta de audacia.

Pero la Marfona es de otra pasta, o más bien, yo no pertenezco a la estirpe de los Casanovas, a pesar de todos mis esfuerzos. Mis triunfillos amorosos, y más que amorosos, galantes, han sido obra de ellas, no mía. Me he limitado a contribuir con mis ingeniosidades verbales, con mis sugerencias libertinas; y, como fuerza de hecho, con el dinero de mi madre que me cuido de no escatimar en obsequio de mis amiguitas. La gente capitalina, entre la cual me muevo, no necesita de más. Pero, con la Marfona sirven de poco o de nada estos recursos. La defino hasta aquí como una muchacha "demasiado natural", atenta casi sólo a las cualidades de macho, sin dar a esta palabra su acepción grosera. Es evidente que dejaría de ser mujer si no halagase su vanidad y cosquilleara sus curiosidades mi condición social, para ella desconocida. La satisfará - sin duda tratar con cierta familiaridad a un caballere de mi laya. La habrá deslumbrado en sueños la posesión de bienes de riqueza, personificado ahora en mí; algo distinguido, lejano, fabuloso como los cuentos de aventuras, gustados en algún novelón caído de trasmano. La podrá complacer la delicada armonía de mi rostro... Y es cierto que saborea mi charla, mi decir culto que yo me afano en hacer sencillo y del cual procuro desechar las expresiones crudas que haríanme semejante a los jayanes del campo, a quienes ella desprecia. En los comienzos de nuestra relación cuando me atrevía a contarla algún chiste verde, a relatar la algún episodio de esos que hacen las delicias de mis amiguitas "modernas", la ví tornarse seria, con la expresión imperiosa que la es propia, entretanto me decía:

---No me hable así, Julio, por favor.

De momento, la sospeché remilgada, hipocritona al modo de las damiselas de pueblo, quienes, a fuerza de burdos pudores, pretenden simular distinciones imposibles o encubrir sus brutas servidumbres sexuales. Pero hube de rectificar: la Mariona parece poseer aquel poderío subconciente, aquel dominio tácito que yo amo tanto en las mujeres y que traduzco como dignidad sensual. Puede ser una simple añagaza de mi deseo; pero, mordiente de mi carne o ilusión de mi espíritu, no resulta menos verdadero el influjo encontrastable que la moza ejerce sobre mí. Sólo existe un camino para llegar hasta el alma; y este camino corre a todo lo ancho y a todo lo largo de nuestro sensorio soberano...

Me estoy perdiendo en abstracciones. De la Mariona únicamente quiero saber que ha aplacado poco a poco mis urgencias viciosas; y aunque la sueño y anhelo como la vi el primer día, esto apenas es una escapada a los reinos de la fantasía sexual, nunca abolidos completamente en mí, pero que ya no constituyen mi reacción erótica ni intervienen en mi trato con la muchacha.

Si mi mami pudiese comprenderlo y fuera capaz de vencer sus prejuicios, diría enternecida que la Mariona me está regenerando, que está extrayendo de mis posibilidades desconocidas al hombre nuevo. Quizá es mucho decir: pero esta señorita de finca, venida a menos en su pecunia, me está volviendo del revés como un calcetín -- al tenor del grotesco simil de Félix Peñalba.

Lo positivo es que me abandono con deleite a esta mi vida sabrosa. Salvo las reyertas con mi mami, no sufro contratiempos. ¡Quién me lo hubiese dicho hace apenas un mes! De mañanita mando enjaezar mi caballo -- el que ella admira, el morisco Relámpago -- y galopo hasta la casita del Plan de Abajo. En el patio, refreno el potro. Me encanta que la Mariona asome la cara sonriente por el ventanuco de la cocina, y me saluda mientras el bruto tasca el bocado y sacude la cabeza con ruido brusco de metal y salpicaduras de espuma blanca. Me place desmontar con cierto garbo, a la manera de los jockeys, como cuadra a mi estatura y a mis miembros menudos, y luego ir a sentarme en el sillón de mimbre del comedorcito, haciendo sonar al paso mis espuelas relucientes...

En una de esas mañanas, me aventuro jovial, con dejo de niño atrevido, a pedir a la Marfona una nueva concesión:

---¿Me permites tutearte, María?

Plántaseme con la expresión sonreída que la es habitual y me responde:

---Jum... Mucha confianza es ésa, aunque se trate de una pobre como yo. Pero ¡vaya! Como ha sido bueno en estos días, si es de su gusto...

---¿Me tutearás también, María?

---¡Faltaba más! No me pid'eso porque no podría.

---¿Siempre seré para ti el hijo de la patrona?

Me soslaya y explica:

---Mire usted; sí, pero no sólo eso. Es usted tan fino que ya voy creyendo que si'ha equivocado conmigo. ¿Que puedo valer para usted cuando regrese a la capital, entre sus relaciones?

Parece amargadilla; y apuntala con viveza el argumento, sin darme tiempo a replicar:

-¿Qué? Pues nada más que la poblana. No me hago ilusiones ni se las haga usted, Julio. Bueno: la muchacha de finca que le había menos aburrido su destierro en estos montes; la tontita que al encontrarla, por un casual, en las cayes de Guatemala, no se atrevería usted a saludarla s'iba con sus amiguitas, y peor con su novia. ¡Virgen Santísima! ¡No me "enjerque" usted patrón!

Suelta la carcajada burlesca. Frunce después la boca, y mírame atenta, firme, ojo contra ojo como quien escudriña una verdad sentida.

Dígola, sin tomar en cuenta su burleta:

---¿Sabes que tu boca es pura guinda? Y ya que no opones a que te tutee, ¿Me permitirías que te llame, como todos los de aquí, Marfona?

Repentina y grave, contesta:

---No; eso no lo quisiera, Julio. Cabalmente porque todos me llaman así menos usted y mi madre, no lo quiero. Si s'empaña, hágalo, pero eso me probará que usted... ¡vaya!.. que usted no...

La he tomado la mano fresca y dura. Me la deja unos momentos entre la mía y la retira luego, sin melindre. La acaroso con suavidad:

---Dime, María, dime claro lo que piensas: ¿que yo no..?

---Que usted no me apresia el poquito que creo merecer.

Ansío besarla, pero me contiene su talante: hay algo infranqueable entre mi deseo y esta muchacha cuando se muestra sin fingimiento, y su mirar es serio y su voz es grave.

Aseguro con vehemencia:

---No sólo te aprecio sino que ya estoy queriéndote; bien lo sabes. Pero tienes que oírlo porque es verdad.

---A saber que se le antoja a usted qué's eso. ¿Pueden querer los ricos? De todos modos, no quedarán como yo siento que debe ser.

---¿Quieres tú María? ¿Has querido alguna vez? Soy un tonto preguntándotelo; pero no importa. ¿No me cuentas quien y cómo es tu novio?

---Novio no tengo, Julio. Nu'es por desírselo ni tampoco, perdone, para darle alas en lo qui'uste cré fácil.

---No lo creo fácil, te equivocas. Fácil si tú quisieras; pero bien y no quieres... que no me quieres.

Estamos sentados frente a frente, bajo el cielo-raso blanqueado de comedor.

Ella emplaza la situación rudamente:

---Vea Julio. La verdad por la verdad. Como quererlo, no lo quiero. Me gustan sus modales, su conversación cuando me cuenta tantas cosas que ignoro y no conoceré tal vez nunca... sus viajes... lo que disen los libros. Pero tono

ta y todo porque no tuve escuela, sé distinguir. ¡Dónde íbamos a parar usted y yo! Vaya, que's mucha la diferencia. Su querida no quiero ser, así me matara. No me nase ¿sabe? ¿Su qué, entonces?

Parece irreductible y no intento violentarla. Me despedido al cabo, con vaga fruición que aduerme mis sentidos, acalla mi pensar y me sumerge en una melancolía aún más vaga, aún más dulce, entremezclada con una renuncia momentánea que me conforta como si se tratase de una buena acción. Gozo sí, gozo indefiniblemente pensando que respetaré a la Marfona, a pesar de los pesares, con plena voluntad mía, mientras ella no desee otra cosa... mientras ella, sólo ella, no mande otra cosa...

Por el camino de vuelta, ya no obligo a galopar a Relámpago. Va al paso, tranco a tranco; y en tanto que la bestia resopla, sofocada por el freno, yo me doy a mi cavilar:

---¡Vaya!, como dice la Marfona, ya estoy cogido. Ya apareció mi innata sumisión al dominio de la mujer. Seré tan juguete de esta muchacha como lo fui de las otras que he querido. Mi mal está en que he de querer siempre; más, si lo juzgamos bien, sólo por esto no he perdido todavía mi juventud ni marchitado mi espíritu. Sólo por esta debilidad no soy hace tiempo una carroña por los cuatro costados, comido de vicios, rastreado concupiscencias; saco de análisis, espantajo vital. Es incuestionable que ya quiero a la Marfona, aunque esto sea el vulgar episodio de todos los sentimentales libidinosos. Mañana, con la misma convicción y la misma veleidad de antaño, me diré: No la quiero: ¿la quise alguna vez? - Y es tan lista, tan instintivamente lúcida, que no se doblegará jamás sino a la fuerza de la pasión sincera. ¡Ah! Como sinceras, a fuerza de efímeras, mis pasiones sobrepasan lo usual entre nosotros, los hombres de ahora. Bien: eso de efímeras es una exageración. Dos años, tres años. ¿no resulta bastante?

x x x

El almuerzo de este día ha sido triste. Mi mami, com puestita como siempre que se sienta a la mesa -- con sus crenchas quebradizas teñidas de rubio claro, entre zonas grises, rizadas por el "permanente" que se hizo en la capital -- me obliga a tragar la ristra de sus reproches. Ya

sabe que voy a diario a casa de la Brígida. Claro: Atraído por los arrumacos de esa lagartona de la muchacha. ¡Poco se cree la tal! Y eso no es tolerable: ya sé que todo me lo perdona, menos las queridas que pueden quedar embarazadas de un día para otro. ¡Hijos así! Hijos de las malas no los admite su decencia, su rango, su fortuna, ni sobre todo, su moral. Los chicos han de venir por la vía legal, a fin de que ella, mi santa madre, pueda oír sin sonrojo que la llamen abuelita... Partiremos a la capital la semana venidera, a nuestra casa cómoda, a nuestras costumbres de gente que se respeta...

Ya he dicho que tengo el hábito de disputar con mi madre, oponiendo a sus opiniones la contradicción de las mías, tanto mejores cuanto más radicales se me ocurren. - Pero esta vez me contraigo a decir, engullendo malhumorado mi pechuguita de pollo, pulcramente, cariñosamente escogida por mi mami.

---Usted no comprenderá jamás a los otros porque los juzga por usted misma. Me trata como a un nene; su Julito, su hijo único, su orgullo de madre acomodada, ciega para valorar la vida. Crea usted lo que crea, no he de seducir a la muchacha porque ella no se deja seducir, como usted supone. ¿Lo escucha, mami? Usted me quiere, es mujer y puede leer claramente en mí si se esfuerza un poco en comprenderme. No me voy de aquí, tráguese eso. No podrá usted echarme. Míreme: ¿no advierte cómo me siento el campo?, ¿cómo me sale a la cara el hambre de vida, la necesidad de libertad, de olvido, de aire puro y cielo abierto? Y en caso de que se obstine usted en creer lo que dice, no tendrá más remedio que atribuir a la Marlona este cambio, y ¿no será ella digna, por tanto, de alguna consideración?

El pañuelete de lino con encajes -- prenda tradicional de mi mami -- sale a enjugar dos lagrimitas. La veo abatir la cabeza peroxigenada y la oigo balbucear hipando, como lo hace únicamente en las grandes ocasiones, con aspecto de compungido vencimiento.

---¿Crees que no comprendo? Pobre niño, porque eso eres aun cuando te parezca absurdo a tu edad y con la vida que haces. ¿No comprendo, crees? Pues verás que sí. Estás enamorado de esa muchacha, y bien enamorado...

La interrumpo:

---Usted lo ha dicho: bien enamorado. ¿Qué más puede desear una madre?

---No me cortes la palabra y escucha. La deseas y Dios me perdone mis palabras profanas, como nunca has deseado a otra mujer. Te conozco y te he seguido los pasos. ¡La sin vergüenza! ¡Te ha sabido engatusar! Has lo que quieras, pero respétame. Sólo una cosa te he pedido: que no te cases sin mi consentimiento y que no traigas a mi casa hijos bastardos o que los mantengas de tapadillo. El Señor tal vez no quiere concederme mi justo deseo...

Reacciona su naturaleza agresiva, y agrega irritada:

---Pero no esperes que mi dinero sirva para eso. Gána te la vida para tí y tu querindanga; y sólo cuando no tengas absolutamente como valerte, acude a tu pobre madre.

Levántase, dejando a medio consumir su postre de jalea; traga con penoso garganteo su vino de mesa, directamente importado, y sale con menudo andar, erguida su talla mínima, cabeceando, no sin antes haber doblado cuidadosamente su servilleta y metídola en su anillo de plata, el cual ostenta las iniciales de su nombre, entrelazadas. Al conjuro de la frase "mi dinero", mi madre recobró toda su habitual prestancia.

Estiro, displicente, las piernas; enciendo mi cigarrillo de tabaco turco... y pienso en la Marlona... que ahora siento mía dentro del turbio hueco de mi corazón.

6

Me paso las horas muertas en la casuca del Plan de Abajo. Como ya soy de la confianza de las dos mujeres, y doña Brígida me trata con llaneza familiar, entro en la casa sin mayores miramientos. Cuando las dueñas están ocupadas en sus quehaceres cotidianos, las advierto con tono cordial, desde lejos.

---¡No se molesten por mí! Aquí me estaré en el comedor, leyendo.

Y añado para acentuar mi familiaridad:

---Y prepárenme un "chirmolito" porque me quedo a almorzar.

Antes he mandado a un caporal con algunos presentes de conservas en lata y algunas botellas de vino que mi madre --ya en la capital desde hace algunos días-- guardaba en su despensa, cuya vieja cerradura me he dado maña en forzar. El vino es para cuando la Marlona mata algún pato doméstico, bien cebado, o una gallinita gorda, y ella misma adoba el manjar con la exquisitez que pone en sus faenas culinarias.

Si mis amigas han salido, dejando las habitaciones cerradas, tiéndome en la hamaca de pita del corredor, aperecibido de un libro o de unas revistas de variedades mundiales; y me abstraigo hondamente en la lectura si es que no me adormezco con placidez antes desconocida...

Mi salud, tras dos meses de origenio a todo pasto, de madrugar e irme a caballo por sembradíos y potreros, se va normalizando con la muda espontaneidad del agua que busca y encuentra su nivel. Mi libide --mi libide tiránica como un demonio-- se ha sosegado y me permite dormir tranquilo, ocho y más horas de un tirón, sin turbarme con sus ensueños lascivos. No he querido hacerme de una querida ocasional entre las hembras campesinas, y menos entre las

cuatro maritornas de mi servidumbre particular, no obstante que dos de ellas --"patojas" bien puestas que ya "saltaron las trancas"-- me ven con ojos bajeros y sumisos. No se me escapa que la servidumbre y las viejas de la ranche^ría murmuran de mis relaciones con las dos mujeres del Plan de Abajo. Pero no hago caso, desentendido voluntario de la chismografía lugareña, más sañuda que ninguna otra.

La Marfona ya está sobreaviso. Me ha dicho:

---Julio, quiero haserle ver una cosa, aunque tal ves le moleste. Ya es mucho lo que se habla de nosotras en la finca por sus visitas diarias y sus preferencias. ¡Usté no sabe qué lenguas son esas! Parese que ya encontraron la manera d'escibirle a doña Paca, contándole a saber que chismes. Usté no quedrá nuestro mal y estoy convensiendo a mi mamá para que nos retiremos di'aquí. Fíjese Julio - que mi reputación, aunque me esté mal el desirlo, anda - pior que trapo de cosina...

Una ira triste, una rebelión acre, nubla y humedece los ojos negros de la muchacha. La especie -- que yo sabía, pero en la cual no he querido pensar -- me cae como pedrada en la espinilla. Contrariado, me suelto: ¡que hablen, que chismeen, a nosotros no ha de importarnos! Sin embargo, ya verán de lo que soy capaz esos "cualesquieras"... Los echaré "a la droga", les pondré el zapato encima... faltaba más! Pero se amenguan mis ímpetus y callo. No; no soy el amo, de sobre lo sé.

La Marfona me oye con desaliento, y replica:

---No conseguirá nada, Julio. Será pior. ¿Para qué revolver ese montón de vboras? Contra usté, al cabo, no podrán nada, pero nosotras... La Paula Flores es la más enconada. Figúrese que pasó l'otra tarde por aquí sólo para desirme qué cuándo es el casorio. Y se refa de tal modo la maldita que por poco le salto encima y la dejo "señalada".

Encuentro favorable la coyuntura:

---Pues ya lo has visto. Si de todas maneras han de darlo por cierto, pues que sea. De ese modo quedaría limpio el terreno...

Respinga la Marlona:

---¿Limpio? ¡Muy bonito! Pero demos un supuesto, no más que un supuesto; ¿qué haría usted de mí?

Me ha cogido de sopetón:

---¿De tí? Mi mujer... la mujer mía... la que yo quiero.

---¿Ya lo ve?

Me enternece su desesperanza. No tiene qué agregar lo que me dicen sus ojos: ¿cómo puede ser ella mi mujer legítima? Hembras de su clase están buenas para queridas o sirvientas. Por el delito de ser pobre y no haber recibido la educación de las otras, las señoritas -- ¡vaya, que educación! -- ella ha de aspirar únicamente a los hombres de su condición, porque "el amor, con ser lo que es, no logra invertir las cosas del mundo. Así son y así serán siempre".

---Yo he soñado otra posición, Julio, aunque le dé risa. Desde patoja me dije: más vale ser cabeza de león que cola de ratón...

---Al revés, linda.

---Bueno, al revés: cabeza de ratón que cola de león. El asunto es ese.

---No, María, no es eso. Te engañas de buena fe. Si tú me quisieras, nada te importaría el cura ni el intendente. Lo que pasa es que no soy tu tipo; es que no hago estremecerse tus entrañas como lo haría otro... otro más hombre que yo. Dilo de una vez...

---No s'enoje...

Ahora grito:

---¡Sí me enojo, si digo lo que siento, la puritita verdad! Son para tí el medio hombre, sin relieve natural de macho. ¡Y no me "enjergues"! Miras con lástima mis brazos delgados, mi cuerpo chiquito, mi cara pálida; sientes la indecisión de mi ser que no sabe aplastar tus escrúpulos, arrollar tus resistencias, encenderte la sangre que

es lo que toda mujer quiere que hagan con ella, señorita o cortadora de café ¿lo entiendes?

La Mariona, desorientada me suplica:

---Le digo que no hable así, Julio, por favor. El que no sab'és usté para desir esas barbaridades. Lo quiero bien, créalo; pero yo había supuesto que m'entendía...

Me acerco a ella hasta percibir el olor de su carne, picante como las yerbas bravas que se beben las aguas tumultuosas del río, después del aguacero. Violento, la tomo por los hombros, la estrujó con toda mi poca fuerza, y la emplazó:

---¿Qué es eso de quererme bien? Me quieres o no me quieres: es lo único que hay que saber. Y si me quieres, bésame "horita"...

Comba hacia atrás el cuello mientras rodeo su talle: rama flexible de su maciza estructura. Deliro ya al palpar su reciendumbre musculosa que pudiera reducirme a la impotencia física con sólo desearlo: deliro al sentir su efluvio de árbol joven, capitosamente florido, hermano de aquel árbol del río, en que ya está --fatal-- la promesa rotunda de la poma.

Prorrumpo:

---¡Yo sí que te quiero de veras, María, con amor que nunca he sentido por otra!

Pone a su vez las manos sobre mis hombros, con dejadez dulce; y entonces me percato, como si no hubiese antes reparado en ello, de que me aventaja en estatura. Creo ver no sé qué de protector en su ademán. Ella me mira a los ojos y sonríe. Luego, con su voz grave que parece venirle del alma:

---¿Y si me quiere, Julio, por qué no me levant'hasta usté? No le costaría mucho quitarme la cortesa... Pero, va ya, que estoy disiendo disparates. No se ofenda; debo ser le franca. No puede usté quererme como yo necesito, porque tiene miedo.

---¿Cómo? ¿miedo?...

---Pues sí: miedo de ponerme a su altura. ¿Qué vale un cariño que no es valiente? Si yo fuer' hombre, creo que no me faltaría ese valor, siempre que mi corazón si hubier' en tregado.

Aproximo a la suya mi cara ardida, mis manos trémulas, mi corazón indeciso. La digo:

---¿Qué sabes tú?

---Sólo sé lo qu' esta' quí adentro...

La beso suavemente y le pido:

---Bésame ahora tú, sin remilgos, por tu propia voluntad.

---¿Me promete ser juicioso?

---Te prometo lo que gustes.

---Para no cumplirlo, eh?

Sin esfuerzo, la muchacha ha pegado sus labios a los míos. Va a retirarlos al instante, pero la estrecho firmemente: sus senos parecen incrustarse en mi pecho; su aliento sano, entre los dientes blanquísimos, caldea mi rostro... Prolongo el beso, lo ahondo: mis labios, mi lengua febril se entrometen en su boca: mis dedos arañan en la tela de la enagua, y mis brazos oprimen, abarcándolas como una gloria, sus caderas...

Quedamos en languidez; y entonces mi pensamiento veloz resume: ¡Bien valdría la pena de casarse con la moza! ¿Por qué no? Darla gusto: hacer su real gana. Voy a decirselo; pero ¡no puedo! Algo me mata la voz. Ella debe de percibir la sombra de mi sensación ominosa porque me aparta de sí con alguna brusquedad, da un traspiés, se alisa el cabello revuelto y habla como si ordenase:

---No más, Julio. Váyase... y no venga mañana... ya le avisaré. Adios.

---No me has dicho si me quieres. ¿Tampoco tienes el valor de confesarte?

---Bueno, sí, lo quiero... pero no sé como lo quiero.

---Gracias, María, por tu lealtad.

---No es asunto de que me agradezca nada, porque nada me cuesta desirle la verdad. Me gusta su trato, su finura, su desencia, ya se lo dije. Me siento orguyosita ¿Sabe? No soportaría que me despresiara ni que me olvidara así no más... como una de las muchas qui'habrá tenido. Porque ust'és un "largo", Julio; con sus respetos y sus amabilidades, bien sabe atarantarla a una.

Voy a tomar mi caballo. En la explanada, la Mariona se detiene en redondo y me espeta:

---Diga, Julio. Si ésto se formalisara di'algún modo, ¿qué haríamos?

Quedo perplejo: eso es, ¿qué haríamos? Mido todo el alcance de la pregunta. ¿Que haríamos? He aquí la cuestión. Mi madre, mi impotencia de heredero rico mantenido a ración, mi inermidad para ganarme la vida con una mujer auestas, y pronto acaso con un hijo... Sería problema muy serio para mí, aún en esta finquita de boca-costa, aún en el pueblo cercano, donde todos sin embargo han resuelto la misma cuestión: el cretino del boticario, el hotentote del intendente, la sanguijuela del "güisache", el ladrón del cantinero que sólo posee un viejo mostrador, unas docenas de botellas de aguardiente y de cerveza agriada y un billarejo con el paño remendado como pantalón de pobre... ¡Pero yo, Julio Casales, el parásito vergonzante!

Salgo del paso con una afirmación que dieciéndolo todo no compromete a nada:

---Haríamos lo que tú quisieras.

---Usté si'asusta de lo que quiero. Bueno, ¿para qué seguirmos atormentandò? Ya ve que sería yo quien saldría perdiendo.

No sé qué contestar. Me ha clavado en el sitio. La es trecho, en despedida, la mano ardorosa; y me voy sin volver a mirarla, con la cabeza gacha...

Retorno al paso rítmico de Relámpago. Voy razonando,

con la garra de la derrota removiéndome la entraña. Pero... pero, bien visto, el hecho de que un hombre carezca de recursos para sostener a una moza no impide su posesión: siempre habrá otro hombre que se encargue de lo que el Arcipreste llamaba "La mantención". Tal la cínica filosofía del eterno don Juan. Podría yo acogerme a ella... Mas esto ya me resulta miserable... ¡Si me oyese discurrir - así la bien querida! Me escucha mi corazón, y creo que si el pudiese, me abandonaría indignado. A semejanza del condenado del cuento, quien hubo de perder su sombra, yo sería el hombre sin corazón -- muñeco mecánico en espera de la doncella inocente que me llevará, a través de leguas y peligros, con el mago que me pusiese un corazón dentro del pecho...

¿No es la Marfona aquella adolescente, protegida por el hada? Ha de ser porque me intimida su fuerza, me turba su sonrisa. No necesita usar conmigo de las armas activas y las artimañas tortuosas de la mujer: le bastaría con su presencia y su silencio...

7

Han llegado los días lloviznosos en que una torva tristeza amortaja los árboles, esclavos de la tierra. Fías inclemencias azotan las ramas ateridas y los miembros atormentados. Ahora es cuando la gente nerviosa se queja: "tengo los nervios de punta". La niebla alterna con la llovizna. Casas, caminos, montañas, ríos dormilones amasan paisajes de algodón nivoso, salpicados de lodo y embebidos de una luz enferma, con núcleos lívidos, como pústulas, en la cara del horizonte...

---Es la "onda fría" --digo a Julián, el mayordomo de Los Limones.

---¿Señor?

---El tiempo que estamos sufriendo.

---¡Ha! Enantes no se sabía d'eso, asígún disen los viejos.

Pienso que siempre fue igual; pero los abuelos no lo advertían porque aún nadie le diera nombre.

x x x

Hace días me entregué a la tarea de "organizar la finca". Mientras trabajo, de seis a seis, siento que lo hago como un desquite por mi humillación reciente. Lo hago por las dos mujeres, de quienes fuera único patrimonio Los Limones. Quizá, y Dios lo quiera, estas tierras volverán tarde o temprano a manos de ellas, porque esas manos las aman y saben trabajarlas. Los puños de los peones las surcan, las siembran, las despojan finalmente; pero con maltrato y golpe maquinal. En ese laboreo no hay fruición ni entendimiento. Las manos de doña Brígida y la Mariona, en cambio, les extraen leche y miel, paja para las techumbres, leña para el hogar, hortalizas para la despensa, aves y frutas para la mesa, flores para la Virgen de Guadalupe

que ampara, desde el muro de cal, la orfandad de las dos mujeres.

La madre parió cuatro hijos sobre la gleba muda y ansiosa de simiente: tres de ellos, varones que dejaron el solar y ahora viven en "el otro Estado". El padre la rubricó de cafetos y cañales, e inundóla con semilla enjuta al par que fertilizaba el vientre de la esposa con la mies de su entraña. Y la hija única, la desposeída que permanece en el terrón ancestral, habrá de darle otra generación campesina que le porga alma viviente, si se la obliga a alumbrar aquí como alumbraron sus abuelas...

x x x

Tengo ya en almacén, apilados, los trescientos quintales de café de la cosecha. Julián es experto empírico del cultivo: le ha dedicado su vida entera. Aprendió con don Florencio López, el dueño antañón Zamarro este Julián, algo ratero y enredador; más al parecer permanece fiel a los antiguos amos, y como yo, quisiera que el raíz volviese al dominio de los legítimos herederos, a fin de morir tranquilo en su rancho, frontero al pequeño "Beneficio" y a trasmano de la casa solariega.

Ayer ignoraba yo en absoluto lo que son "limpias", "chaporros", "plantillas", "almácigos", lavado y despulpe del grano, seca a patio abierto y selección de clases. No sabía una papa del corte ni del precio de la caña de azúcar, la cual se vende en bruto por carecer la finca de trapiche y tren de elaborar panela. Nunca imaginé que un día, con mis propias manos, por amor de otras manos morenuchas, anchas y duras como la tierra que hoy usurpo, pesaría y envasaría cientos de libras de café "en pergamino", viendo alzarse ante mis ojos, cada vez más altas, las pilas de sacos de yute, con marcotas toscas, a molde de hojalata vaciada, y a tinta negra de pan jabonoso. Nunca sospeché estar al lado de una moza labrada en caoba madre, dando de comer a los patos en el hueco de la mano, mientras las palmpedas, zonzas y patizambas, hacen su coloquio de pescuezos estirados y glogloteo cantarino. En compañía de la Marfona, cambiándonos de vez en cuando miradas de sobria ternura, asisto, a la hora de la siesta, al baño de los patos en el "apashte" del patio; y corto los tronchos de legumbres, y curamos entre los dos al gallo que está con "soco", y hasta he bañado, a cubetazos vigorosos, a mi caba-

llo moro. Tras la muchacha, mirando su seno por sobre el hombro redondeado, terso y brillante como la caoba cuando la pulen bien, ayudo a preparar el plátano, la lechuga y la tortilla de maíz para el zenzontle que brinca asustado en la jaula, con sus patas de alambre y su cabecita vivaz...

---María, ¿no hablamos de nuestras cosas?

---No, Julio, dejémoslo para después.

Y aunque conozco mi error, mi craso error de hombre - que no toma lo que, de darle plazo, ha de perderse, déjolo para mañana como quiere la hembra sin quererlo de veras. Y mañana he de decirla todavía, haciéndome un poco cínico para cercarla con reclamos alusivamente carnales.

---María, ¿no será mejor que lo que se ha de comer el moro se lo coma el cristiano?

Ella me tapará la boca con su mano caliente, donde pulsa su sangre campera, y sonreída, sin protesta, definirá:

---Si'ha de ser del cristiano, jamás se lo comer'el moro.

Me pedirá paciencia, aunque ya sin mencionar el dinero ni las diferencias de clase; y concluirá besándome, me didita, como sabe hacerlo. Le gusta, pero no la envicia. Déjase coger la boca; déjase chupar los labios, y los vuelve cóncavos como una ventosa, y blandos para que sean gustados a fondo: mas, aún respirando convulsa por las chatas narices dilatadas, con leve sacudida de su grupa de esplendidez, apártase dominadora y pone término al desenfreno con su habitual:

---Bueno, por hoy ya'stuvo.

Inútil perseguirla y peligroso acosarla. Si lo hago, me tendrá a raya por una semana completa, bien contada. Me motejo de estúpido y pusilánime; propóngome mandar todo - aquello al diablo; y concluyo cediendo, enconchado en placida resignación.

8

Escribí a mi madre una carta semitierna y semifalsa. Sólo dije verdad completa en lo que la referí de mi actividad y mis sueños de finquero. Agregué una súplica: "Concédame trabajar esta finquita, que eso me ha de regenerar por entero. Ya tengo la salud y siento el regocijo de mis diarias fatigas. ¿Quiere usted más, madre mía? Convenga en ésto y le prometo, a mi regreso a esa capital, seguir mis estudios de abogado"...

La respuesta no ha tardado en llegar. Mientras trabajo en el despacho oigo un tropel de cascotes en el empedrado abierto, entre voces confusas. Por el pavimento del corredor enmaderado tintinean espuelas, y a la puerta suena un:

---¿Se puede?

Alzo la vista del libro de planillas. Un individuo joven, fornido, moreno prieto, de estatura más que mediana, trajeado de dril verde aceituna, con botas rojizas y unas "charras" de plata negruzca, quítase el sombrero tejano, avanza hacia mí con un repliegue satisfecho en los labios, y se presenta tendiéndome la mano:

---Angel Santoro, su servidor.

Devuelvo la cortesía y estrecho su diestra.

Este hombre es guapo, con la guapeza dura y ágil de algunos mestizos; pero me impresionan mal sus ojos de un verde sucio que otorgan su mirar como una gracia, aparte el aplomo de sus modales que él hace amaneradamente altivos, aunque en toda su persona se trasluce una rústica plebeyez.

¡La calé de una ojeada! -- me digo.

Tras de alzar sobre la comisura del labio izquierdo su

bigotito negro, bien recortado, con aquel su gesto desdeñoso y sonriente, dícame mientras me alarga un sobrescrito:

---Su señora madre me encargó entregar en sus manos esta carta. Me recomendó además que'uste me diera la contestación de palabra. Parese que'és asunto urgente.

---Siéntese usted -- respondo en tono desabrido.

Siéntase el hombre haciendo crugir la silla y dedícase a examinar la habitación. Sonríe superiormente y carraspea dos o tres veces.

Leo con apresuramiento la carta de mi mami. Es breve y contundente, a despecho del párrafo final donde me promete escribirme pronto, largo e íntimo, lo cual no le es posible ahora por falta de tiempo, pues el portador ha de marchar sin demora. Quedo aplanado: don Angel Santoro, el portador, hombre abonado, comerciante y agricultor de la zona, con residencia fija en el cercano pueblo de Cultenango, viene para hacerse cargo de la administración de Los Limones.

Digo, confuso:

---Bien. Usted dirá cuándo quiere...

No me deja concluir, cortante e imperioso:

---Si'usté no tiene inconveniente, hoy mismo. Debo arreglar otros asuntos en el pueblo, y volver allá aunque sea de noche.

---Como guste. Entiendo que es usted hombre de muchos negocios.

---Tengo algunas "trampitas" en Cultenango. Terrenos, una tienda...

Recuerdo súbitamente algo que he visto en una de mis pocas idas al pueblo: un letrero sobre la puerta de una casa de modesta apariencia, que dice: Hotel Santoro.

Pregunto:

---¿No es usted el propietario del hotel de Cultenango?

---El mismo.

Caigo en la cuenta de que estoy frente a un factotum rural, uno de esos sujetos que, participando en todos los tráficos locales, monopolizan el prestigio comarcano. Este Angel Santoro debe ser compinche y socio de los encumbrados personajes cultenangueses, desde el comandante militar hasta el cura español que pastorea la grey sumisa; y su influencia habrá de extenderse hasta el señor jefe político departamental y el juez de instancia de la cabecera.

Experimento por Santoro violenta antipatía, mezclada sin embargo con no sé qué invencible respeto; después de todo, es un hombre que puede mucho. Aún dentro del círculo, para mi ruina, donde ahora ejerce su dominio. Su presencia prodúceme una turbia inquietud, acaso análoga a la que los animales carniceros provocan, con su simple proximidad, en las bestias inermes. Temo por el gobierno de mis sensaciones; e involuntariamente rehuyo la mirada directa del visitante, quien en manera alguna condúcese como un empleado de mi madre, y por consiguiente, subalterno mío. Me arrepiento de mi ligereza en acceder a hacerle entrega de la finca este mismo día.

Reacciono con nervioso desagrado:

---Disculpe, señor Santoro, pero me olvidaba: hoy no me va a ser posible atenderlo como le había dicho. Tengo yo también quehaceres urgentes... debo ir al pueblo. Pero puede usted quedarse, y mañana...

Retrae el bigotito con el gesto que ha de serle habitual. Sus ojos mídenme con sorna, y declara interrumpiéndome, según lo que parece también ser hábito suyo:

--Ha cambiado usted d'idea. Pero ya l'explicado que tengo asuntos pendientes, de importancia; y lo mejor será que m'entienda con doña Paca. No me corre prisa ni me mueve ningún interés por prestarle a la señora este servicio...

Voy a replicar; pero el señor Santoro, poniéndose de lado en la silla, me corta el impulso con equívoca cortesía:

---Oiga usted, joven, sin alardiar de nada, quiero que

sep'usté que si mi avine a'dministrar esta finca, fue por que la señora madre di'usté se sirvió suplicármelo, en ca lida de servicio.

No puedo contenerme más:

---Servicio, ¿dice usted? Servicio remunerado, querrá decir.

---Es claro. El trabajo no se regala. No si'altere us té. Puede obrar como le parezca. Antes me permití desir le que soy hombre de negocios, y el cuidado d'esta finca no me representa nada que no pueda rehusar en bien de mis intereses propios. Conozco y apresio a la señora, y convine en atender su propiedad por solisitú d'eya misma, como he dicho, aprovechando que vivo serca y'ando por estos lados casi a diario. Usté comprenderá que no voy a vivir aquí. Aministr'otra finca, la de los señores Koster, los alemanes vesinos. En varios años no hemos tenido ninguna dificultá. Meresco su confianza d'ellos... Per'esto no l'importará, onque si tiene su'importansia por lo que facilita la buena aministración de las tierras.

Sonríe y se hace blando:

---Est'én su casa, señor, y puede hacer lo que guste. Eso sí: no dispongo de más tiempo, y sintiendo haberle mo lestado, me largo.

Nos ponemos de pie. Digo al presuntuoso:

---Es usted muy dueño, aunque no lo decía por tanto. No veo el inconveniente de que si, como dice, anda usted con frecuencia por estos lados, pase otro día por aquí, siempre que disponga de su precioso tiempo... A mi tampoco me corre prisa.

Avanza hacia el corredor, haciendo sonar las impertinentes charras y subiéndose a la cintura los pantalones de holgado trasero. Se vuelve y me responde:

---Ver'usté: yo también he cambiado d'idea. Doña Paca m'ihabló de su deseo de vender Los Limones; y'es posible que mi'animo a comprar.

El hombre ha creído apabullarme; pero le pregunto con tono indiferente:

---¿Conoce usted la finca?

---Mejor que sus dueños.

Echame una rápida ojeada -- el bigotito enhiesto como la cresta del gallo -- y monta en su alazán tostado, con el aire de un teniente de húsares:

---Hasta la vista, joven.

---Hasta luego.

Va garboso el fanfarrón: buena cabalgadura y buen jinete. Por bajo de la chaqueta, sobre la cadera, abúltale la pistola campera.

Lo veo tomar el caminito del Plan de Abajo; y aunque por allí también se sale a la carretera pública, traspasando el río, me da en el corazón que Santoro se encamina a casa de las dos mujeres.

Metó con rabia los puños en los bolsillos del pantalón y me lo encaró hasta el tope, igual que el tufoso, ajustándose el "cincho". Estoy amargado, perplejo ¡Buena me la ha hecho mi mami! Odioso... Pero el tal Santoro no es más que un riquito de pueblo, un "cualquiera"...

Tocante a mis amigas, me da el golpe que este tipo...

9

Me subyuga, desde hace algunos días, el afán inquieto y feliz de reformar mi casa finquera. A pesar de mi madre y de Santoro, he decidido quedarme aquí, al menos hasta que la amenaza de compra no sea un hecho.

He formado, a la cabeza de tres "mozos", trabajando todo el día, un jardín en ciernes: parterres, platabandas donde sembré semillas de plantas floreales pedidas a la capital. Trasplanté vástagos de enredaderas y algunos arbustos de "crotón", almendros y claveles llamados "de costa" que tanto me gustan. ¡Habrá qué ver el jardín cuando esté todo crecido, lozano, reventando en color y suave de verdores!

Atrás de la casa --con tierra vegetal trasportada en la única carreta de que dispongo-- tracé la huerta; y los tableros negros, esponjosos, guardan ya las simientes que mañana serán coles, lechugas, remolachas, repollos: todas las delicias de un buen hogar campesino que doña Brígida y la Mariona mirarán encantadas... Aprovechase un regato cercano, encauzándolo para el riego en la estación seca. Además, ya he pedido a los cultivadores quezaltecos otros arbolillos que serán la mejor gala de la huerta: guindos, ciruelos, albaricoques, manzanos... He pagado con el producto de la leña cortada en los cerros vecinos, a donde caen nuestros linderos, y de una vaca de la cual, según el mayordomo, ya sólo servía el cuero...

Ignoro qué dirá mi madre de todo esto y me importa un bledo. ¡Estoy renaciendo a una existencia libre, desenfadada, con tanto mayor ímpetu cuando que se trata de cortármela en botón!

---Las espero a ver mi obra esta tarde... o mejor, vayan a mediodía para que almorcemos juntos --ruego a mis dos amigas.

---A ver sus cosas qu'está haciendo, iremos --respon-

de la Marlona.

Pero a'l'morsar en su casa, sí que no. ¡Para que la gente di'aquí nos como vivas! Lo que diría doña Paca, ¡Santo Dios! A poco viene y nos echa de la finca...

Siéntome repentinamente desencantado. No hay duda: ni mis únicas amigas ni Santoro me toman en serio como hombre de mando y labor. ¡Mi madre, siempre mi madre! Ella es la sólo que manda y a quien respeta esta gente que ve las cosas como son. Pero les demostraré... No: ¡qué voy a demostrar a nadie sino mi gozo ingenuo, mi impericia en faenas de campo, mi aturdimiento y lo que yo mismo juzgo como mis chiquilladas?

Han venido las dos mujeres y me han devuelto el regocijo de otras horas. Ante el esbozo de jardín, palmotea la Marlona. Doña Brígida se extasia a la vista de los desnudos tablares, calculando el producto por venir. Explícolas, yendo de un lado a otro y manoteando lo mismo que un muchacho atolondrado.

---Aquí sólo había "chichicaste"... ¡lo arranqué todo! Esto era un basurero indecoroso que me llenaba la casa de malos olores y moscas. El chiquero lo pasé allí. Hemos trabajado ¡dos semanas!

Las dos mujeres me aplauden con los ojos, imposibilitadas de meter baza en mi locuacidad. La expresión de la Marlona es como siempre sonreída, con el aire de quien sueña en cosas lejanas: un mirar de ternura mansa, un tanto bovina...

Llévolas al interior de la casa. Aquí también se ha ido reformando todo. La cocina, antes tiznada como culo de diablo, brilla clara y reluciente de limpieza momentánea, porque mis indias -- la molendera, la guisadora y la patoja friegaplatos-- son el mugre andando y no han de respetar aquellos esplendores de cal viva y trastos pulidos. He hecho subir el agua hasta la casa. Mañana pediré una bañera con ducha, junto con los demás implementos sanitarios indispensables.

Advierte la Marlona que en el despacho y en el comedor no hay flores. Las traerá ella misma, de las suyas que perfuman el Plan de Abajo.

En un rato que estamos solos, me ofrece sin escrúpulo los labios carnosos. La beso muy largo, tanto que casi nos sorprende doña Brígida que se acerca diciendo:

---¿Y no será bueno, niño, que le pusiera mano al cafetal y a la cañita más despuesito? Usté qu'és tan curioso puede volver'ésto una tasita e'plata, pues deude los tiempos de mi dijunto, apenas se cuida el cafetal y la cañita, medi'acabada...

Había yo pensado que eso era mi deber primero, mas con los afanes de la casa, del jardín y la huerta lo olvidé. Convengo alegremente:

---Sí, doña Brígida. ¡Ya verá usted! Todo se irá haciendo...

---Pues sí, es bueno, niño. Pa que la señora veya lu' entendido qu'és usté. Y cuando todo produzca como enantes, ni nesesidá'brá de don Angel.

Pregunto contrariado:

---¿Fue con ustedes? ¿Por qué no me lo habían dicho? ¿Qué clase de pájaro es ese tipo? Ustedes deben de conocerlo mucho, como todos por acá.

La gorda mujer percátase de que cometió una impertinencia. Se aturulla para decir:

---Pues sí, don Angel es antiguo por'aquí. Amigo no podemos yamarlo porque...pues ese señor no sabe ser amigo de naide; pero sí lo conosemos...

Me vuelvo hacia la muchacha:

---¿Qué dices tú María?

Me ve inquieta, sabedora de cuanto agita mi ánimo. Con testa con seriedad tranquila:

---No tiene por qué preocuparse d'ése hombre, Julio. Est'usté en lo suyo.

---Pero tú sabes algo de él.

---Como todos por'aquí. No se crea qu'és cosa del otro mundo; pero háblese con su amigo don Ricardo, cuando se vean.

Doña Brígida regresa, a hurto de su hija, cargada de latas de conservas con que le llené el delantal, sostenido entre sus manos.

10

Ricardo Urbina ha venido a verme. Hace poco que le conozco, pero su fuerte personalidad me tonifica de modo extraordinario. Junto a él he comprobado hasta dónde puede alcanzar la influencia que los demás ejercen sobre nosotros con su simple presencia. La teoría de las auras personales no debe de ser una invención de ilusos visionarios. En la tierra y en los hombres existen radiaciones imponderables que nos benefician y otras que nos dañan, incluso hasta matarnos poco a poco. Hay personas que nos purifican y las hay que nos envenenan volviéndonos oscuros o enfermos como ellas. El contagio psíquico es poderoso: el contagio de los contagios. Dime con quién vives y te diré quien eres -- sería el adagio exacto. De este modo, el mal y el bien vienen a reducirse, en rigor, a una quesción de ambiente...

El aura de Ricardo Urbina y la mía constituyen sin duda dos fuerzas simpáticas. Desde el momento en que lo conocté, hube de sentir que era mi hermano. A su lado soy dueño de mi armonía interior, como jamás lo fui cerca de ninguna mujer a quien creyera amar. Caso semejante el de la Mariona conmigo. Verlos vivir es para mí un espectáculo gozoso. De ambos recibo una corriente vivificadora - que, al serme negada, representaría un despojo inhumano. A ambos he de costar buena parte de su potencia fluidica, porque yo debo de ser menos puro que ellos, y ellos me otorgan su misericordia vital, como el superior ha de hacerlo con el inferior. Pero esta dádiva de la muchacha me viene desde el arcano de su sexo; y así me resulta turbadora; me avasalla y me inquieta, mientras que el influjo de mi nuevo amigo lo percibo sereno y limpio, comparable a las lluvias primerizas que ya mojan el regazo de Los Limones...

Ricardo Urbina es lo que el vulgo llama "un hombre serio". Charlando con mi amigo he llegado a saber en qué consisten sus rarezas.

Urbina no experimenta ese gusto burgués, bobo y egois

ta, por la vida. Si la vive es porque ya se encuentra en ella y no existe razón suficiente para que apresure el viaje inevitable. La derrota de la vida -- me ha dicho -- no es la muerte: es la vejez. Se comprende que nunca se haya sentido "un hombre feliz". Sólo las niñas bonitas tienen ese derecho -- asegura. Desde patojo le golpeó la suerte y le enseñó la traición de las divinas aspiraciones que conocemos como amor, justicia, felicidad. Sin embargo los ilusos --según Ricardo-- son los únicos seres debidamente protegidos contra la adversidad. La ilusión puede hacernos dichosos cuando somos jóvenes, y jóvenes cuando somos viejos...

A mi pregunta de si alguna vez se ha enamorado, Ricardo Urbina me contesta:

---Según como eso se entienda.

---Bueno ¿pero no te amó nunca una mujer?

Me de buena gana. Me debe de considerar como un colegial entre los antiguos colegiales románticos. Me explica que eso jamás se sabe de cierto. A la sola mujer que pareció amarle, la tomó por violencia, sin galanterías ni garrambainas. Era fina, rubia, con la nariz de pico de pájaro. Esto es muy importante --advierte él. Una noche, porque la deseaba, porque la necesitaba, cogióla en brazos, la condujo al lecho, y entre el lloro de ella y las caricias de él, la poseyó. Luego, sintió ella la necesidad de poseerlo a él aún más hondamente. Tenía lo que en lenguaje liviano se llama "un gran temperamento"; y se apegó al amante con ansia y fidelidad animales, poderosamente animales. Así se hubiese pasado la existencia si no la mata pronto un tumor en la matriz. Esto es fatal y simple: en nada semejante a los idilios que gustan de cantar los poetas. Es apenas una de esas mínimas tragedias que prodiga el destino: breve, terminante y brutal.

La genuina y última querida de Ricardo es la soledad. Entre la soledad y la meditación se deslizan sus ideas espirituales. Afirma que la primera puede hacerlo casi dichoso y la segunda un desdichado sin remedio. A propósito, me cuenta una historieta. Existen ciertos lobos que se apartan de la manada y viven sin hembra, entre riscos inaccesibles. Por las tardes, se les ve aparecer en lo más empinado de una cresta, inmóviles, atentos, mirando al hori

zonte -- las orejas erectas como dos puntiagudas hojas de cactus -- más misteriosos que la esfinge del desierto. Nadie sabe por qué hacen esto ni por qué son así. Comentándolo con algunos compañeros de farra, ellos, por analogía, pusieron a Urbina el apodo de "el lobo solitario". No sabían que con esta chunga descifraban su destino. Es hermoso, bien hermoso: el lobo solitario.

Me parece haber descubierto que Ricardo Urbina es uno de esos hombres dignos de ser amados, pero a quienes por lo regular no aman las mujeres. Ya sabemos que falta a nuestras pobres hermanas el sentido de los altos valores masculinos. Por su parte, mi amigo piensa que la mejor de todas ellas no vale un sólo día, una hora, un minuto de la tortura sentimental a que nos sujetan.

---Lo fallido en el amor --me ha dicho-- consiste en que las mujeres pueden amarnos, pero no pueden comprendernos. Se trata de un imposible natural. ¿Las comprendemos nosotros? Probablemente tampoco. El hombre es el ser esencialmente solitario en el planeta. Sólo que se resiste a admitirlo porque esta certeza lo mataría.

---¿No crees en el mejoramiento de nuestra especie?-- le interrogo.

Su respuesta es concisa y simple como suelen ser todas las suyas: evolucionamos en el círculo cerrado de nuestras pasiones e intereses.

La historia es apenas la fijación y el examen superficial de los puntos recorridos en esta evolución que nunca sale de sí misma. Por eso, la historia no puede ya enseñar nada fundamentalmente inédito. De aquí parece derivar el fracaso de las teorías libertarias, en lo social. El hombre resulta incapaz de transformarse.

Preguntole:

---¿Qué piensas, Richard, de nuestra civilización, de esta guerra monstruosa?

Urbina me da un concepto, sencillo y violento como un soplo campero que de un mantazo barre un nubarrón:

---Para mí, Julius, la cuestión puede estar en que el

mundo posee harta riqueza mal empleada; mucha ciencia mal aplicada; mucha política y literatura morbosa. No sé cómo ni en cuánto este exceso haya participado en el aniquilamiento de la fe antigua -- o si quieres, de la gran ilusión antigua -- y por consiguiente, de la moral de nuestros padres; pero siento que el mundo está podrido. Esta es la palabra; podrido. Pero son cosas para dilucidarse por ustedes, los intelectuales, y para ser sufridas por nosotros, los trabajadores manuales.

Palmoteando cariñosamente sus anchas espaldas, le replico riendo:

---Como intelectual, tú eres de los buenos porque procuras no complicar nada y sabes a qué atenerte con respecto a tí mismo. Los demás trastumbamos sin hallar nuestro yo verdadero. Además, labras y sufres la vida, a flor de pecho y voluntad. Pero dime: ¿qué debemos hacer en esta hora tremenda?

---Los que deben pelear, pelear como fieras para salvar, no las tradiciones, sino la dignidad del hombre; los otros, trabajar como burros, espantarnos las moscas y creer cada uno en sí propio. Lo restante vendrá por añadidura.

Como Ricardo Urbina no tiene problemas sexuales, y menos eróticos, no concibe la necesidad de la esposa. El hombre casado le parece un prisionero, aunque esté contento con su suerte. Creo que mi amigo juzga razonablemente; las limitaciones nos vienen de ligarnos con la mujer más allá de la naturaleza.

Ricardo Urbina, a despecho de su amable escepticismo, no es un ser desolado, ni estéril de corazón ni adusto de carácter. Es el alma más fértil que he conocido. Un sólido equilibrio. Para mi afecto, un compuesto magnífico de ánimo cordial, voluntad ecuánime, inteligencia neta. Alegre sin alboroto; macho sin violencia ni presunción.

Sin embargo, es rico de pasión, aunque no de pasiones. Me ha dicho:

---Sin pasión, Julius, nada bueno se ha hecho en el mundo. Los cobardes son simples ineptos para sentir la pasión y entregarse a ella. Pero la mía es serena. No entiendo el frenesí ni la premura más que en el amor de los

sentidos. La pasión nos procura siempre fuerza para combatir e interés concreto por la vida.

Cuando le vi de pie, ancho de hombros y finamente membrado, me dije:

---¡Qué gran destino el suyo si fuese un poco más alto!

Y yo, que sufro la humillación de mi pequeña estatura, me sentí más hermano que nunca de mi amigo.

x x x

Hoy hemos hablado de Angel Santoro. Con su concisión habitual, Ricardo Urbina me lo ha descrito. Animal de presa, posee un gran instinto de dominación, una excepcional aptitud para reptar por la vida. Distingue, a la primera ojeada, en donde está su beneficio y en donde el ajeno; y conoce la manera de hacer predominar el suyo. Cuadrado de egoísmo, pleno de energía, es un hombre de apetitos groseros, peligrosos y jamás saciados. Hambre vital sin trabas: hambre de fortuna, de hembra y de poder. Puede clasificársele entre los malévolos instintivos por su hipocresía, su ductibilidad, la firmeza cruel de su intención. Sus actos son siempre un fiel reflejo de su idiosincracia; y esto es así aún cuando simule. Lo caracteriza una tendencia irreductible a convertirse en tirano de sus subalternos y vasallo servil de sus superiores. Pero éstos sólo tienen para él una categoría: la que confiere la fuerza del dinero o del mando.

Comenzó arreando mulas por los caminos fangosos y las montañas abruptas, como peón de ayuda. Adquirió más tarde un patacho de bestias de carga, merced a la complacencia de un finquero opulento, a quien supo ganarle la simpatía y al que traicionó después, acusándole de conspirar contra el gobierno constituido, en uno de tantos períodos de revuelta subversiva por que el país pasara en otras épocas. Con tal expediente, consiguió eludir el pago de su adeudo y meter a su protector en la cárcel. De fletero ascendió, por méritos adquiridos en el espionaje y la delación, a la alcaldía de su poblacho natal. Allí principió a redondear una fortunita, mediante negocios turbios y exacciones administrativas, y empleó sus ocios en aprender algunas letras. Un día compró tierras, sembró cafetos

cuando el café era en verdad el "grano de oro", e hizo frecuentes viajes a la capital para relacionarse con los políticos y los hombres de autoridad en aquel entonces. Resultó protegido de un secretario de Estado que aspiraba a la presidencia de la república. Parece que en la subrepticia campaña electoral que su "señor ministro" emprendiera a fin de escalar el poder supremo, Angel Santoro prestó colaboración importante, yendo de un lugar a otro como agente personal de su valedor; y, fracasada tal empresa, logró lo que siempre buscara con sus intromisiones en la política; abundantes dineros. Tocante a su protector del momento, usó de su táctica invariable con los caídos: si te he visto, no me acuerdo... Al instaurarse el nuevo gobierno, se las arregló de modo que hubo de "quedar parado", vale decir que siguió gozando del favor de los poderosos. Crecían sus prestigios de agente secreto, incondicional -- como a la sazón se requería; y, a raíz de otra intentona revolucionaria -- en que actuó en sentido contrario a sus afanes primeros -- apareció con galones de subteniente y plantose resuelto en una "comandancia local".

Por aquel tiempo ya era famoso por sus aficiones mujeriles; no había hembra a quien le pusiera el ojo que no cediese a sus artes incontrastables, como tampoco resistían a su ambición la propiedad ni el bolsillo ajenos. El mulero Santoño --según era su apellido legítimo-- convirtiose en don Angel Santoro. Sonaba mejor el nuevo patronímico y sonaban mejor las espuelas charras en sus botas de fino cuero. A la vez que desempeñaba la comandancia local, se hizo "habilitador de mozos". Y en cambio de arrear mulas, comenzó a arrear indios, en masas imponentes. Y a más de especular con los productos de la tierra, vendió sudores de indio --desagües de fatiga y de fiebre, a fuerza de expeler los cuales moría la indiada en los climas insalubres, a donde la codicia de Santoro, aliada a la codicia de sus patronos y poderdantes, llevara a enterrar los "mandamientos". Dio trece y raya a todos los encomenderos del pasado y del presente. De intermediario en la trata de nativos, subió a empresario por cuenta propia. Hablaba las lenguas indias de las comarcas en donde hacía la recolección de carne humana; y de este modo, obtuvo la confianza de su mercadería viviente y el éxito más cabal en su negocio.

Angel Santoro cobró pronto reputación de hombre rico, y quiso abarcar más: probó sus habilidades como prestamista al 12 por ciento, como tendero mañoso, experto en las

triquiñuelas del comercio al menudeo y en la compraventa de bienes raíces. No hubo propietario de alguna casita, de algún terreno prometedor, de alguna finca venida a menos que, dentro del radio que cubría la tela de araña del chupasangre, no cayese en los tentáculos del ávido Santoro por la vía del préstamo hipotecario con usura, o por la adquisición forzosa, gracias a los apuros pecuniarios de sus clientes, quienes, en las lindes de la ruina, se dejaban ahorcar mediante los cuatro reales que con gesto de magnanimidad les tendía el ladino...

Pero su actividad preferida seguía siendo la del negrero: lo llevaba en el alma y constituía su gran voluptuosidad, sólo comparable a su apetito de desvirgador. Jamás se hubiese cansado de vender indios; mas, de la noche a la mañana, el gobierno abolió el sistema de las habilitaciones y legisló contra la usura, conceptuada como delito. El recalcitrante se replegó muy a su pesar; y dió en la flor de denunciar y perseguir con saña a sus antiguos camaradas, los incorregibles encomenderos. Y entonces multiplicó sus negocios: vino el hotelucho de Cultenango; los automóviles de pasajeros y el camión de carga; las administraciones de fincas rústicas, de las cuales siempre sabía sacar la mejor tajada...

Y aquí tenemos a Santoro --el dulce angelito que supo mandar a tanta mula y a tanto indio al matadero de los caminos fangosos, de los climas palúdicos y de las jornadas extenuantes, sin contar con los querubines habidos en el vientre de sus mancebas y de las hembras de ocasión que topaba al paso, emboscado en sus impunidades de funcionario y valido del irresistible poderío de su fortuna. De ello nació el decir comarcano, vuelto popular entre todos los habitantes: --Lo que es don Angel Santoro ya tiene su corte de angelitos que lo recibirán con palmas en el otro mundo...

Concluye Ricardo Urbina:

---No sé qué fuerza de sugestión tiene ese sujeto. Pero lo cierto es que persuade al más listo cuando se le antoja. Conmigo no se mete porque me respeta, y me respeta porque me teme. Procura, Julius, que pase lo mismo contigo. No rehuyas su presencia: devuélvele dos golpes por uno. No le tengo por valiente, pero es "madrugador" y por fiado. Cuando ataca de frente es porque confía en burlar

las responsabilidades legales y en sus muchos amigos. No los tiene de verdad, pero le sobran compinches, cómplices, espalderos y "cuijes" peores que él.

Y bebiendo su cerveza fría, Urbina agrega, mientras es tira sus nervudos brazos, digno remate de su complexión de toro y se regocijan sus pupilas claras en que la ruda lealtad irradia lo que a veces percibo como un fulgor de oro.

---¡Las ganas que he tenido siempre de propinarle una "trompeada" al buen Santoro! Una trompiza como pateada de mula...

11

¡Se ha ablandado la contumacia de mi madre! Acabo de recibir carta suya. Conviene, por mi salud, en que permanezca en Los Limones unos tres o cuatro meses más. Por de pronto, no se venderá la finca. El trabajo es dón y mandato divino --escribe. Confía en que no la engañó ni mancharé sus canas con una locura, de esas que no se pueden reparar cuando tienen "consecuencias". Cada oveja con su pareja; lo que yo llamo prejuicio de clases es sin embargo --jamás debo olvidarlo-- la base de la sociedad, según Dios lo ha dispuesto y lo confirma nuestra santa religión...

¡Vaya! Que escriba mi mami cuanto quiera. Me quedo aquí, y ladinamente me seguiré quedando... Sólo eso me importa.

Pero hay una postdata: "No dejes, hijito, de atender los consejos de don Angel Santoro". ¡Qué consejos ni qué india envuelta! El señor Santoro no tiene qué hacer conmi go ni manda en estas tierras mías -- muy mías porque nadie me arrancará de ellas.

Comunico la buena nueva a Ricardo Urbina que la venido a almorzar conmi go en este mediodía de sol y viento calmo. Ricardo, que tiene la sonrisa fina, madura y un ápice acidulada, no ha creído inconveniente burlarse un rato de mí. Después habla en serio y se muestra poco optimista. Opina que no perduraré mucho en mis propósitos agrícolas que apenas son placeres de soñador. Ni sospecho aún lo que pretendo.

La vida de finca, si se ha de trabajar de veras, es una existencia brutal. Desvelos, madrugones, mojaduras, pleitos y disputas con todo el mundo; y, en compensación, sacar escasamente los frijoles. Se necesita de una varoña auténtica, de una fe de carbonero, de una esperanza - muy amplia para pegarse a la tierra y fecundarla a golpes, caricias y maldiciones. Se han de taponear delicadezas del alma, exigencias de la cultura, como las vías de agua en

un barco zozobrate, porque toda concesión en este sentido puede aparejar un desastre. En estas fincas medio abandonadas, maltrechas por siglos de labranza empírica y suicida, que consumen tanto y producen poco porque se explotación no es todavía agricultura sino cultivo rudimentario, no se logra subsistir sino matando, o acallando al menos, el sibaritismo de la carne y las preocupaciones del espíritu civilizado. Hemos de ser un poco bárbaros, sobre todo con nosotros mismos. Enganchados para sudar el trabajo personal, a flor de gleba si es preciso, al par que capataces para exprimir el esfuerzo de otros hombres y obligarlos a sumársenos en cuerpo y alma -- si es que la tienen.

Nuestro problema es simple, pero espinoso por su misma simplicidad. Encierra dos términos: la tierra y el indio. Materia bruta ambos, tienden a anegar en ellos, disolviéndolo, el trabajo inteligente y reformador. La tierra y el indio se nos acaban entre las manos. La primera huye hacia el océano y el segundo fuga hacia el tiempo. El indio, que hace mucho dejó de constituir un pueblo, forma una muchedumbre estática que ha de moverse a empujones de obstinación y fría inteligencia. La tierra, enferma de erosión, descarnada por los elementos naturales ingobernados hasta ahora, empobrecida por la rutina del librador, reclama lo mismo que nos exige el indio: violencia perenne y aferrada, a cuyos efectos, sin embargo, se nos va muriendo día a día, como el macho matalón que nuestros arrieros sobrecargan y llevan por los caminos hasta caer, despeado, en un recodo piadoso...

Objeto los razonamientos de Urbina:

---El caso no es general. La tierra no se ha de trabajar así...

---Me refiero a un error de principio. Error de la colonia y de la república. La hora de la redención no parece lejana, aunque si la tierra y el indio son ciegos, nuestro agricultor suele padecer de una ceguera más lamentable. No se quiere comprender ni se quiere rectificar. No te niego los graves estropiezos que embarazan nuestra industria agrícola; pero las crisis son precisamente la culminación del proceso morboso en que es dable lograr la curación.

Replico aún:

---En el país hay grandes y buenas fincas, aceptablemente organizadas.

---No hablo de esas explotaciones. Hablo de las manejadas al garete y de las que estaban en formación al iniciarse el malestar mundial, y cuyo desarrollo quedó semi-paralizado. Hablo de las tierras trabajadas por sus propios dueños sin dinero suficiente, con pocos brazos, en condiciones duras. Los que laboramos solos, sin colaboración, hemos de seguir paso a paso la pobre labor del indio que no entiende nuestros propósitos ni le importan nuestras necesidades, y sólo ansía que se le dé una parcela para cultivar, él solo también, el mísero plantío de maíz, de frijol, de yuca o chile -- plantíos que cuestan al país jirones preciosos de riqueza forestal. De la escasez de nuestra producción hemos de sacar nuestras utilidades, las cuales enterramos de nuevo para seguir girando en el círculo vicioso. Por eso se impone una forma particular de existencia, parca hasta la cicatería y el abandono de nuestros gustos delicados, enérgica hasta la brutalidad si fuere necesario, a fin de que ninguna brizna aprovechable se pierda o desperdicie...

Ricardo Urbina se pone de pie, pasea a zancadas por el corredor de mi casa finquera, y concluye alegremente:

---¡Pero esto es bueno, caray, es bueno de veras! Es la única manera de que el agricultor guatemalteco aprenda a trabajar. Yo, en lo personal, sé que he de salir adelante. La prueba del fuego: el blando se consumirá y el fuerte ha de sobrevivir.

Mientras deglutimos la gorda carne del chompipe, adobado con salsa de chile, entre tortilla y tortilla de maíz, nos desquitamos charlando de las quisicosas lugareñas y diciendo algunas "tapas".

De sobremesa volvemos sobre el tema subyugante. Me dice Ricardo:

---Ya verás, ya verás y aprenderás algo. Un día de estos iremos a visitar, "cuerda" por "cuerda", Los Limones. Sabes que en la soledad de mi montaña, los pocos ratos que me deja libre el trabajo los empleo en leer cuanto me cae

a mano sobre agricultura. Y he leído cosas muy interesantes que tal vez te sorprenderán. Hechos curiosos y deplorables, y ejemplos magníficos de cómo se lucha en otros países contra los males de la tierra -- males verdaderamente trágicos. Ya verás, ya verás.

---Encantado -- le respondo.

He encendido mi cigarrillo turco y Ricardo chupetea con deleite su pipa acostumbrada. El humo nos preserva un tanto de la nube casi invisible del jején -- ese mosquito voraz e innumerable que, como una fiera, sorbe la sangre humana dejando gruesas ronchas en la piel. Organismo complejo que parece hecho de aire y que con el aire cálido se confunde.

Agrega Ricardo Urbina:

---Te ha de aprovechar, Julius. Aunque tus entusiasmos duraran pocos meses, hallarás satisfacción en conocer algunos secretos de la tierra. Entonces acaso se apagará tu fuego porque en la tierra ya no verás la imagen poética de esa madre generosa que se cuida y se salva sola, y de ribete, te mantiene y te procura dinero, sino el elemento huidizo, precario, que en realidad es ella, y cuya existencia depende ya no de la naturaleza sino del hombre. Me refiero, como comprenderás, al suelo, pues el vocablo tierra -- tal mal entendido por lo regular -- no define el asunto propiamente.

Salimos al corredor. Un viento obscuro ensucia el horizonte con goterones de tinta desleída. Ese viento gesta el aguacero que ha de caer por la tarde, estentóreo de truenos y furioso de ventisca. El viento obscuro, detenido todavía en su acometividad plena, finteá ya con los árboles del patio y muge mansamente desde la lejanía de los cafetales, los surcos de caña dulce y los bosques montañosos.

Ricardo Urbina se tiende en la Chaise-long para hacer su siesta de diez minutos, sin la cual siéntese inhábil -- por el resto del día.

---Ningún animal sano se priva de dormir después de comer -- explica.

Le dejó allí; me tumbo en la silla cercana y me encaro al espacio abierto pensando en este hombre, en este amigo mío. Lo respeto, lo quiero y lo admiro. ¡Qué bien me trae este sentimiento! Nada me conforta tanto como querer algo o a alguien. Me gusta observar a Ricardo: rumio sus pareceres y tomo a veces sus actos, sus gestos, sus actitudes, como patrones de los míos. Me he sorprendido, con cierto rubor, imitándole en el pensar y en el decir. Mas no importa: es como si imitase a mi padre, de quien no conservo huella consciente. Me encanta su criterio firme y lógico.

¿Es posible que este hombre sueñe y acaricie algún ideal definido? Charlando de la cuestión me dijo un día:

---¿Crees que se puede separar el ideal del ensueño? ¿No implica la existencia del uno la existencia del otro? Mi ideal en la vida se concreta a hacer. Y siempre estoy soñando en lo que voy a hacer. De otro modo, la ejecución de cualquier empresa resulta deficiente. No he necesitado plantearme el problema de si vivo la vida por ella misma o la supedito a algún ideal que esté sobre mi vida. Este último extremo corresponde únicamente al místico, al guerrero o al poeta. Quizá también al estadista. Pero si te empeñas, puedo responderte que mi ideal es el humildísimo de quien procura mejorar la vida en sí mismo y en torno suyo. Amo las formas acabadas de la vida: eso es todo. Pero no hago de esto un asunto de moral ni de fe proselitista, la cual empeora a menudo la existencia de los hombres queriendo perfeccionarla...

---Pero dime Richard: ¿tienes para tu uso particular alguna filosofía, como si dijéramos la filosofía que cada uno nos forjamos con el acopio de nuestras experiencias diarias?

---¡Bah, te pones pesadito, Julius! Soy en eso como los demás, sólo que con tales experiencias no me he fabricado ningún método, como hacen algunos sujetos cavilosos y preceptivos. Ten en cuenta que en los problemas de la vida casi siempre hay, en el fondo, una simple cuestión de dar. Existen muchos famélicos de cuerpo y espíritu en el mundo. Generalmente, su desgracia los hace agresivos, quisquillosos, enredadores. Ladran siempre y muerden cuando pueden. Acallemos a los perros con un mendrugo; no vale la pena de disgustarse. Arrojémoslo y sigamos adelan-

te. Los buenos hombres de gobierno saben bien esto, y consolidan su poder aplicando oportunamente el principio. Al mundo lo gobiernan el pan y el puño. El hombre es así y no hemos de componerlo según nuestras individuales y miserables concepciones...

Insisto en escudriñar aquella alma, aun a riesgo de - que mi amigo fatigado, me mande a paseo:

---¿Crees en la amistad, Richard, ese sentimiento aún más frágil y precioso que el amor?

---No soy hombre de amistades fáciles -- me responde. La legión de los que se titulan amigos vale todavía menos que las mujeres más versátiles; pero la amistad verdadera, cuando por un milagro se encuentra, equivale al hallazgo de un tesoro. Por lo demás, como dice el mexicano, siempre he sabido ser amigo de mis amigos.

Ya dije que a Ricardo Urbina le complace charlar fumando. Puedo agregar que no conversa a satisfacción ni - con plenitud si no chupa su tagarnina o su pipa inglesa; y lo hace con cierta morosidad sensual, llevándola de lado a lado de su gruesa dentadura.

A este propósito me ha dicho:

---Algunos higienistas baratos llaman monomanía a la necesidad de fumar que sienten no pocos artistas cuando producen, y se burlan de los poetas que imaginan que las volutas del humo les traen la inspiración. No creo que - exista tal inspiración; sólo hay excitaciones cerebrales. Pero la nicotina es un excitante mejor, según presumo, que el alcohol o cualquiera otra droga. Me excita sin perturbarme.

Comento:

---Eres refinado aunque parezcas rudo: lo que se diría pedantescamente un ecléctico.

Encoge sus hombros poderosos, recoge los brazos hercúleos y enlaza las manos velludas, inclinándose sobre la silla de extensión. Luego levanta sobre la noble frente, - huesuda, el sombrero de cow-boy, bajo el cual aparecen los mechones semirrubios de sus cabellos siempre en desorden, y exclama:

---¡Babosadas!

Y en seguida, con rara fruición:

---Te equivocas: no soy hombre culto, y en cambio, tengo a mucho bien mi rudeza natural. Soy apenas un hombre que ha vivido con intensidad, curioseándolo todo. Tengo el hábito de leer mucho y meditar en lo que leo. Un vicio de solitario... Lecturas caóticas, observaciones cotidianas. Se trata de un placer que nos lleva insensiblemente al conocimiento del mundo, mejor que los estudios sistemáticos; pero un placer regido por el ritmo espontáneo de la apetencia, como el comer y el beber. Ya sabes que prefiero las lecturas científicas, pero también sin orden alguno. No soy, afortunadamente, especialista en nada. El método, si me impongo alguno, queda para mi finquita que representa todos mis asuntos desde hace veinte años; y ya ves que no he pasado de "zope" a gavilán.

---Me sorprende que un hombre como tú no tenga ambiciones... ambiciones mayores.

---Sería largo de explicar, y ahora no tengo tiempo. Me marcho porque va a llover como llueve por acá. Olfatea el aire: tú dirías que es un aire eléctrico, y así me lo imagino. Mira la marrana aquella, junto al rancho de Julián, cómo se revuelca en el fango... Eso, según los viejos del lugar, es signo de próxima tempestad.

Rfe: se levanta y me pide:

---Préstame la mula prieta. Mi "rosillo" te lo dejo en repasto: debe descansar el pobre.

---Te daré a Relámpago, el cual está perdiendo los bríos de puro holgazán...

Urbina dice, mirándome fijo:

---Ya no ha habido visitas al Plan de Abajo. Jum...

Me tiende la manaza y va él mismo a ensillar el potro.

Con sus ciento setenta libras macizas y su talante de hombre pesado y un poco lento, Ricardo Urbina monta a horcajadas en la mula prieta que, entre mis tres animales de

silla, es la que él prefiere por su andar largo, tendido y suave. Aléjase después sobre los fornidos lomos de la bestia, seguro y ajeno a toda prisa.

Viéndole alongarse sobre el camino crugiente de hojarasca, este hombre me parece fabricado exclusivamente de raciocinio; un raciocinio duro y dadivoso. Arbol centenario que da flores delicadas, profusas, pero jamás excesivas. ¡Nos parecemos y nos diferenciamos tanto! Mis emociones son casi siempre excedentes: mi alegría resulta a menudo en atolondramiento. Mis nervios semejan a veces un torbellino. El no. He aquí la primera razón de mi cariño...

13

La Marfona ha puesto sobre la mesa el batidor panzudo, donde echa sus vaharadas aromáticas el chocolate "de gasto". Junto al batidor y entre dos pocillos de loza vidriada, con florecitas azules, está la cesta con el "pan de huevo", de corteza quebradiza, rubia; algunas "panuchas" enharinadas y otros tantos "cuerudos", bajo la servilleta a cuadros rojos y blancos.

Acabamos de merendar; y con los labios todavía gra-sientos del atracón, nos besamos a hurtadillas de doña Brígida, cuando, como lanzado por un resorte desde el subsuelo, ha aparecido en la puerta del comedor Angel Santoro.

No le oímos llegar. Parece haberlo advertido y sonreírse satisfecho: así es como él toma a la gente...

Saluda, importante y meloso, a la Marfona; me concede un rápido Buenas tardes, y de ahí en adelante opta por no tenerme en cuenta. Sólo de vez en cuando me tira a fondo una ojeada zumbona, atusándose el bigotito negro. Luego finge olvidar mi presencia.

Entra en la estancia doña Brígida y hay entre los dos un saludo efusivo. Advierto que mis dos amigas parecen encantadas con la conversación del visitante. La Marfona no consigue disimular la nerviosidad de sus movimientos. Y algo peor: pesco al vuelo su mirada mientras Santoro silabea sus ineptias, gárrulo y chistoso: le contempla con la cabeza un poco inclinada, levantando los ojos hasta la cara del hombretón con una sombra de arrobamiento bobo... Mas que eso: con timidez, para mí desconocida en la muchacha.

¿Qué? Sin duda, como a mí, la conturba el no sé que del antiguo mulero. A la legua se ve que la intimida. ¡Ah! La intimida de veras. ¡Qué síntoma, Dios santo! Incluso tal vez la repugna; pero es una repugnancia que teme manifestarse y aun busca la forma de simular la simpatía y

acaso de azuzar los apetitos del hombre mozo. ¡Quién entiende a las mujeres!

Tras un rato de charla, Santoro se ha marchado. Su expresión al despedirse ha sido la del que sabe a qué atenerse, con esa malhadada seguridad que acentúa todos sus actos y palabras. No me tendió la mano; apenas inclinó, cursi, la cabeza con el aire de superioridad que me tiene destinado. De ser yo un sujeto de puños, un matón de pistola como por acá se estilan, le hubiese provocado con algún sarcasmo frío, más hiriente que los suyos. Pero mi carencia de tales atributos del macho campero me hizo permanecer mudo, con la actitud más insolente que me fue dable asumir.

Escena con la Marlona:

---¡Cómo le recibes! ¡Qué "amishadita"! ¡Qué ojos de ovejita le pones!

Está fresca, guapetona como siempre. Sus rasgos sensuales han recobrado su expresión subyugante. Murmura con un mohín de sus labios gruesos, semejante al que se usa para los niños mimados: silban burlescas las eses:

---¿Seloso?

Reviento de sorda ira; pero el desgarrón del orgullo hace lentas mis palabras y abaja mi voz:

---¡Qué va, no te hagas ilusiones! Ese tipo es sencillamente ridículo con sus fanfarronadas. Lo único que me extraña es tu... tu servilismo para él.

---¿Lo cree, Julio?

---Lo creo porque lo veo. ¡No podías faltar tu también, lo mismo que la Paula Flores y todo el hatajo de las que se dejan seducir por el angelito bigotudo, por el arriero con gabardina, y tienen eso como la mayor honra de su puerca vida...

---¿Por qué mi'ofende, Julio? Si está convensido y me confunde con las otras, con despresiarne basta.

¡Qué bien usa de su fuerza! Me obstino:

---¡Si así le hablaras a él! Pero ¡qué diferencia! Si pareces en su presencia una nenita de escuela cuando llega de visita el ministro.

Me mira tranquila, y habla con persuasión:

---¿Y cómo quiere que le trate igual qui'a usté? A usté le tengo confianza, y además mi'ha dicho que me quiere. Lo qui'hay es que con don Angel hemos de tener miramientos especiales, pues, para que lo sepa d'iuna vez, a don Angel le tenemos algunas "ditas"...

---¡Lo qui'hay --imítola--es que él también te ha dicho que te quiere, y como yo, te ha besado ya, a espaldas de tu madre... Y quién sabe... citas bajo los árboles del río, junto a la pocita aquella... ¿Lo negarás?

La he tomado, como suelo, por los hombros y la hago daño. Ella se deja ahora, suave, mimosona; y ríe para decir luego:

---Hast'éso, no. Para serle franca, me pretende; es sierto; pero que yo lo quiera es otro cantar.

Me derrota una vez más. Acepto la derrota. Nuestros labios se han unido hasta estrujarse, hasta meter mi lengua entre su pulpa tibia y desgajarlos como una naranjita madura. Es la caricia que me enloquece. Tras mis labios van mis manos ávidas hacia sus caderas plenas, hasta sus nalgas firmes, de materia elástica y viva... Entonces, a mis avances, la Marfona me rechaza -- la faz echando lumbre tembladora.

Musita, ronca:

---No... eso no... ya lo sabe.

---¿Por qué, mi María?

---Porque me sabe mal en usté.

Casi la grito:

---Pero no en el otro, ¿verdad?

Iracunda de súbito, se deslengua por la primera vez desde que nos tratamos:

--- ¡No es eso, entiéndalo! ¡A las putas no se les estima!

Rotas mis rebeldías, tengo que desagraviarla, igual que a una novia. ¿Pero no lo es? ¿No hay romanticismo de noviazgo temprano en mis relaciones con la montaraz? - ¿No es el mejor encanto de nuestro amorío?

Al despedirme, con beso rápido que la desarruga el entrecejo fosco, me acuerdo de interrogarla sobre aquellas ditas que las dos mujeres le tienen a Santoro.

Y ella, con gesto conmovido, me informa:

---Pues... no soy yo, como usted comprende. Es mi mamá que a veces se pasa de tonta. Tuvimos penas, antes que usted viniera, y don Angel se prestó sin que yo supiera. No sabe, Julio, cómo me pesa... me siento humiyada...

Es posible ¿Por qué no? Concluyo que Santoro mantiene cogidas a las dos mujeres en una de aquellas sus trampas disimuladas entre los vericuetos de su intriga. Carezco de dinero para sacarlas del mal trance, y además ignoro la inversión que ellas dieron a tales sumas. ¿Estaré cayendo de "papo"? Parece probable, pero ¿qué? Si la Martona es una "sometida", al estilo de las fincas, con los arrumacos convencionales de moza honrada, será a la postre en su daño. Lo peor que puede ocurrirme es compartirla con mi rival. Pero la imagen evocada por este sucio pensamiento se me hace intolerable: ¡la quiero para mí solo! ¿Y ella? Lo mejor sería consultarlo con Ricardo Urbina. El conoce sin duda, al dedillo, todos los asuntos de aquellas gentes. Sin embargo, siendo cosa tan hacedera, entrométese en mi ánimo una indefinida y lacerante vergüenza de hablar de eso, cara a cara y sin tapujos, con mi amigo.

14

Esta tarde mandé enjaezar a Relámpago. Iría al Plan de Abajo, dispuesto... ¡a qué, Dios mío? A un arrebató - cualquiera, a una riña con la Marfona, a lo que me ponga a salvo de mi tormento pueril: ¡a poseerla, eso es, o a echarla fuera de mi vida!

Mas aparece, como enviado por el diablo, un sujeto sobre un caballo renco. Resulta ser agente viajero de una ferretería de Guatemala. Supo en el pueblo que yo necesito de un trapiche para caña de azúcar. Tengo que recibirle, atenderle y enterarme concienzudamente de sus ofertas, de sus consejos y de sus precios. Es verdad: ya habíamos hablado, Ricardo Urbina y yo, de la conveniencia de instalar un trapichito e ir sacando de él el menguado presupuesto de Los Limones. Por que vender la caña en bruto, como lo hago ahora, es una miseria que no costea... Pero esta tarde no estoy para cálculos ni proyectos mercantiles.

El parlanchín agente viajero ha comido conmigo; conviene en pasar la noche en la finca y partir de madrugada. Aprovecharemos --según lo dispone-- de la sobremesa para rematar el trato...

Le dejo sólo, después de la cena, apercebido de un montón de revistas ilustradas. Monto y galopo hasta la casita del Plan de Abajo. La señora Brígida está sola... ¡Y la Marfona?

---Hay bailesito en el pueblo, niño Julio; una reunión de confianza en casa de su madrina d'eya, y como la pobre nunca sale, la dej'ir. ¡No le parese, niño? Que se divierta un poco, par'algo es muchacha.

Y nu'és por desirle, pero en estos días anda como "asurumbada", con "insendios" y de repente sus "escalofríos"; y'es que nu'está en si mi María... ¡Ay don Julio, las cosas de l'edá!

Si --pienso-- las cosas de l'edá y la lagartería femina. ¡Vaya con la Marlona! Bailando en un "rumbo", de "tacón de hueso" a lo mejor, levantando las canillas y meneando las caderas, dejándose aplastar las tetas contra pechos de gañán, sudando arbores, ofreciendo la sonrisa suya con que sueño siempre, capitosa como si oliera -- florón caliente en que la voluptuosidad se masca -- carne en dos pétalos -- sugerencia ardida entre valvas de carmín fresco...

Sofocado, digo con esfuerzo:

---Allí estará el Santoro, ¿no, doña Brígida?

La vieja lela, más zorra de lo que parece, me ha entendido; y se apresura a calmar mi inquietud:

---No, qué va, niño. Ese anda horita por la capital, "a saber" en qué líos, comu'anda siempre.

Respiro. La señora Brígida me ofrece café hervido al fogón alegre. Bebo con avidez. ¿No hay un trago de aguardiente? Hay su poquito en un recodo de la cómoda. Me trae la botella, ya mediada, y me recomienda:

---No tome mucho, niño, porqu'encalabrina. Es "trago" juerte, onque bien destilado, di'uno qu'están haciendo en Masatenango...

Se recorta en la contra-luz de la puerta, sobre la noche rociada de fósforo, una especie de animal equívoco y avieso, un monstruo de lomo curvo, mal puesto sobre dos piernas enormes, patizambas, con escoriaciones de sarna en las pantorrillas peludas, y ampollas de "mazamorra" entre los dedos de los pies descalzos, con uñas gruesas a manera de pezuñas. Tiene la cara blanduzca y fofa de la "gallina ciega". La pelambarrera de matorral, entreverada de briznas pajisas, erízase sobre el cráneo de brusca depresión frontal y cae sobre los ojillos de color indefinible, lagañosos, con cerco de pestañas comidas quizá por las ratas trojeras. Andrajos que fueron faldas y corpiño demañta dejan al descubierto retazos de la grupa opulenta, redonda como el fruto del huacalar, y... ¡Santo Dios! no exenta de una sensualidad agria...

Se me acerca tendiendo la mano ahuecada y me dirige un

extraño gañido. La boca, al sólo abrirse, arrojó un cáustico vaho de letrina. ¡Cómo hiede, cómo hiede! Doy una cabezada hacia atrás y me detengo el estómago con la mano abierta porque el aguardiente se me ha revuelto en las entrañas y puja hacia afuera con eructos de vómito.

La señora Brígida, armada de una escoba, quiere echar de aquí a la masa viviente a palo pelado, mientras vociferaba:

--- ¡Ajuera piojosa, inmunda! ¡Cómo ti'atrevés maldita?

La detengo con un ademán; y alargo a la estantigua una monedita de cinco centavos --lo primero que mi mano topa en el bolsillo-- y digo:

--- Désele usted, doña Brígida, y que se vaya.

La mujerona sopesa un instante el disco argénteo - ¡tan valioso en los campos!- se lo guarda entre la faja de la enagua y declara:

--- Nu'és bueno, niño, darles "pisto" a estos pordioseros. Iri'a gastárselo en "chicha", o se lo daré al Ustotiquio que disen se la yev'al monte cuando la bandida coge por ay dinero. Si quiere, le daré un su bocado, por'ésta ves.

Va a la cocina. El esperpento se ha acurrucado en un rincón, como para meterse pared adentro, y se mira sin ver se el odre pútrido del vientre. Sólo se oye el hiposo silbar de su respiración entre las cerdas mosqueadas de la nariz.

Con un resto de comida, envuelto en una hoja de plátado, la mendiga se ha marchado. Comenta la señora Brígida:

--- Pares' increíble qui'aya seres ansina y que seyan personas.

Replico:

--- Más increíble es que haya otras que, como usted dice...

Sin malicia, con voz monótona, la mujerona confirma:

---Ansina es por'aquí. Ninguna d'estar sinvergüenzas deja de tener su conquién. Afigúrese, niño. El Ustaquio es el d'ésta. La sigue por el monte y de repente va'parecer ensinta. Ya si'han dado casos... Pior que los animales, sí señor. Y lo que la mala gente celebra es que la piojo sa disen qu'está enamorada del Ustaquio, y lo sela, lo is pía, li'hace señas de que se vaya con eya al monte cuando yeva algo...

x x x

Retorno bajo la luna, al andar de mi caballo. El cielo tiene una dulce solemnidad: azul cromado, navegan por él bandadas de nubes núbneas, candorosas como túnicas de ángel, henchidas como velas, cambiantes de contornos a manera de jirones de ectoplasma.

Allá, un cono volcánico rompe con su romo pezón el éter traslúcido; y su base de rotundidez generosa, se arrebuja con gasas delicadas, igual que los regazos de las madonas de Rubens. En semicírculo, ingentes montañas de un tono lívido hacen barrera al horizonte, titilantes de hogueras trémulas en que efervescen espumas de sangrienta luz.

En el valle, la arboleda sueña, ondula, se despereza, murmura su misterioso soliloquio. Parte a parte del camino, el bloque de sombra vegetal cruje con los desgarramientos y las rompeduras de la fecundación, del brote y del perpetuo morir, todo enlazado en una danza de hojas, ramajes, soplos, pólenes volanderos y esporos erectos; todo acordado por el genio de la noche, leve como un perfume, sutil como un fluido, fugitivo como el alma del hombre. Y plata, mucha plata; raudales de plata aurífera sobre el seno tembloroso de la tierra...

¡Cómo me sabe su caricia! Bebo del filtro de la divinidad selvática, presente a las invocaciones rituales del indio que a esta hora reza junto a la laguna solitaria, bajo la gran cruz formada por dos troncos brutos; quema su copal en la ermita de la colina, entre la carne viva del pino en combustión; hace su hechizo y prepara su sortilegio en la cueva profunda, manipulando los granos de frijol negro y frijol rojo; ciego de sus pupilas a fin de que, en la lejanía de su medialuz subliminal, aparezca la faz jetuda de Tohil, se enrosque y desenrosque la serpiente, y

un demonio azufroso, coletudo, decrepito, le diga por señas su vaticinio...

¡Horror mitológico y buenaventura celestial de la noche de luna! Trópico: cuna y asidero de la liturgia secular; ámbito pelviano, boscoso y turbio, donde se yergue, contra el dombo inocente del cielo, la furia ancestral del signo fálico.

Noche de América Media: dame tu flauta de miel, la fortaleza de tu riñón poderoso, la ira ansiosa de tus fauces de fiera, el nephente de tus sápidos jugos...

15

Ricardo Urbina estira en la chaise-long sus fuertes piernas, enfundadas en altas botas de cuero de "coche", granulado, resistente y flexible; sorbe, más que aspira, el humo de su bien culotada pipa inglesa; anega las pupilas en la crestería lejana --azul sucio en aquella hora de atender neblinoso-- y habla reposadamente: sus cejas dan sombra de boscaje bronco a la mirada clara, apacible y penetrante; sus cabellos, despeinados por el roce de su gran sombrero de cow-boy --que casi siempre lleva puesto-- me acaban de dar una impresión silvestre de este hombre tan dueño de las características del toro.

Mientras le escucho, lo pienso así. ¡Qué costra de naturaleza adquirió Ricardo Urbina en su convivencia marital con la tierra! De ella recibió la certeza de que nada, antes de tiempo, podrá detenerlo ni quebrantar su propósito: se dijera que las tempestades morales que ha sufrido devastar pasajeramente los dones floridos de la superficie, mas, al cabo, sólo consiguieron propiciar nuevos retoños... De la tierra aprendió la lentitud vigorosa de su ademán, de su gesto y de su palabra: esa inconcebible facultad de espera tranquila en todo caso, al unísono con la vigilante fuerza que le permite resolver, por reacciones rápidas y certeras, sus problemas, sus conflictos, sus proyectos, largo tiempo incubados en silencio y quietud --tal la natura resolviéndose en fenómenos violentos, restauradores de imponderable equilibrio...

Conversamos como de costumbre. Me dice:

---No he leído esa afirmación, aunque siempre me entero de la prensa.

El periódico moderno tiene un encanto único, desconocido para nuestros abuelos...

Recapacita un instante, y ataca el tema:

---Ciertamente: en eso que ustedes llaman la psicología del indio, cualquier pelafustán engreído pontifica, como afirma tu articulista; pero encuentro que otro tanto hace el escritor profesional, si bien con mayor acierto, siempre con resultado nulo. Se complica demasiado, por prurito intelectualista, el tal problema. El indio, a mi ver, no presenta esas complicaciones...

Ricardo Urbina distiende su pensamiento como músculos en fácil ejercicio. Habla con la ostensible placidez que le produce fumar su pipa tras una sustanciosa colación. - Acabamos de cenar y la noche es entrada. Ricardo tiene buen diente y digestión normal, estimulada por sobrias dosis de Whiskey. Su pipa, su puro, su whiskey y su flema me hicieron preguntarle un día:

---¿No hay entre tus antepasados algún inglés?

---No, que yo sepa. Soy criollo de español y de india. Más atrás, muy atrás, lo ignoro. Los productos psicológicos, derivados de la influencia racial, parecen muy oscuros y precarios. La raza es término que me suena a vacío. El ambiente, en cambio, es término pletórico de realidad y determinismo -- si el vocablo no resulta pedante. Incluyo en él la educación y la vida contingente que forman nuestros hábitos. Por lo demás, el hombre de Castilla -- mi abuelo era castellano puro, y de él heredé probablemente este énfasis con que hablo, y que, créelo Julius, me molesta bastante -- el castellano, digo, y el inglés difieren para mí menos de lo que se asemeja. No hay necesidad de establecer sus notorios antagonismos; pero no es descaminado afirmar que son análogos en la fortaleza, la perseverancia, la terquedad, el sentimiento del honor, la intrepidez, el dramatismo interno... Un británico se caracteriza, según la tradición popular, por su conducta de hombre excéntrico; pero no lo es menos el castellano. ¿No lo fue en grado sumo nuestro Don Quijote? Como animales de empresa y de garra, creo que se parecen mucho. Sin embargo, me cuido de discutirlo con los españoles... Para precisar la cuestión habría que leer tratados, de esos tratados en que los sabios hilan tan fino...

x x x

Pero Ricardo Urbina ha cogido el hilo que le solté en esta anocheada quieta, y como es tema de su gusto, no se cansa de tirar del ovillo...

La psicología del indio guatemalteco, según él, se ha complicado innecesariamente en el criterio de los cultos. Se ven abismos de misterio donde sólo hay realidades crudas y simples.

Esa psicología se basa en el fatalismo. El origen de este fatalismo es telúrico, y su manifestación totémica, vale decir, idolátrica. Como tal, sencillamente objetiva. Aquí se fijó el eje-madre de su existencia: la superstición. Se trata de un tabú. El indio contempla la naturaleza como un devoto. Penetró, durante los milenios pasados, algunos de sus secretos mágicos, igual que el chino y el hindú; y de ahí derivó su idolatría. Nadie más sensible que el indio al poder de los agentes cósmicos. Ninguno que diese más valor al símbolo y al rito en sí mismos. Esta noción céntrica llevole, debido a la flaqueza de sus ciencias de observación, a crear una confusa teogonía, una física milagrera y una química enteramente mágica, de modo que el influjo de una oración vale tanto como la virtud de una yerba sanativa. Se debe atender a que si el maya fue un gran astrónomo, según nos lo han descubierto los investigadores, sus conocimientos astronómicos, su matemática estelar, no pudo servirle para crear una meteorología que lo salvase de las contingencias naturales, causantes de sus éxodos y sus hambres milenarias. Y ni su astronomía, ni su física ni su química fueron capaces de sugerirle un sistema científico que se acercase a nuestra moderna agricultura. No logró siquiera imaginar el silo, --génesis probable, a lo que aseguran autores responsables, de más de uno de sus desastres colectivos. Sus sistemas económicos no eran malos al parecer, y en parte superiores a algunos de los actuales. Su comunidad en el trabajo, su mutualismo, su sentido de la tierra y la defensa de ella, fueron ejemplares. Pero resulta indudable que su civilización era incompleta en la técnica y decayó quizá antes de integrarse. Es hecho probado que a la venida de los españoles, nuestro indio estaba en franca decadencia, los padres mayas aparecían apenas como una sombra proyectada, desde los siglos anteriores, sobre una existencia en que sólo lucían suntuosidades bárbaras. Su táctica de guerrear era de tipo asiático, semejante a la que usaron los persas contra los griegos y los romanos. Diez mil soldados indios, deshechos por cuatrocientos o quinientos hispánicos, en Utatlán, nos ofrecen buen ejemplo de ello.

La influencia totémica prevaleció siempre en su espí-

ritu y en la realidad íntegra de su vida. La idea religiosa centra la actividad del indio, desde lo trascendente a lo superficial. Pero esa religiosidad difiere de la religiosidad cristiana en su nódulo mismo: la esencia inmaterial. Sus dioses --su Dios, gran espíritu solar-- se identifica con los objetos y los fenómenos naturales, en forma tal que borran o destruyen por entero el fondo metafísico, sobrenatural, sin el que ninguna religión posee valor práctico. Parece necesario --por lo menos en lo concerniente al interés social-- que la verdad se coloque en el absurdo, como quería San Agustín.

El cristianismo --que originalmente es sólo una ética-- vino a humanizar y a enaltecer la teogonía india, ya que acaso no se puede hablar propiamente de una religión. Esta ética, humanista por excelencia, mezclóse con los cultos de entraña totémica que representaban para el indio la regla religiosa; mas no pudo dominarlos y menos absorberlos. Apenas les saturó de un dulce perfume de perdón, de misericordia, de fraternidad más allá de la vida. Ese casto sahumero disimuló un tanto el hedor de los sacrificaderos, donde humeaba la sangre de los cautivos de guerra y de las vírgenes ofrendadas al dios implacable --el gran Tohil, hermano de la diosa Kali. Y el indio no tomó del cristianismo la substancia primera y última, que es la ética, sino yuxtapuso formales preceptos de ella al torbellinado cosmos de sus divinidades -- producto del denso ambiente telúrico y de la concepción totémica de la naturaleza. Hubo mezclanza o agregado de potencias divinas: nunca hubo sustitución, como creyeran los misioneros ingenuos...

Esto dura hasta el día. El sentimiento fatalista de las cosas es toda la base de la fe y de las prácticas del indio que ofrecen alguna trascendencia. El indio sigue siendo amoral en el sentido cristiano. Es un observante; no un teólogo ni un humanista. De aquí nació un error generalizado: creer que el indio posee el sentimiento de humanidad que es común a las colectividades cristianas. Su inhumanidad -- aun contemplado en sus más altas civilizaciones como la maya-quiché -- es la de un pagano. Ni es compasivo ni es fraternal, condiciones impuestas por Jesús como supremo título de salvación.

Redarguyo:

---Pero nuestro indio es un fiel creyente -- más fiel

que muchos católicos al uso. Decir que es inhumano, me parece demasiado...

Urbina responde que si el vocablo resulta excesivo podemos sustituirlo por la frase: falta de sentido humanista -- oración pasiva que tal vez se acomoda mejor a la realidad. Sin duda, el indio suele mostrarse con la apariencia de un creyente fidelísimo, de un practicante escrupuloso; pero sólo lo es de los ritos. Esto confirma su fatalismo. La preocupación del más allá de la muerte jamás le ha distinguido; no quiere ni necesita pensar en ello. Y esa preocupación constituye la médula del cristianismo: todo por el cielo, nada por la tierra. Para el indio, el cielo está bien; pero con fundamento en los bienes y en los hechos de aquí abajo. Por eso es un panteísta, un pagano que se contenta con un vago emperio y un panteón de dioses, de quienes recibe, en la vida terrestre, toda protección y toda desgracia. Para conseguir la primera y librarse de la segunda, sólo confía en la magia natural. El fatalismo indio se une estrechamente con el ánanké griego y el fatum ladino...

---Es claro --apunto-- que el cristianismo, como ética, no ha conquistado al indio porque no le confirió, la noción de humanidad espiritualizada, es decir, de unidad, que caracteriza a las grandes religiones. Comparto tu opinión, Richard.

---El indio --agrega Urbina-- es ahora tan ajeno al espíritu cristiano como lo fue siempre. Su fatalismo inveterado, que todo lo penetra en torno suyo, lo verás reproducido ya en la poesía indoamericana...

Le interrumpo:

---Creo que das en el clavo. Y más que en la poesía docta, en el folklore, de donde ésta ha tomado su materia prima. Recordemos la paráfrasis de Chocano sobre las frases estilizadas que revelan el temperamento indio: Quién sabe señor, Ahí no más y Así será... El gran poeta supo ver bien, aunque psicológicamente pudiese deducir mal, como tantos líricos de nuestra América cuando se refieren a las antiguas razas. A la interrogación ansiosa o interesada, el indio contesta: ¡Quién sabe, señor! A la indagación de un punto de referencia, de partida o de llegada, de distancia en el espacio o en el tiempo: Ahí no más...

A la imposición brutal, al cruel mandato, a la iniquidad, a la injusticia, a la promesa y al castigo, a la vida y a la muerte: Así será... Esta psicología denota una grandeza de alma singular.

---Sin duda --asiente Ricardo--. Es el estoicismo.

Se ha apagado su pipa, mas él sigue mirando al horizonte montañoso, callado y fatal como las cosas que evocamos.

Le interrogo:

---¿Cómo concibes eso de la incorporación del indio a la civilización, vago lugar común de nuestra sociología cimarrona?

---Para mí se trata de un imposible psicológico, docente y social.

Al menos, hay en eso un error de apreciación. No debe haber incorporación. La manera racional de educar al indio, y por consiguiente, de salvarlo de nuestro influjo, en lo que éste tiene de desintegrante, y salvarlo al mismo tiempo de él mismo, en lo que su ser actual tiene de mixtificado y estéril, podría consistir en reafirmarlo sistemáticamente en su cultura autónoma, regulándola conforme a nuestro orden social y haciéndola coadyuvar al trabajo común. A ningún inglés colonizador se le ha ocurrido hasta ahora, que yo sepa, sustituir la cultura de sus colonos --incluso los negros del Sudán-- por la suya propia. El inglés establece cierto paralelismo de culturas, y así obtiene la adhesión voluntaria de los grupos o razas que gobierna. El colonizador español fracasó porque quiso hacer una peligrosa amalgama, no sólo de culturas, sino de sangres. Al indio lo debemos distanciar de nosotros en cuantos puntos irreconciliables tenemos con él en vez de empeñarnos en resolver estos con simples fórmulas legales y didácticas; y luego, como ya dije, afirmarle en su realidad autónoma. De esta manera quizá lograríamos eliminar los conflictos básicos y crear una armonía benéfica para todos. Pero esto no llega hasta respetar las rutinas y las ignorancias del indio. Se trata solamente de que la educación que le impartimos no intervenga en sus modalidades psicológicas. Esa educación habría de ser meramente técnica, además de aquellas nociones morales y prácticas conducentes a la for

mación del carácter. ¿Qué no sería bastante? Tal vez, pero en todo caso sería un buen principio.

---¿Crees, Richard, en la literatura indigenista, hoy en boga entre nosotros?

La literatura indigenista --según mi amigo-- es en Guatemala apenas una tendencia, salvo logros excepcionales. Sin embargo, ha tenido la virtud de suscitar un vivo interés por el indio. Desde que éste se convirtió en un tópico literario, se le observa y se le estudia mejor. No importa, pues, que algunos de nuestros literatos lo sitúen en un ángulo arbitrario e irreal, y le canten con énfasis castellano, con retórica grandilocuencia, como la haríamos con un ser mítico y lejano, sobreviviente de la epopeya griega...

16

Ricardo Urbina refrena su mula, y desde la orilla del camino montañoero señala los cafetos que se escalonan ladera abajo:

---Mira. La mayor parte de la riqueza del suelo ha sido lavada por las lluvias, y si no lo fue toda, se debe a la resistencia que presentan los cafetos y los árboles de sombraje. Pero a la larga, este suelo quedará pelado como un esqueleto. La erosión acabará con él. Aparte de que el curso del río que corre abajo, en la quebrada de estos cerros, ha de obstruirse con las materias arrastradas por la corriente pluvial.

Explico que efectivamente así es. Hace poco, al principiar la estación húmeda, hubo que limpiar el cauce de un hacinamiento de ramas, hojarasca, piedras y fango; una barbaridad de fango putrefacto...

---Pues ese fango, querido Julius, fue la corteza vegetal de la tierra, el humus, sin el cual, como sabes, el hombre y el animal morirían de hambre. De modo que con este género de siembras, para hacer las cuales se taló previamente el bosque, que era la defensa natural del suelo, sólo se consigue matar poco a poco la gallina de los huevos de oro.

Observo, sin comprender todavía todo el alcance de la afirmación de mi amigo:

---Pero si no aprovechamos las laderas, la finca casi no tendría terrenos para café. Además, este cafetal es muy antiguo...

---No digo --advierde Urbina-- que se deban proscribir en absoluto las siembras en laderas. La constitución y la topografía del suelo determinan lo que debe hacerse. Has dicho un cafetal antiguo, y ya lo ves: un cafetal degenerado, de producción mínima, no por vejez, pues no contará

arriba de treinta años, sino por el deslave de la tierra y la falta de humedad ambiente. Cuando una finca está compuesta en su mayor parte por cerros y hondonadas estrechas, como Los Limones, no es aconsejable hacer de ella una finca de café. Ya sé que casi todos nuestros terratenientes procedieron al contrario, interesados únicamente en la utilidad inmediata del producto, cuando éste valía en oro lo que pesaba en bruto. Pero siempre fue un error. No sólo la caña es plantío de "planos" y "rejoyas" con adecuado desagüe: también para el cafeto convienen esos sitios, buscando la estabilidad del suelo y el acopio de humedad que tan necesario es a la planta. Por supuesto que terrenos en condiciones perfectas no existen naturalmente sino en muy corto número; pero la erosión se previene construyendo barreras de vegetación en los lugares amenazados, abriendo nuevos canales a los torrentes pluviales y por otras medidas análogas. Los indios precolombinos, en especial los incas, llegaron hasta levantar diques en forma de enormes terrazas de arena y piedra, con objeto de contener los deslaves.

Mi curiosidad se ha despertado y pregunto a Urbina:

---Propiamente ¿qué es la erosión? Porque la palabra me suena exótica.

---Lo que nosotros llamamos deslave. En rigor, la erosión es el efecto combinado de la lluvia y el viento, los mayores enemigos del suelo a la vez que factores de su fertilización. Ya te mostraré, en tu propia finca, ejemplos típicos de suelo erosionado. Las consecuencias de la erosión no pueden ser peores; y no sólo en nuestro país, donde apenas nos defendemos de ella. En los Estados Unidos, nada menos, sus perjuicios alcanzan ahora mismo a una inmensa extensión de terrenos agrícolas, y las pérdidas se cuentan por miles de millones de dólares. Algo fantástico, Julius. Y eso a pesar de la intervención de las instituciones técnicas gubernamentales, que son numerosas y han tomado a su cargo la defensa del suelo norteamericano, gastando millonadas como si fuesen centavos, y de la eficiente ayuda de las corporaciones agrícolas particulares, sin contar con la buena preparación de los agricultores en lo privado. La erosión significa, para decirte en una frase, la muerte del suelo.

---Es sorprendente. Y más sorprendente --resumo-- que

poseamos tierras los que nada sabemos del asunto y nunca nos hemos preocupado en eso.

---Es cierto --corroborra Urbina--. En Centro América, la mitad de los terratenientes, cuando menos, no son agricultores; y la mitad de esta mitad, son ignorantes y desidiosos.

Llegamos a la sazón a un terreno dilatado, plano, que antes fue potrero y ahora se ve partido por hondas zanjas, con fondo arenisco, cubierto de capas lodosas que el sol, a plomo, no acaba de secar, entre detritos vegetales amontonados aquí y allá.

Detenemos nuestras cabalgaduras al filo del yermo y mi amigo ilustra la visión:

---Aquí tienes los efectos de que te hablé. Esto lo conocí no hace diez años: era un pastizal que daba gusto verlo y alimentó a cientos de cabezas de ganado. Pasto magnífico, alto, nutrido...

Vuélvese a medias en la montura y señala los cerros de atrás:

---Pero uno de los propietarios de la finca decidió sembrar cafetos en las laderas de allá arriba, sin dejar suficiente arboleda; y tras unos cuantos "inviernos" copiosos, lluvias y vientos arrastraron literalmente el suelo, cogiendo al potrero de través y "zanjeándolo" en todas direcciones. Tras el mantillo, el alud transportó materiales del subsuelo: barro, arena, piedras, además de troncos y ramajes. Se destruyeron los pastos y luego el suelo mismo. El potrero pasó a la historia, aunque tardíamente el propietario acudió al recurso común entre nosotros para defender de la erosión los cafetales de ladera: formar en torno de cada arbusto una "mesa" o plataforma de tierra apisonada. Nada de eso valió gran cosa, porque aun haciéndolo a tiempo, las tales plataformas apenas detienen los deslaves de las pendientes, evitados por la naturaleza con la vegetación boscosa, apretada, el "monte" y los musgos centenarios de la superficie. Además, el uso que nuestra gente suele hacer de los potreros es irracional. Cada potrero tiene limitada capacidad para alimentar cierto número de cabezas de ganado; y tanto se peca por exceso como por parquedad. Pero acá todos se ríen de semejantes teorías...

Interesado por la charla de Urbina, quiero saber más:

---Si a todo costo el finquero desea sembrar café -arguyo- es lógico pensar que mejor lo haría utilizando potreros como éste.

---No, hombre --reponde mi amigo con sorna afable--. Los potreros naturales no deben destruirse. Los suelos no son iguales ni sirven para la misma cosa. Pero habrá que decirte antes lo que en realidad es el suelo. ¿Crees saberlo con exactitud? Tal vez no lo sabes.

---Pues echa toda tu ciencia; ya veo que mis estudios del colegio, junto con mis conocimientos de bachiller, apenas me sirven en este caso.

Explica mi amigo. Sólo unas pocas pulgadas de la corteza terrestre consisten de tierra vegetal. Debajo están materiales parcialmente expuestos a la acción modificadora de la naturaleza, los cuales forman el subsuelo improductivo. Se necesitan siglos de madurez para que el subsuelo adquiera valor agrícola. La raza humana y un gran número de las especies animales, han subsistido a través de las edades en virtud de esta tenuísima capa de substancias fértiles. Se trata de un milagro que casi nadie advierte. El espesor de la capa, en los sitios más profundos, no pasa de ocho a doce pulgadas. Esta sola cifra demuestra la extremada debilidad del sustentáculo que mantiene nuestra existencia, lo precario de sus condiciones y lo precioso que para el hombre y sus hermanos menores es el tesoro del suelo.

Urbina concluye:

---Como antes te dije, no todos los suelos son aptos para el mismo cultivo ni el mismo uso. Aunque esto significa el abecé de la ciencia agraria, pocos son los que lo atienden. Algunos suelos se prestan para las plantas forrajeras, otros para los plantíos de cereales, los de más allá para el cafeto o la caña de azúcar, el bananero, el algodón o lo que se quiera entre los productos regulares de la agricultura. Ese pastizal era de grama; pero un europeo que fue su dueño y formó la finquita hace muchos años, según sé, estudió la naturaleza especial del suelo, y lo sembró de forrajes importados, con éxito completo. Sin embargo, tu antecesor --el marido de la Brígida, café

talero a todo trance-- vino a provocar la destrucción del potrero del modo que te he relatado. Hechos semejantes se repiten a diario entre mis vecinos y en toda la zona. Nuestro rutinamiento no sólo es ciego sino que se niega a ver cuando se intenta curarlo de su ceguera.

---De modo, Richard, que Los Limones está convertida en una ruina -- aventuro con timidez de neófito.

---Todo tiene remedio aplicando el buen sentido, la constancia en el trabajo, algún dinero y sobre esto, los conocimientos científicos que hoy están al alcance de cualquiera. No obstante, todo sería inútil si el ojo del amo no se mantiene vigilante, porque a una finca hay que tratarla como a un hijo, sobre cuya educación se ha de velar amorosamente, pero con energía implacable. Y bien vale la pena, querido Julius, pues la tierra, a pesar de sus debilidades y de sus inconsecuencias, no engaña nunca a la larga...

Ricardo Urbina se ha quedado pensativo, con melancolía que inclina su cabeza de amplios contornos. Deja ir a la mula a su capricho y el animal se demora contra el seto vivo, para ramonear...

De pronto, mi amigo refrena y descabalga. Sin decir palabra, enciende su puro haciendo oquedad con sus manos ahuecadas para salvar la llamita fosforescente del viento retozón. Echo pie a tierra yo también y enciendo mi cigarrillo turco.

Contemplamos ambos el panorama desde el camino eminente. Por las laderas de los cerros, bajo el ejército alineado de los cafetos tristonos, faltos de cuidado, se apiñan macizos boscosos. Dentro de ellos, se ven claros de tala, donde los "colonos" de la finca vienen plantando, - quién sabe desde cuándo, sembrados de maíz, rematados por el aludo capirote de un ranchuco pajizo. A grandes trechos, afortunadamente, subsiste todavía el bosque virgen, compacto y cejijunto.

Entre los cerros y las montañas distantes, sonríe un abra. Grupos de encinos y abetos salvajes protegen la vivienda del indio, rodeada por algunos palos de jocote "tronador", de "chico" y de mango, entre naranjos costeros, bananeros y altas palmeras que coquetean con las brisas hol-

gazanar. Desperdigadas gallinas, unos cuantos chompipes y algún cerdo amodorrado es cuanto cría el colono displicente. Abajo, tiéndese la osamenta grisácea del antiguo potrero que visitamos. Más lejos, en las faldas y hasta en la cúspide del monte, humea tal cual casuca de adobe ocre con rojiza techumbre de barro; se agazapan otros ranchos, junto al cuadrángulo de una troje abandonada... y más plantíos de maíz y escasas hortalizas.

Perfuma el eucalipto, el limonero y la yerbabuena a la riba de algún regato -- borracho perdido que va haciendo esos por el campo verde... Entre milpas, la "taltuza" suele asomar su cabeza achatada, por la boca de las profundas galerías que horada en el subsuelo y que son otras tantas vías para el empuje de la erosión. El "tacuatzin" duerme acunado entre las horquetas de las ramas elevadas del "chico-zapote", del "palo colorado" y del "cacuis". - Uno que otro conejo salta a través de la yerba luenga; y, al verse en soledad, se sienta sobre el raído trasero y mastica el silencio luminoso en el yerbajillo tierno... El tordo vuela en parvadas de carbón reluciente y se posa en las cercas vivas, husmeando el grano de las trojes vecinas; y el sanate, su primo desairado, chilla por todas partes para llamar la atención del clarinero de acerada cota azulena. "Coronaditos" humildes, con su cuerpecillo atabacado y su copete rojo, se adentran hasta las chozas en búsqueda de migajas y desechos de la siega... El clarín de los gallos desenvuelve llamadas de campamento entre las cumbres y el llano, mientras muge algún toro emboscado y el relincho de un potro prisionero hace temblar el aire - que se embebe del sudoroso vaho de la yegua en libertad...

Las inocentes cosas camperas se acuerdan en un ritmo isócrono e inmutable que rige a la tierra vieja, donde, bajo el océano del tiempo, crepitan iguales ansias, musitan idénticas voces y se acogen los mismos sueños. Ráfagas de viento joven, henchido como el odre antiguo en que se guardaban los óleos santos, nos sobajea las caras con sugerencias inquietantes. El cielo azul, moteado de linos vagabundos, vigila allá arriba con el ojo de su Providencia. Y un gavilán grisáceo recorta círculos lentos, altísimo, y signa con su cruz malévola la bienaventuranza del día, mientras palomas blancas, en tropel, se refugian bajo el capete de la troje solitaria...

Ricardo Urbina forma chimenea con sus labios recogidos, echa el humo de su cigarro al aire y murmura:

---Es lindo todo esto... Bendita tierra nuestra. ¡Si supiéramos tratarla!

Tras unos momentos de abstracción, se vuelve hacia mí y dice:

---Bueno. Vámonos.

Hasta no llegar a mi casa finquera no cruzamos palabra, poseídos de no sé que arrobo místico. ¿Tanto puede la tierra sobre nosotros? Pensamos sin duda el mismo pensar; pero ninguno lo externa. Gravita en mi corazón un dulce apaciguamiento, a modo de una leve lluvia de perdón y esperanza para todos los pecados que hace nacer la desventura de los hombres...

17

Ricardo Urbina me ha enviado algunas monografías agrícolas. Con lentitud y tosudez, me pongo a deglutir aquella prosa dura y sustanciosa. Son estudios y memorias sobre la conservación de los suelos y los elementos que los destruyen.

Acabada la lectura, la emoción me trae a tomar mis - cuartillas y verter en ellas mis divagaciones líricas. Todo lo que en mí bulle y estalla, ha de convertirse en letra escrita. Puedo creer por esto que soy un literato de raza, aunque carezca del método y la resistencia del verdadero trabajador intelectual. Pero si no desembucho lo que llevo dentro, los tercos pensamientos no me dejarán sosiego por varias horas, acoquinándome como abejas agresivas, atolondradas de aire y de luz...

Nunca me había imaginado el mundo como lo concibo ahora. Es una vasta armazón en forma de bola mal redondeada. Una flaca carne, semejante a la que cubre los costillares de las bestias trajinadas, se tiende sobre las ásperas sinuosidades del planeta. Apenas se la puede concebir como carnosidad: más bien se trata de una piel rugosa, velluda y rasgada por innúmeras cicatrices. Parásitos voraces, - ciegos, asesinos, los animales de superficie vivimos pegados a la epidermis mísera, chupándola el jugo, no como la teta de una madre robusta sino mordiendo y estrujando la delgada película nutricia. Al alimentarnos de ella, nuestra torpeza la rompe y la aja, sólo atentos a nuestro regodeo, sin la menor precaución que asegure su existencia, sin amor bastante por su dádiva ni gratitud por su sacrificio.

El enorme ser terráqueo sufre el pequeño, cosquilleante dolor de las continuas picaduras, lo mismo que la bestia salvaje soporta a los insectos carniceros bajo su pelambre, incapaz de sacudírselos del todo. ¡Tormento inabable de la tierra! Bien te han llamado los poetas madre mendiga y heroica. Cuchilla filuda, la erosión rasga

tu piel con una profunda incisión sexual: por ella penetra el agua, fecundándote para los siglos futuros, pero matando por de pronto el poder germinativo de tu epidermis, donde, por disparatada anatomía, radica tu matriz. Soplo proficuo y a la vez destructor, el viento se alía con el agua y remueve sin cesar los átomos genésicos de tu cobertura - sensible; y así te da muerte y vida alternativamente. El río y la torrentera pluvial, una vez te han arrancado jirones de pellejo, escarban entre tus huesos y extraen tus tuétanos minerales, junto con los desechos orgánicos fosilizados del subsuelo; y los dos hermanos gemelos --mitad demonios y mitad ángeles-- empujan tu robado tesoro hacia adelante... siempre más allá... por las pendientes del destino natural. Es una gran marcha hacia el mar. Inmensa columna móvil, formada por otras infinitas columnas menores que fueron riachuelos, afluentes, avenidas y anchos deslaves pantanosos en que al agua, caminando, no se la va caminar. Es la huida perenne del suelo hacia el océano. El suelo muerto, el humus denso, la piel destrozada del mundo, va en millones de millones de toneladas, rumbo al seno común. La masa ingente de las partículas terráqueas, constituidas en un cuerpo por el esfuerzo de las edades sobrepuestas a las edades, se ha desintegrado y cumple su ciclo sin fin: la materia vuelve al cosmos acuático para la obra de reconstrucción incesante del planeta. Mañana --un día sin memoria en la duración del tiempo-- aflorarán los nuevos continentes y los mares imprevistos, en colosal subversión, y lucirán al sol los limos vírgenes, de portentosa fertilidad, para recibir a las especies acaso inéditas y dejarse devorar por ellas, en otro transcurso inmensurable de siglos, bajo la violencia del astro-dios, el único inmutable. Ya tus ríos --¡oh tierra madre!-- han hecho la misma labor en su escala modesta y la siguen ejecutando - sin tregua, ante nuestros ojos miopes. Tu Nilo, tu Amazonas, tu Orinoco, tu Usumacinta son los padres y los sacrificadores perpetuos de su carne santa, sobre la cual medra la fiera, el hombre cultiva y el árbol hunde sus garfios de avidéz esclava...

¡El árbol! Sólo él te defiende, te guarda y te preserva. Más dichoso que los seres de superficie, adventicios y transeuntes, goza del divino privilegio de traspasar tu broche vivo y penetrar virilmente en tus entrañas. Allí se agarra y espera al viento y al agua desatada de los cielos para oponerles estoica resistencia. Su táctica no es la resistencia inmóvil sino la resistencia elástica. No

hace rebotar el golpe porque sería inútil y nocivo. absorbe el golpe, que es lo inteligente y necesario. Juega con las aguas, torciéndolas el rumbo; finteá con los vientos, desviándolos; y, con cabeceo ágil, pone gracia e intención en una lucha que, sin él, sería el encontronazo ciego de los elementos. Lo que recibe de tu seno, te lo retorna - con los pedazos de su propia corporeidad; y más tarde, cuando sus adversarios lo derriban, viviente todavía sobre su pecho verrugoso --¡oh tierra!-- te ofrece su blanda substancia, mientras da al enemigo el amor de su alma, su alma misma: sus perfumes, sus bálsamos, sus efluvios, diluïdos en la furia del agua y en la demencia del huracán...

El hombre, por su parte, lo mutila y abate; y así colabora --como los pueblos colaboran en provecho del fuerte que los domina y los explota-- con los enemigos comunes de la tierra, del hombre y del árbol. Enemigos sin los cuales, no obstante, ninguna de estas potencias podría perdurar, porque la naturaleza se parece a un gran mecanismo que realiza a su modo toda una economía integral, en que lo vario y lo opuesto fraternizan a través del odio, que es amor; de la fuerza que es equilibrio; de la lucha que es compenetración y convivencia...

Las innumeras razas de plantas y animales, en una carrera milenaria, han vivido de aquella película vegetal. Muchas de esas especies cubrieron períodos fantásticos de tiempo y desaparecieron antes de que la exigua reserva de humus diera señales de agotamiento. A la verdad, no las ha dado nunca. Las generaciones suceden a las generaciones; y el depósito precario e inmortal sigue ofreciendo a las nuevas, como ofreció a las pretéritas, pantagruélicas abundancias de festín. Festín de bárbaros y civilizados; despensa de organismos y micro-organismos que devoran la vida y dan la vida: mama obscura, macerada y siempre renaciente en el dar: economía política del mundo que nadie ha podido ni podrá enmendar jamás; milagro único que atestigua cada día la presencia inmanente de Dios...

Esta realidad que apenas es, todo lo es, no obstante, para los exiliados planetarios. En ella germina cuanto nutre; y de ella se levantó, en la alborada bíblica, esa llama que, nacida en la gleba, transubstanció la tierra - en el espíritu imperecedero y en la energía mental que mueve y condiciona las formas perecederas. Lo que pudiera juzgarse destinado a desaparecer al empuje de los elemen-

tos --mil veces más poderosos que la costra vital-- es lo que hace perdurar, sobre su equilibrio inestable, almaci-
gas de muchedumbres y sillares de naciones, desde el clan
remoto hasta la urbe multicelular de nuestros días.

x x x

El suelo --aquí en América-- hubo de sufrir el efecto
combinado de la devastación natural y la desidia humana.
Aunque los pueblos autóctonos le ayudaron en ocasiones
--porque al fin habían de comenzar a entenderle y amarle--
muchos milenios deben de haber corrido antes de que los hi-
jos selectos de la tierra cooperasen con ella para el re-
ciproco sostenimiento.

En Yucatán y la América Media los mayas tuvieron un -
cultivo primordial: el maíz. En los primeros tiempos de
aquella civilización parece que tal cultivo se circunscri-
bió a las planicies; pero la población creció con rapidez,
y ya en el año 600 antes de Jesucristo, el imperio maya -
era uno de los más intensamente poblados del planeta. En
tonces, considerables extensiones del suelo soportaron la
tala, a fin de asentar las sementeras. Y vino la erosión
a barrer las pendientes hasta descubrir el esqueleto roco-
so en algunos sitios, como sucedió en las comarcas istmi-
cas donde hoy lozanear los pinares hondureños. Y en el lu-
gar donde antaño sustentáronse compactas poblaciones, el
habitante humano fue sustituido por bosques vírgenes y her-
videros de malezas en que se esconde la víbora y pululan
las minúsculas plagas voladoras. En México y el sudeste,
el cultivo de la tierra principió con mucha antelación al
advenimiento del Crist-Jesús. Los primitivos agricultores
de Nuevo México, Arizona y otras regiones del centro y del
norte del país azteca, labraron las laderas escarpadas, lo
mismo que los incas del Perú; y dedicáronse a construir -
obras de defensa contra la erosión y las inundaciones, si-
glos antes de la venida de los blancos. Esas obras repre-
sentan uno de los mayores triunfos en la lucha del hombre
por la existencia. Hace poco se descubrieron los restos
de presas antiquísimas, de terrazas formidables, de cana-
les de irrigación y estructuras adecuadas para guardar las
aguas. Algunas de tales presas recogieron el suelo lava-
do y aún ahora podrían utilizarse con igual fin, a condi-
ción de desembarazarlas de la vegetación silvestre que las
obstruye.

Españoles y británicos dieron origen a la agricultura

posterior del continente. Los primeros adelantáronse a los segundos desarrollando cultivos permanentes al norte del río Grande y en los valles circunvecinos. Parece que los españoles imitaron el sistema de irrigación de los indígenas e introdujeron el pastoreo de animales domésticos. Sin embargo, esta brava gente industriosa no cayó en cuenta del terrible problema de la erosión; y sólo en la actualidad, otros blancos --los descendientes del poblador inglés-- han puesto en práctica un programa de veras eficaz para la conservación del suelo en las regiones que explotó el hispano, al sudoeste de los Estados Unidos. Los ingleses, por su parte, habían limitado sus faenas agrícolas a una estrecha zona sobre la costa atlántica, quizá en resguardo de los efectos de la erosión en las comarcas interiores. Los yanquis --una vez concluida la guerra de independencia, allá en las postrimerías del siglo XVIII-- extendieron sus cultivos a muchos nuevos territorios; y con la inmigración humana vino el incremento de una agricultura de extraordinaria potencia que no ha detenido su marcha a través del inmenso espacio de la Unión. Los legisladores y los gobernantes acudieron en apoyo de la magna empresa. Se hizo la libre distribución de tierras y tomaronse diversas medidas tendientes a acelerar el ritmo de la expansión agrícola. Fueron aquellos patriotas y aquellas muchedumbres de sembradores los auténticos pioneers de la grandeza norteamericana, a quienes más tarde se enlazaron las multitudes de obreros industriales, dignos todos ellos del canto de gestic de Walt Whitman...

En nuestra América Central, los procedimientos de los españoles se asemejaron a los aludidos, pero en escala mucho menor. Avanzado el coloniaje, la tarea se dejó a los indios, bajo una especie de organización feudal. La labranza de la tierra corría a cargo de los siervos, con resultados fáciles de prever.

El nervio de nuestra economía era naturalmente, históricamente, rural. No se comprendió así y descuidose la explotación, la defensa y el cultivo del suelo que constituía la base de la futura grandeza de Indoamérica. No debe sorprender el hecho porque en España no privaba mejor criterio sobre la tierra y el labrador. La doctrina moderna que con ella se relaciona ni siquiera se sospechaba entonces, salvo en las anticipaciones de los eruditos y los raros economistas de vanguardia. Las ciencias aplicadas a la conservación del suelo estaban lejos de formar el

cuerpo de principios que hoy conocemos - fruto de estudios profundos, de investigaciones pacientísimas, de pasmosa prolijidad calculadora.

En la actualidad se han reparado algunos de aquellos errores propios de la época; pero son los yanquis quienes van en América a la cabeza de las legiones empeñadas en la salvación de ese frágil tesoro del suelo cultivable y de la población forestal, su mejor baluarte, con la guía emancipadora de la ciencia y el dinámico impulso de la literatura. Cuantiosas, sobre toda ponderación, han sido - las pérdidas causadas por la implacable erosión, merced a la ignorancia y a la incuria en combatirla; pero mayores todavía serán los beneficios que la gran campaña gubernativa y particular traerá al emporio de fabulosos bienes - que es la tierra americana.

x x x

Al decir de un ecólogo eminente, el indio americano estaba en perfecto equilibrio con su ambiente físico. "El indio tuvo que ajustarse a la naturaleza en vez de dominarla" --son las palabras del cientista. Agrega que el indio "poseía un sentido muy desarrollado de su dependencia de la naturaleza y una gran aversión al desperdicio de los recursos naturales".

Conceptos reveladores, en verdad, que enamoran la atención al meditar sobre el fondo novedoso que aportan al problema étnico, religioso y educativo del indio americano. Miraje tan sagaz se confirma por dos extremos, los cuales dilucidan la auténtica mentalidad indígena; la religión y la economía.

La religión trasunta un credo solar, un panteísmo elemental en que las fuerzas naturales figuran una teoría de dioses y de espíritus, en multitud innúmera, favorables o adversos al ser humano como me decía, sobre poco más o menos, Ricardo Urbina. Cada valle, cada cerro, cada páramo, río, cascada, fuente o pradera reconocen el gobierno de - una divinidad menor. El bien y el mal están encarnados en estas potencias intermediarias; pero sólo en el sentido - del provecho o el daño para el hombre y sus bienes, lo mismo en su salud corporal y en la de sus ganados que en la abundancia o escasez de la cosecha. El astro-dios parece ser, en la teogonía india, la representación física de la

divinidad mayor, del Espíritu Supremo; y esta admirable concepción hace del politeísmo indígena un monoteísmo de fondo, tan puro y lógico como el cristiano, donde los espíritus naturales están sustituidos por la cohorte de santos, ángeles y arcángeles, demonios y otras especies de celestes mensajeros, ejecutores de la voluntad de Dios. Pero siendo el sol la materia visible de la Divinidad, la mitología india no se separa por completo de su carácter panteísta, y sigue, aun en sus representaciones más elevadas, con las raíces hundidas en la tierra. De aquí la identificación del indio con su ambiente natural: fuera de éste nada quiere saber y poco o nada comprende. Su economía aparece sólo como una derivación directa del medio telúrico e indirecta de la religión: el medio las ha forjado a ambas y su perpetuidad está en razón de la fijeza del ambiente.

Dentro de la lógica realista de este sistema de creencias e intereses, se explica la existencia de los métodos comunales de producción y consumo; comunidad en el trabajo y el beneficio, no comunismo a la manera moderna y meramente teórica, porque esa doctrina se funda en el absolutismo del Estado, mientras la comunidad india desconoce tal concepto y vivió bajo el absolutismo monárquico -- forma de autoridad personal, pero responsable y nunca colectiva como la del ilusorio marxismo, convertido a la postre en la tiranía irrestricta de los más desalmados y audaces, a cuyo frente gobierna un autócrata.

Pero el indio desconoció también, en los mejores períodos de su civilización, la propiedad individual y hereditaria de la tierra; y falto de deseo de adquisición del bien privado, fue parco en la utilización de los recursos naturales. Su agricultura y su industria eran desinteresadas desde el punto de vista individual. Sábese que apenas explotó una fracción del uno por ciento de las riquezas terrícolas; y, de esta suerte, entregó al hombre blanco --tan opuesto a él en ambiciones, creencias y anhelos-- un continente casi virgen, intocado por las artes de extracción y cultivo. Aquello, al decir de los investigadores, modernos, "semejaba una cornucopia insondable de ricos terrenos, metales fabulosos, extensiones selváticas, praderas exuberantes, ilimitados ríos y lagos impolutos"...

El indio, en nuestros días, sigue siendo lo que era. Respeta el suelo como cosa hecha de materia divina; y lo

viola para la siembra pidiendo perdón al Dios supremo y a los espíritus guardianes --dueños verdaderos de la tierra. Reza para sembrar, para cosechar, para cazar, para talar los bosques y capturar la fauna de las aguas sagradas. Se disculpa por la ley ciega de su necesidad; pero su corazón sufre al hachar el tronco y tender la celada al pez de bullente plata. Cuando rotura la tierra cumple un rito; cuando recoge la mies cumple un rito; y, al nacer y al morir, bendice el suelo que le formó de sus detritus santos: fortuna entregada en simple préstamo a sus manos. En todo ve el espíritu; y si deifica las substancias, es porque el soplo divino está latente en ellas desde que el Dios primordial insufló su aliento en la materia --tal como enseñan las páginas seculares del Popol-Buj...

En todas partes, el indio vive de la tierra y por la tierra, y es el más afectado por sus males. Los tratadistas reconocen que "el progreso material del indio es evidente; y la oportunidad de demostrar su viejo instinto de conservación de los bienes naturales, es un poderoso estímulo para que trabaje bien en defensa del suelo". Compentado el indio de la necesidad de esta defensa, la tomaría pronto a su cargo con su atávico fervor religioso, con su ritualidad tradicional; y la colaboración de estos genuinos hijos de la tierra sería de enorme importancia económica y social.

La germinación significa --como lo piensa la raza vieja-- el milagro cotidiano. La cópula es así mismo santa; y sus actos deberían ser rituales cuando la ejecuta el hombre, consciente del secreto que escapa a la comprensión de los animales.

La economía y la religión se unen en esta forma trascendente para hacer del indio el pueblo calmo, creyente, respetuoso y robusto que encontró su posible felicidad en el sobrio equilibrio de las fuerzas salvajes con los designios civilizados. Pero tal sabiduría fue desgraciadamente su debilidad mayor ante la codicia inescrupulosa, ante el apetito materialista, ante la energía desmesurada de sus conquistadores...

x x x

Indio que labras con nosotros la tierra de tus mayores, ignorados por ti mismo: debemos preparar tu mente abúlca

y cansada, armar tu prieto brazo, macizo y paciente, para la cruzada libertadora del suelo.

Cuando tus ojos vean y tus músculos se distiendan en el esfuerzo bendito, reaparecerá en los yermos de tu alma sin edad el ímpetu solar que llevará a tu raza a erigir - los baluartes salvadores de la tierra; y morarás, seguro y próspero, en el antiguo Canaan americano, donde hoy pone su signo mortuorio el tecolote, y la nahuyaca y el lagarto rasgan la densa sombra del matorral con el azufre - bárbaro de sus pupilas...

x x x

He de mostrar mis apuntes a Ricardo Urbina con la alegría de confirmar en ellos algunos de sus pareceres y con el orgullo de disentir en otros. Como el discípulo que está en vías de emanciparse de la tutela del maestro, gozará mirando dilatarse un poco de asombro sobre la azúlea serenidad de sus pupilas: acero del lejano conquistador.

18

Estoy pasando unos días malos. Sorda irritación me mantiene en desasosiego. Siento impulsos coléricos por cualquier pequeñez; me pesa la sangre; ando aturdido, con la piel reseca y la cabeza calenturienta. Comprendo a los animales bajo la tortura del celo. Así debió de padecer el hombre primitivo cuando las hembras eran escasas y había que someterlas tras persecuciones bestiales, a brazo partido, en lucha con los otros machos vigorosos. Así debió de sullar la iracundia del pobre Adán, solitario en las oquedades de los montes, vagabundo por las llanuras y los bosques ahora domesticados...

Tocante al amor moderno, ya no existen hombres débiles. La hembra sobreabunda; el dinero, el poder, las costumbres allanan los fáciles caminos de la seducción.

La Marfona no quiere ¡qué capricho! Por mi parte, tampoco quiero su cuerpo sin la entrega de su voluntad: ¡qué tontería! Mientras tanto --y esto sería lo sensato-- ¿verdad Félix Peñalba?-- puedo arrastrar a cualquiera de las mozas colonas o que trabajan a jornal en la finca, un sábado al anochecer, después del pago de planillas; o puedo asaltar cualquier rancho en la noche alta... digamos el de la Matea --una vieja chocha que vive con la Eduviges, su sobrina púber. A la anciana le gusta en demasía el aguardiente. Sé que así lo hace más de un finquero...

Sin embargo, mi carne al par de mi alma --eso obscuro, imperioso, anhelante, desgajado que siento ahora que es mi alma-- clama por la Marfona. ¡Ella ha de ser! ¡Por qué no la atropello? ¡Cómo me despreciará la muchacha por no haberlo hecho todavía! ---Nunca me agradeció una mujer que la respetara-- decía quien lo sabe, aquel sátiro de Félix.

Mi humillación se exacerba porque tengo una certidumbre, siempre la he tenido aunque me esforzase en ocultármela, con esas táticas traiciones de la mente alcahuete, esto es: que a un hombre de su clase, a un patanote del pe

laje de Santoro, la Marlona le consentiría que se la echa se de querida. Sus dengues, su resistencia tozuda pero hipócrita, queda reservada para mí, únicamente para mí, - porque soy un "chancle" de la ciudad, un tipo ante quien una buscona de éstas puede darse el lujo de pasar por lo que no es; a quien es lícito explotar, burlar en sus barbas, rehuir poniendo en práctica el divertido juego de "quiero y no quiero"...

x x x

Esta mujer me tiene embrujado. Ya la vieja Matea, que la pasa de hechicera en los ámbitos comarcanos, me sugirió que tal vez estaba yo "enfrascado".

---¿Por qué, vieja, por qué? -- gritela, a punto de darla de puntapiés.

Se encogió toda, miserable y feroz como la vulpeja acosada; y sus palabras lamieron mi furia, apaciguándola:

---No se destiente el señor... no si'ofenda el patroncito. Perdone a la vieja pendeja, onque sabe mucho d'estas cosas... No la creya, però'ygame. Ansina si'han visto muchos quié'curado. Sólo se lo digo por la cara con qui'el patronsito tan "chulo" anda por'ay, como juera 'é sí...

La di un empujón y me largué a la casita del Plan de Abajo.

Apenas llegado, se opera el prodigio. Tiene razón la mala pécora de la Matea: esto parece asunto de embrujo.

Prodúceme ternura el aire de paz cordial que llena la casita. No: el nido de la torcaz.

Reposo junto a la muchacha al pie de un naranjo copudo que hay en el patizuelo; y allí, charlando de futilidades, vemos discurrir la canónica orondez de los patos; alardear al gallo "melado" de cresta mefistofélica, entre sus vasallas desvividas por agradarle mientras se llenan el buche; jugar, con saltos elásticos y giros de una gracia espontánea, al gatito blanquinegro, asesino enamorado de las mariposas y las lagartijas de vívidos metales: a éste diablejo vibrátil, sensible al vuelo de una mosca y a

la fuga de una hoja en el vientecillo rondador...

Luego nos quedamos mirando aparecer a lo lejos, sobre la montaña intacta, la preñez de la nube viajera que trae a la tierra baja, excitada de sol, el sedante de la llovizna. Esa nube --plumón desprendido de un ala celeste-- tuvo su sueño en la altura y tendrá su reidor despertar en los brazos de la tierra manceba...

Y pienso, entretanto miro sin ver a la muchacha, cuán bien viviría yo mi inútil vida entre estas inocencias voluptuosas que mis sentidos gozan sin enervarse.

Sácame de mi abstracción la Marfona, diciéndome:

---¿En qu'éstaba pensando, Julio? Siempre parece pensar en cosas tristes qu'están lejos... en cosas que no son yo.

Acaricio sus manos mientras mi corazón se baña de plácidos amargores. Y como no la contesto nada, ella insiste:

---¿No lu'está viendo, pues?

Al fin la digo:

---Al revés, mña. Esas cosas son tu misma: son demasia do tñ, tuita y por eso me las callo.

Advierte:

---Es extraño y'es bonito. ¿Cómo dijo...?

---Nada. Quiero decir que sueño contigo y muy lejos de tñ.

Palmotea:

---¿Estará de veras enamorado?

Recelo de caer a sus pies y abrazarme a sus rodillas; pero besándola, echo el cerrojo de mi secreto, sepultado ahí mismo, en la inconciencia de su boca...

19

A Relámpago lo meó la araña de caballo --según informe de Julián el mayordomo-- y tiene el interior de uno de sus casos posteriores hecho una lástima. Lo ha curado Ricardo Urbina; y tras la faena cuidadosa, en que mi amigo pone su gran amor a los animales superiores, venimos conversando por el senderillo bordeado de palos de zapote, - grevileas y bambúes.

Otra vez hablamos sobre el tópico que jamás encontrará sordos a los hombres: la mujer. Mi amigo reafirma sus amargos juicios. Lo que para los hombres cultos de verdad constituye las primeras categorías de la vida --genio, probidad moral, ciencia, arte-- a la mujer la deja indiferente; y nuestro interés y nuestra admiración por estas actividades nos hacen aparecer a sus ojos como seres fundamentalmente niños o visionarios. No estima nada de eso en sí mismo: sólo la importan sus efectos tangibles o placeres. La gran dama usa de su magnífico automóvil --maravilla mecánica-- sin que nunca se la ocurra pensar en el portento de la técnica que lo produjo. En el genio del artista únicamente aprecia los similes de la popularidad, sin percatarse de la sagrada presencia de la gloria. Un gran hombre de acción --un energeta, como hoy se dice-- tiene para ella una sola medida: la suma de poder o de riqueza que ha logrado acumular y pone a disposición de la mujer que ama. Aquel acre filósofo alemán fue muy complaciente al afirmar que la compañera del hombre es un animal de ideas cortas y cabellos largos. En realidad, la condición de la mujer y su ventaja consisten en no tener ideas... En cambio, es irreductible en sus instintos. Simula ceder, pero nunca cede. Toda su lucha está en reducir al hombre a sus propias dimensiones.

Ricardo agrega:

---La única mujer de veras inteligente que he conocido me decía:

---Convénzase, somos una calamidad para los pobres hombres: ¡si supieran como los miramos! --Es cierto. No conciben al macho sino como un servidor. Creen que nacieron para ser servidas, a causa del culto idiota que la mayoría de nosotros las rendimos. Y la verdad es que nacieron --o debieron nacer-- para la servidumbre. Así las trataron los primitivos y las juzgaron los antiguos...

---Con todo, Richard, si no son inteligentes ni desinteresadas, será porque así conviene; y de todas maneras, a mí me parecen adorables.

---No lo niego; y sería locura no aprovecharse de su magnífica dádiva; pero es imbécil adorar a un ser que, como la mujer de nuestro trópico, no persigue generalmente más que hacerse de un marido que la mantenga...

Llegamos a la casa. Ya arrellanados en nuestras sillas de extensión, mi amigo y yo proseguimos la plática.

---La civilización --discurre él-- es obra moral de la hembra, o por lo menos la influye de modo decisivo. Por eso nuestra civilización occidental es una serie de concesiones y convencionalismos. La mujer ha sacado el mejor partido de ellos. No va a la guerra; no tiene la obligación de inventar ni perfeccionar nada que concurra al mejoramiento de la vida; y salvo entre las clases llamadas proletarias, aun cuando carezcan de prole, no labra la tierra, ni la cosecha, ni abre o explota la mina, ni vence los peligros del mar sobre la fragilidad de los barcos, de igual manera que no surca los aires ni se pierde en la monstruosidad de los territorios inexplorados. Fíjate, Julius. Sólo en parte mínima sobrelleva los dolores diarios, infinitos, que cuesta la cultura; y sin embargo, goza y se sirve mejor que el hombre de los tesoros de esa cultura que no ha hecho y que tampoco entiende.

Salto al paso:

---No tanto, Richard, no tanto. No quiero hablarte de las mujeres superiores que crean, inventan y trabajan al lado del hombre y también como él, porque me dirás que son excepciones que confirman la regla. Pero si te diré que la mujer pare y lacta a la humanidad; mantiene los restos de nuestra ley moral y la fuerza reguladora de la religión. Además, sufre peor que nosotros, si cabe, los horrores de

nuestros errores: la guerra, el hambre, la peste, la muerte, el desempleo, la pobreza en un mundo rico y la enfermedad en un mundo pletórico de recursos higiénicos. Pero no es esto sólo la mujer contemporánea está sustituyendo y suplantando al hombre en todas las profesiones y oficios. La guerra de Europa...

Urbina corta la charla para proponerme:

---¿Vamos a dar una vuelta por el campo?

---Andando...

Llegamos a la orilla de un desfiladero que limita la extensión de Los Limones. Un guardabarranca gorgoea entre el acolchado seno de la espesura.

Digo a Ricardo:

---Oye... El también vive y no piensa en vivir. ¿No te parece perfecto ese pájaro?

---¿Perfecto? Quizá. Por lo menos, es lógico. Nosotros --especie declarada superior-- estamos en cambio leprosos de intelectualismo, engrillados de hábitos artificiosos, presos de deseos anormales... y somos infelices. Ese mal no tiene cura, Julius.

Interpongo mi interrogación humorística:

---Entonces, Richard, ¿el retorno a la naturaleza? ¿la existencia pastoril ensayada por Don Quijote y Sancho Panza?

La voz de mi amigo cobra ecos cordiales:

---¡No, Julius, no? Eso es un imposible y una mentecatez. ¿Sabes?: estamos bien así.

Y caminando luego, a grandes zancadas, en forma que no logro apareármelo --como si quisiera huir a toda prisa de aquel sitio-- me obliga a seguirle con esta indicación inapelable:

---Vamos de nuevo a la casa y tomaremos nuestro whiskey de la tarde.

Es algo que nadie, ni aun el dios indígena de este ce
rro, podrá quitarnos.

La humedad vespertina de la tierra se transforma en -
cándida frescura. El sol es oro viejo que lamina el ver-
dor de los árboles y arroja puñados de luz y sombra móvi-
les sobre las techumbres humeantes, el pajonal escrespado,
la ceja interrogante de los caminos...

19

¿Cuál es la clave de este encantamiento que me ha metido hasta los tuétanos la Mariona? --insisto en preguntarte. Ya voy creyendo encontrarla: es su sangre india. Por que su atracción semeja un luengo garfio que tira de mí desde los antros biológicos y es también, la soberanía inenarrable de lo telúrico que nos hace a los indoamericanos siervos sumisos del medio nativo. Quizá en ninguna otra parte del mundo --como no sea en el Africa formidable y paradisíaca-- el hombre es tan poca cosa frente a la omnipotencia de los elementos.

Este dominio de la muchacha criolla se se antoja un desquite del destino que sojuzgó a los suyos, desde un ayer de trescientos años, y hoy me sojuzga a mí. ¡Trágica realidad del instinto! No se heredan las aptitudes intelectuales ni étnicas: sólo la forma y el instinto se transmiten. En la Mariona reviven aquellas hembras talladas en macicez rotunda, con grandes ancas como el declive de los montes maternales, forjadas para recibir la siembra y devolver la mies humana en proficuidad inexhausta, capaz de crear el pueblo más numeroso del planeta: aquellas hembras en cuyos brazos crugió, hasta caer vencida, la fortaleza adusta del conquistador. Cuanto es fecundo, en ellas se hizo acto. Y la antigua fuerza bulle en el regazo de esta hembra que yo quiero y el rayo de los bárbaros dioses parte de la espesura negra de sus ojos...

Me arroja de mi ensueño un empujón grosero. Se trata de un telegrama en que se me llama sin demora a la ciudad: mi madre está gravemente enferma y me quiere a su lado.

Sudo, en penosa perplejidad. Todo es posible, pero --desconfío: mi mami, la menuda comedianta, puede haber echado mano del vulgarismo expediente de la enfermedad para robarme a estos terrones amados que, según ella, "son mi perdición y la causa de mi ausencia indefinida"... No obstante, debo ir. En caso de falsía, tomaré una resolución radical que he venido madurando. Deseo y exigiré mi indepen-

dencia: la posesión legal de Los Limones como parte de mi herencia paterna, hasta ahora retenida por mi madre. He de luchar alguna vez... y será ahora, ahora mismo. Mi propósito es restituir a la Mariona el bien que perdió por el dolo, la usura y la tontería de los otros. Únicamente así arrebataré a la muchacha de las uñas de Angel Santoro; y además de evitar que el taimado se apodere de Los Limones, estaré en condiciones de destruir el influjo misterioso - que este hombre tiene sobre mi amada.

Concediendo que mi madre se niegue... ¿qué haré? ¿Qué haré, Dios mío? Preveo su terrible agresividad de viuda - nostálgica que no pudo conocer las pasiones superbas o careció de oportunidad para entregarse a ellas. Ya oigo sus sermones interminables, peores que una golpiza; sus lágrimas y sus quejumbres que me exasperan; y, en el fondo, su indomable resistencia que anulará mi plan... Pero ¿si fuera yo a los tribunales de justicia para reclamar mi herencia? Tengo derecho a ella y necesidad absoluta de ese dinero. Es el dinero que habrá de salvarme y perfilar mi personalidad roma, pasiva y vergonzante. ¿Por qué no hacerlo? Habría de romper muchos pudores y muchas delicadezas íntimas: tendría que herir y violentar; daría sin duda un escándalo repugnante. Mas he de echar los dados a la suerte, confiado en este amoroso ensalmo...

Siento en mi fibra débil, sin embargo, la indefinible cobardía que siempre me ha evitado adoptar posiciones resueltas. El escrúpulo, convertido en angustia física, me atenaza y me vuelve abúlico. ¡No podré, no podré una vez colocado frente al hecho! Pero si me vencen de nuevo las fuerzas obscuras y burlonas que en el momento preciso suelen derrotar mis decisiones, perderé la dulce razón de mi vida, perderé a la mujer predilecta y me perderé con ella misma, dejando frustrado su derecho a esperar de mí la salvación y entregándola inerme a la acometida del tigre Santoro... ¡El sí podrá... y sin duda, ya está actuando con su característica rapidez astuta! Esta consideración, humillante hasta encenderme de coraje me decide: ¡todo, menos eso!

Daré la batalla. Al fin y a la postre, no es nada grave ni desusado. Lo ejecutan a diario millones de padres y de hijos en el mundo. Una firma de mi madre sobre una hoja de papel fiscal, bastaría. ¿Qué significan Los Limones? Una bagatela; y, sin embargo, entrañan mi sueño, mi

orgullo, mi trampolín sobre la vida, porque Los Limones - son ella: son mi Marlona, la del primer día y la de siempre. Sólo así me libertaré, como un hombre, del peso insostenible de un reproche suyo, soltado en un remanso de nuestras intimidades inocuas:

---Usted desea, Julio, devolvernos la finquita. Lo comprendo bien y sé que lu'haría de corazón; pero, Julio, perdone... usted no podrá haser eso...

Era cierto, atroz, ridículo. Era... pero ya no será.

Despacho el telegrama avisando de mi llegada y me despacho también un buen vaso de whiskey.

20

Cavilosa y suspicaz, su mirada picotea mi actitud, busca mis ojos para desentrañarme por ellos el alma. Mis ojos la rehuyen, huidizos bajo la molestia irritante de aquel su inquirir, terco y desconfiado. Atisba en mis gestos, en la palidez de mi cara, alguna abominación de amor o de vicio --que para mi mami son la misma cosa-- y no puede concebir mi existencia casta y rutinaria de Los Limones.

Sentada en su sillón favorito de reps granate, gasta como siempre su aire señorial. Alarga sus manos finas, levanta su índice flaco, donde luce la sierpe de su sortija matrimonial; dardea su pupila azulosa, de sucias aguas agitadas.

No ha habido tal gravedad de mi madre, aunque ella asegura haber salvado, por milagro, de la muerte.

---No será tanto, mami.

Se indigna. Me entera, con fatigosos detalles, de sus padecimientos, de sus ansiedades, de sus quisicosas domésticas, de las solicitudes cotidianas del doctor. Y recae, sin transición, en su manía incorregible: mi amorío campesino. Nunca he visto empecinamiento igual sobre asunto tan obvio: jamás imaginé contumacia semejante dentro de la enorme inconciencia con que me daña esta mujercilla enteca, blanca, pecosa e infatigable que es doña Paca Carmona de Casales.

Según costumbre, acabamos disputando. Tengo impulsos de salir de estampía por la puerta de trasmano pra no oír la repetir, acentuando rabiosamente la e de la palabra ¡ésa!, prolongando y alzando en tiple su raspante tono, su frase maniaca:

---¡Esa mujer! ... ¡ah, aah! ... ¡ésa mujer!

La odia, la odia a muerte, como sólo pueden odiar los

ególatras y los lunáticos. En vano intento despistarla diciéndola que esa mujer es sólo una lugareña que no aparece ningún peligro serio para un hombre de mundo; que es guapa y graciosa en verdad, pero como lo son otras, aquí y en el resto del orbe; que mi dinero y mi cariño no la interesan más que los de cualquier otro, y que, por inverosímil que le parezca a ella --mi mami-- aquella tal Marfona me ha hecho mucho bien...

En vano, Mi madre sigue creyendo, ahora como en la hora de su muerte, que soy el príncipe azul para la zafia campesina, metida de rondón a señoritinga. Y concluye:

---No puede ser buena... ¡hasta apodo tiene!

---¿Apodo?

---O lo que sea; pero es apodo, sí, o algo peor. ¡Ese tratamiento canallesco de la Marfona! Como el tratamiento, así será de relajada su conducta: ¡una para muchos hombres!

---¡Mami, por su decoro propio, no hable así!

Imposible: la pudibunda señora se desboca:

---¡Habría qué ver a mi nuera, a mi hija, a la que tendría que darme la felicidad de mi vejez, llamándose la Marfona! Te quiere atrapar, eso es todo, y tú, torpe y bueno, no lo miras.

Grito exasperado:

---Bueno; y aunque así fuera ¿qué?

Me dispara --tras su carrasposo ¡aah!, rematado con un resoplido de aristocrática indignación-- su rencor sin límites:

---¡Va tras mi dinero! ¡Va tras mi dinero!

Se yergue electrizada por el presunto delito de la Marfona; y temblando de ira me arroja la ofensa, mientras hace además de sopesarse un imaginario bocio:

---¡Y tú, mira, no eres más que un "güegüecho"!

Me quedo frío, bajo la impresión del innoble símil. Cuando mi mani está furiosa no retrocede ante nada. Voy a largarme a la porra; pero antes, con voz asordada, trémula de repulsión hacia el menudo ser malhechor que, sin embargo es mi madre, la digo:

---No se excite usted de ese modo ni hable más de su dinero. ¡Siempre su dinero! ¿Qué se ha creído que soy yo? Su paria, su "mozo", su pelele. Un día habrá de arrepentirse. Y vamos a ver: ¿no tengo yo parte en ese su dinero? ¿Es sólo suyo? Dígalo en conciencia. ¿Es sólo suyo? ¿Está segura de poder demostrarlo así? Dígalo...

Estoy al borde del ataque a fondo. Ella lo ve venir. Se le anubla repentinamente la faz con la doble palidez del miedo y del desmayo. Déjase caer teatralmente en su sillón de reps granate; acudo, sosténgola por los bracitos huesosos y las axilas heladas. Después de lanzar un suspiro doliente, se repone a medias murmurando:

---Me habrás de matar muy pronto a disgustos...

El pañuelito de encajes pasa por su frente, enjuga sus ojos que no lloran. Sin mirarme, se disculpa amansada, turulata:

---He dicho mi dinero, pero se entiende que cuanto poseo es tuyo. A mi muerte...

Intenta consolarse hablando de ese tópico lamentable y sensiblero que la encanta. Pero la atajo con brusquedad:

---Pero mami ¿está usted loca? ¿No ve lo absurdo, lo ruin que está diciendo?

No; no lo ve mi mami. No lo verá jamás, cegada por su odio a la mujer sexual. Antes sufre y se deshace en aspavientos por mi inmoralidad. No soy buen hijo... ¡Ah, tristes tiempos, juventud perdida la de ahora! Sus sacrificios por mí; el tormento de mi crianza penosa, durante muchos y grises días de mi niñez enfermiza...

El alud de palabras donde la realidad y la ficción se confunden hasta hacerse indivisas, me ha aplanado. Ya no hablo, ya no hablaré quizá nunca de la herencia de mi padre, como no sea hasta "su muerte", o hasta la mía. Com-

prendo que disparate, que fallo, que soy pueril... como mi mami.

¡Aah! Será otra vez. Por ahora me largo al club. Voy vociferando reproches y terminachos por la calle. Ya en el club, entre amigotes que celebran mi regreso --nervioso, dicharachero, con algunos vasos de whiskey en el estómago-- me vuelvo cínico charlando de mujeres, fanfarroneando hombrerías, relatando conquistas galantes, mientras el alcohol me está anegando... me está anegando en su fango tibio y dichoso, entre sus letales vahos, suscitadores de la vanidad petulante...

Y he bebido, sin saber cómo bebía, por espacio de quince días, según me cuentan más tarde. ¡Vaya! La temporada del beodo reincidente. La borrachera loca...

21

Hago viaje a Los Limones todavía "sarazón", en ese estado sonambúlico de la embriaguez prolongada que se convirtió en puro fermento. Paro en el pueblo -- lo recuerdo vagamente ahora, el escribir mis postreros garabatos en este memorial de mi torpe vivencia.

Allí charloteo, baboseando unas copas más, y monto en un jamelgo que se me da prestado por el boticario, en malhadada ausencia de Ricardo Urbina, a quien mandé suplicar que viniese. Se encuentra en la costa comprando ganado...

Debió de saber mi vuelta la Marlona porque me sale al camino. Entiendo confusamente su relación mientras me sostiene por un brazo y nos escondemos en un rincón de la carretera, entre los árboles: la finca ha sido vendida... Santoro está allí ¡en mi casa, carajo!... Hizo la entrega el mayordomo, por orden de doña Paca... don Ricardo está fuera, de viaje... no conviene llegar hasta allá... me quedaré en casa de las dos mujeres entretanto... entretanto... sí, sí, entretanto me "compongo"...

Manoseando a la muchacha con caricias vacilantes, envileciéndola con palabras puercas, en cueros de indelicadeza y con el traje sucio y desgarrado, me dejó conducir...

Ahora estoy tendido en la cama de la Marlona, mientras doña Brígida, con ostensible mal humor, golpea cacharros en la cocina. Viene un aire dulzón por la ventana: esencia de flores, de huerta mañanera en que se esponja al sol la yerbabuena, la albahaca, el tomillo, la ruda: esencia demasiado pegajosa para mi sensorio estragado.

La Marlona me ofrece un "caliente" de aguardiente con canela, rajitas de limón, pimienta y sal. Medio se me atraganta el brebaje bárbaro. Acezo como un atormentado. Pero me voy entonando poco a poco. en la pasajera reacción que ya conozco en esta viacrucis de la "goma", en esta infernal tortura del alcohol. Ya respiro con más amplitud -

¡qué consuelo! Pero me siento, más que enfermo del cuerpo, débil del ánimo, abolido, infinitamente abolido. Cualquiera podrá hacer de mí lo que se le antoje; y mucho más la Mariona. Me domina un deseo infantil de obedecer, de encontrar atenuantes a mi extravío, de que se me conforte y se me salve...

Llamo a la muchacha y la digo, teniendo su mano fuerte entre la mía sudorosa y trémula:

---¿Qué haremos ahora, María?

No contesta: llora simplemente, sin sacudidas ni sollozos. Luego, con voz mojada, amarga:

---Olvidar, volver con su madre, Julio.

---¿No te irás conmigo? ¿Me abandonarás por el otro? ¿Le amas?

Ella se serena en tristeza. Mas parece decidida: ¿Cuándo no lo estuvo?, ¿Cuándo no sabe lo que desea y lo que hará? Apenas me da razones: debo marcharme en cuanto me cure y pueda hacerlo. Mientras tanto, aquí estoy seguro...

Respingo como un demonio, con la momentánea energía del excitante:

---¿Yo? ¿Y por qué seguro? ¿Por Santoro? Ahora mismo voy a buscarlo... a decirle lo que debe oír, a echarle fuera si es preciso. ¿Dónde está mi revólver?

Responde con firmeza:

---Está bien guardado, no lu'encontrará.

---¿Conque me desarmaste... en beneficio de él? Vaya, la traición además de la cobardía.

Apártase de mí, se echa de codos en la mesa de centro... y llora otra vez, con desolada mansedumbre. La pido perdón:

---Comprendo que desvarío, perdóname. Ya bastante has hecho por mí. ¿Qué culpa tienes...?

Me levanto de la cama, vacilante; y la beso, en humi-

llación y ternura, la cabellera, los brazos, la falda. La ruego:

---Pero necesito, antes de irme, que si me amas me lo digas.

No contesta. Sigue llorando. Torno a excitarme terriblemente y la amenazo fuera de mí:

---¡Habla por favor, o me pego un tiro y te lo pego a tí!

Olvido que carezco de revólver. Es chusco, pero ninguno de los dos lo advierte. La Marlona pónese en pie y me empuja con suavidad como a un niño malcriadito:

---Vuelva'la cama, Julio, Ay le diré.

Obedezco: tiéndome, y ella se sienta al borde del lecho. Sus manos acarician mis sienes, se entretienen en mis cabellos; inclina el busto y pega su cara a la mía hasta empaparme de humedad salobre, mientras me murmura muy cerca, sin asco a mi aliento hediondo:

---¿No sabes todavía qu'eres mi pequeño, mi buen Julio?

---¡Sigue, repítelo! Soy...

---Sí, eres mi sueño... y tal ves tú comprendas lo que yo no puedo comprender. Nu'es mentira; me tienes qué creer... Preferiría la muerte a engañarte: te quiero como... no sé cómo, Julio, bonito mío; pero tú no cres en las mujeres de mi clase...

Me suena dulcísimo aquel tuteo súbito, espontáneo. Quisiera arrodillarme ante ella y hundir mi cabeza de fiebre en su regazo, bajo su axila tibia...

Procuro esclarecer su sentimiento:

---Me quieres como tu novio... como quieren las muchachas de esas novelas que lees y están ahí, en tu ropero...

Se anima: brillan sus ojos negros entre la bruma del reciente lloro:

---Algo así... con un' ilusión demasiado buena para ser verdá. Y dispensa si soy malcriada, peru'és como se quiere al hombre que no se piensa tener nunca ensima... vaya, que no será nuestro marido. No sé, me confundo yo misma.

---Comprendo, María. En cambio, al otro...

Pone su palma sobre mi boca:

---¡Chist! No digas nada, no tientes a Dios qu'és él quien todo lu'hase. Si t'hise mal, perdóname tú también. ¡No, no quiero que me odies!

Callo y medito. Santoro la ha arrastrado hasta él y la muchacha no encuentra fuerzas con que oponérsele. La espanta sentir la manera como el hombracho habla a sus sentidos. Finalmente, le abrirá los brazos, separará los muslos al empuje de aquella mano ruda, cerrará los ojos en delicia y miedo bajo los labios gruesos del seductor, estremecida al cosquilleo del bigotito osado... ¡cuando a él se le dé la gana! Nos ama, sí; pero a cada cual lo suyo.

Mientras esas figuraciones me atormentan, la Mariona calla también, absorta. Tiene el ceño duro, la boca doliente, los ojos en indecisa angustia; su magnífico ser se agobia bajo un obscuro peso. De pronto habla para sí:

---Debo estar embrujada...

Exclamo con ira:

---¡Siempre el maldito embrujo! No busques pretextos...

Tranquila, sombría, no pone atención a mi reproche, y agrega:

---Ese no se para en medios; no sería la primera vez...

Me obstino:

---¡Dale con la misma sonsera! ¿Embrujada tú? Si, probablemente, pero de brutalidad, de sexo, de lujuria, lo cual no necesita de bebistrajos ni enfrascamientos.

No puedo ya: se ha quebrado mi voz en un desmayo de -

vencimiento. Lágrimas de insondable desesperanza asoman a mis ojos enrojecidos: no corren, no caen: son pocas y demasiado ardientes. Pero la Marfona las ha visto y viene a mí sobresaltada. Con dulce imperio toma mi cabeza entre sus manos otra vez; y ahora parece una madre que suplica:

---No, por Dios. No quiero que sufras y hables d'ése modo. Tu eres mi carita fina...

Nunca he de olvidar la frase. Fue dicha por la boca amada, sin mancha de mentira: soy el carita fina de mi es tirpe moribunda -- de mi estirpe inútil.

Aquel es el cara prieta, el braquicéfalo de la vieja raza, el mestizo dueño de esta tierra milenaria y nueva al mismo tiempo.

Pero América es también, por encima del mestizaje que la asuela y la domina, la estructura ancha y poderosa, la mente ecuánime y redentora de un Ricardo Urbina, producto de superiores concurrencias que habrá de gobernar el mundo instintivo de las Marfonas y los Santoros, restaurar la virtud de la tierra para las futuras siembras y educar las almas para la vida adveniente de la América secular y púber: urna de leyenda y carne de porvenir...

22

Han pasado muchos meses. Volví a la capital, y ahora vivo separado de mi madre. La antigua mami perdió para siempre su influencia sobre mí, mantenida por mi abulia, por mi desvergüenza, por mis hábitos perniciosos de niño mimado. Sacudí esta tiranía y acepté la del trabajo. Bien modesto es el mío: escribiente en un juzgado de lo criminal, donde hago mi pasantía, porque he reemprendido mis estudios de leyes y no me falta mucho para recibir el "cartón" facultativo. La oficina en que laboro es sórdida: suelen serlo también los asuntos en que laboro todo el día. Mi alma se enturbia con la opacidad de mi existencia; pero siento que no he roto el hilo de voluntad que me traje de Los Limones...

¡Los Limones! ¡Que distante, qué extraño se me aparece todo esto! Y digo se me aparece porque, no obstante mi sensación de cosa ajena, la imagen querida no me abandona nunca por las noches, en mis insomnios tenaces... La evoco además al vislumbrear un trozo de bosque lejano, al discurrir bajo la arboleda de algún parque, o irme de paseo los domingos, por los alrededores de la ciudad...

Tuve carta --una sola-- de Ricardo Urbina: "Sabes que soy tu amigo. No me olvides y trabaja como te dije un día: como burro. No me contestes aún; espera mis noticias, que habrán de interesarte".

Nada más. ¿Qué maquiñará Ricardo? Ha llegado a importarme poco. Sus recomendaciones son inútiles: no le olvidaré jamás; trabajo como él quiere y como él me enseñó a trabajar; espero... mas como si no esperase nada...

¿La Marfona?... ¿Es mi culto atormentado y secreto. Se me convirtió en un fetiche psíquico que reproduce el caso eterno, trágico y burlesco, de la Aldonza Lorenzo en la imaginación de don Quijote. La conservo como se conserva un mito. Ya no es la Marfona: es la crisis de mi vida...

Hice, a pulso firme, la disección profunda de este sentimiento mío. Fue en una noche de vigilia, en el silencio cóncavo de mi alcoba de "pensión" estudiantil, entre los cuatro muros medio despapelados, el ropero cojo, el lavabo con la jofaina y la palangana desportilladas, la mesita con mis libros...

El gran novelista portugués hubiese llamado a mi sentimiento una inflamación pútrida del espiritualismo. Sí: está cerca de la neurosis y la patología. Sin embargo, nada más espontáneo, claro, dulce, que esta iluminación del alma, esta embriaguez de los sentidos que adora la carne de ella, y no obstante, flota sobre esa carne como la niebla sobre la verruga del valle, porque mi culto lo fincó en la imagen, mi gozo lo encarno en el recuerdo y mi ternura sólo fluye en la soledad...

¡Cuidado! -- me digo. No vayas a caer en la aberración sexomental. ¡Bah! ¿Qué significa una aberración así? Fenómeno misterioso y universal. Sobrepasa la función ordinaria para situarse en una realidad más alta, más honda, más pura. Diríase una paradoja; pero ¿qué enamorado romántico, en éxtasis ante su ideal, no comete pecado de onanismo espiritual?

Nadie te amó ni te amará, muchacha de Los Limones, con este mansísimo e inmutable amor sin esperanza que, al nutrirse de sí, no necesita de tu mísero aporte. Proeza digna del místico: criatura del espíritu en el reino inso metible del espíritu.

Y, sin embargo, con qué heroico, monstruoso egoísmo es te amor eres tú, muchacha mía, y te posee, y en tí se derrama, vive y resplandece como la estrella en la laguna, a la cual no mira ni bajará jamás. Lejos, en inmaterial lejanía, este amor eres tú; pero no desciende ya a tí corpóreamente, no penetra en tí el dardo de su vehemencia y no hace en tí ninguna desgarradura ni te provoca dolor ni de sengaño alguno, porque te tiene sin que la tengas, y no puede engañarte porque nada te pide ni nada le das de tí. Amor que, en síntesis de pureza, desarraigado de la gleba de sangre y huesos, es sólo imagen una y divina, refracción del objeto convertido en el sujeto intangible. Amor que para poseerte de veras, sin flaquezas ni caídas, sin ignominia orgánica, renuncia a tí; y de este modo mágico, encuentra la clave de la perpetua unión contigo, sin cul-

pa, sin participación ni fraude de amor con aquel que te ama, por encima de tí y a pesar de tí misma.

Angustia, tristeza, esterilidad y resignación que producen la flor intacta del amor no compartido, el único que da la libertad sin trabas. Podrás unirte al varón; casarte con el hombre porque mujer eres desde el fondo tenebroso de tu herencia antropológica: india te forjó la tierra, y equívoca eres: podrás alejarte, desaparecer, morir o vivir amamantando crios en la parda sordides de tu riñón nativo: no dejarás por eso de permanecer inmersa, unificada en mí como el espíritu en el tabernáculo; y más mía mientras más fueres de otro, de una ambición, de una inconciencia, de un vicio, de un dolor o de un crimen: más mía mientras fueres más feliz y también más desdichada...

Me duermo al amanecer entre los albos brazos de esta imagen y experimento el sumo bien de no saber cuándo, cómo ni por dónde se desvanece... para reaparecer otra noche a mi llamado -- porque esta maravilla vela al pie de mi vida igual que un perro insomne...

Al despertarme, salto hasta el balcón, abro de par en par las persianas y saludo:

---¡Bendito seas tú, día de mi nuevo esfuerzo! Acógeme en tu vulgaridad bienhechora.

Arrojo un zapato por el aire y le recojo como un juglar: me voy a la ducha fría; y veinte minutos después, redacto providencias judiciales sobre el papel sellado -- sellado como mi alma en las horas del laboreo maquinal.

23

Otros meses... un año... dos años. Espacio gris y duro que recorrí paso a paso, con automatismo ajeno a grandes penas y grandes alegrías.

Visito a mi madre un día por semana. Se acabaron las disputas y las palabras bajunas o envenenadas. En su fuero íntimo, ella está satisfecha, sorprendida y orgullosa del cambio operado en mi vida. De mi interno, no sabe ni sabrá nunca nada. Fiel a su odio y su manía, todo lo atribuye a mi alejamiento de la Mariona. Pero ya no hablamos de eso, por taxativa petición mía.

Lo ha tomado como prueba de un rompimiento entre la se ductora del Plan de Abajo y mi interesante persona; y siente el gozo de quien ha triunfado en cruel y prolongada li za.

Me ha rogado que vuelva a casa. Antes de que se suelte con sus consideraciones de costumbre, la detengo:

---No insista en eso porque no volveré más aquí. Se lo juro.

Se lamenta, jimotea; pero ha dejado de insistir. ¡Qué enorme alivio! Comprendo que con sujetos como mi madre lo mejor que puede hacerse es no argumentar, no analizar, no dar ninguna larga. Temerosa de que yo torne a la vida mala, conviene, calla, sepultando a duras penas el aluvión de palabras que la ahogan.

Para desquitarse, me introduce en los bolsillos del sobretodo, cuando mi visita es por la noche, billetes de cin co quetzales, o me los envía dentro de un sobrescrito a mi casa de pensión. La devuelvo sus dádivas que me saben a propinas por mi buen comportamiento.

Al fin recibí el "cartón": gané mis exámenes de abogado y notario público. Sufrí las pruebas con algún lucimiento, mientras mi alma asistía a todo aquello semiamortajada en su indiferencia. Me importaron poco las ceremonias del doctoramiento; pero me divertí en la parranda consiguiente, en que los compañeros tomaron por su cuenta y riesgo la comilona, los brindis y la borrachera final, entre el doble aturdimiento del alcohol y la marimba-jazz. Amanecí dormido en un canapé de la patrona, en cuya casa se hizo la fiesta camaderil.

Mi madre ha querido ponerme bufete profesional. Por de pronto rechacé la oferta diciendo a mi progenitora.

---Quiero descansar antes, "peresear" un poco. Proporcioneme usted a cuenta de mis futuras ganancias, unos cien quetzales.

Quedó paralizada en el sitio:

---¡Cien quetzales! ¿Puedo saber para qué los quieres? No hay inconveniente, pero creo tener derecho a preguntarte...

Temí sin duda mi escapada al pueblo colindante con Los Limones, a la finca misma... ¡qué sé yo!

Respondí tranquilamente:

---No es para lo que usted piensa. Ire con un camarada de escuela a "temporadear" una semana en Tzanjuyú. Me siento fatigado y quiero reponerme... ¿da usted los cien del ala?

Me sorprendí brusco, vulgar; pero así es como logro domar las resistencias de mi madre. Antes pagó los gastos de mi doctoramiento y me obsequió muchas cosas inútiles.

Fuimos a Tzanjuyú. Amistamos con una familia temporadista en que figuraban dos muchachas. Las enamoramos, según deber tradicional de los estudiantes: una mi camarada, la otra yo. Porque he de decir que, ni de lejos ni de cerca, me sentí "profesional", dentro de un gremio que nunca me ha simpatizado. El título me suena tan vacuo como la cháchara elegante de mi enamorada.

La semana terminó en fastidio. Fastidio del lago azul, del cielo azul, del aire azul, de la gasolinera rauda, del hotelito emboscado, de la novia pueril y libertina...

¡Qué adentro se me coló la india aquella, la criolla brava, la Marfona embrujada de mis lejanos deliquios de Los Limones! Ignoro en absoluto qué es de ella y no quiero averiguar...

Así podré vegetar mientras me readapto a las costumbres capitalinas, a ver si un día hallo algún objeto digno de dar un sentido a mi existencia -- a mi displicente existencia de treintidos años...

24

Vuelto a Guatemala, la patrona me entrega una carta:

---Hace varios días que vino --dice.

Es de Ricardo Urbina. ¡Demonio! ¡Mi hombre ha comprado Los Limones! Y me escribe: "Te cedo la finquita. Trabá jala. El jueves te espero en la estación de Cultenango, - siempre que no prefieras abrir tu trampa de "güisache" en esa capital".

Calcula el listo que no haré esto último y me echa el anzuelo. Se me atropellan los supuestos, se superponen - las conjeturas. ¿Cómo pudo Ricardo forzar al ladino de - Santoro para que se deshiciese de la propiedad que tanto ambicionaba? Sin duda un buen negocio para el antiguo arriego, aunque, a la verdad, Urbina es duro para cuestiones de "pisto". Además, ya el seductor tendrá a la Mariona asegurada; y ahora, risueño, insolente, triunfador como de costumbre, no tiene inconveniente en vender la finquita que guardó la juventud de la muchacha es espera de él, para cuando él quisiera cazarla en su primer vuelo... Pero no es posible: Ricardo habrá pensado que Los Limones sin la Mariona significarían para mí un sarcasmo, la imagen torturadora del fracaso... De modo que... ¿será una realidad? Gozo de una emoción tan fresca como la primera entrevista con la primera novia, a solas...

El jueves, como quien cumple un mandato, bajo del tren ferroviario en la estación de Cultenango.

Urbina, con un "mozo" que tiene por las riendas a Relámpago y al caballo zaino del patrón, me sonríe cordial y luego me abraza. Montamos, a tiempo que él me dice:

---Bueno, a tomar posesión de tu feudo.

No ha inquirido siquiera por mi anuencia. Mientras vamos al paso, calados los sombreros bajo el sol de las on-

ce, le interrogo:

---¿Cómo hiciste, Richard, para reducir a Santoro? Porque supongo...

---No supongas nada. Acepta lo hecho, y adelante.

---Permíteme. Debes contármelo todo, o peleamos.

Sonríe, socarrón. Lo que desea es prolongar mi perplejidad. Responde:

---Que sea como quieras; pero ya veo que no sabes contenerte, licenciado.

---¡"Andá" al carajo, bandido!

---Allá te acompaño, picapleitos.

---Desembucha, pues.

---Recordarás que a Santoro le tengo cogidas varias "colas", de esas que llevan a cualquiera al "bote"; y como me sabe capaz de "fregarlo"... pues "aflojó" la propiedad.

---¿Pero te metió un "fincazo"?

---¡Malhaya! Se la compré barata.

---¿Con el pájaro afuera?

---¿Me crees imbécil?

Se vuelve a medias en la montura; me semblantea y refiere:

---La Mariona, tan pronto como te fuiste, quedó bien segura en mi finca. La alojé con su madre en mi propia casa, y le mandé decir a Santoro que se cuidara mucho de aparecer por ahí. Para mayor seguridad, no me separé de mi rancho sino para venir de vez en cuando al pueblo. Pero estaba cierto de que ese sinvergüenza no se atrevería...

La punzada que la emoción me tiró al estómago no me deja respirar. Pregunto a Urbina:

---¿Te lo pidió ella misma?

---Me puso al corriente de su situación. La guardé y te la entrego, ya que abandonaste el campo.

---¿Lo tienes a mal, Richard?

---No: fue lo mejor que pudo pasar. Te fuiste, probaste tu temple, dejaste los "tragos" y te hiciste "guisache". Era lo que yo esperaba para llamarte y rematar el negocio que ya tenía yo bien planeado, sin soltar prenda.

---¡Caray! ¡Eres una fiera! ¿Donde está ella ahora? ¿Sabe de mi venida?

---Poco a poco. Mañana se trasladará otra vez a Los Limones, a la casita que tanto quiere. Así me lo pidió, pues por de pronto ignora tus... condiciones. Mira si son listas las mujeres: cuando ellas imponen las condiciones es cuando las esperan de nosotros. Respecto a eso, ya se entenderán los dos...

Arrimo mi Relámpago al caballo que monta Urbina, hago a éste refrenar y le abrazo de cabalgadura a cabalgadura.

---¡No sabes lo que es esto!

---Lo sé mejor que tú.

---¡Pero si me haces feliz!

---Te apuesto a que más feliz me siento yo. Ve que "tirarme" al Santorito, devolverte la pájara y verte aquí para mucho o para siempre... Porque este negocio va en serio, Julius.

---En serio, naturalmente. ¿Qué crees?

---Has de pagarme la finca centavo sobre centavo. No me vas a dar gato por liebre porque no tolero "guisachadas", de ti menos que de ninguno.

Ya divisamos los techos rojos de la casa finquera. Viéndolos, es la primera vez que me sacude dulcemente la sensación de un hogar propio. Comprendo la delicada, la pura generosidad de mi amigo que, con su declaración contundente, sólo desea disipar los pudores de mi orgullo varonil. Es demasiado noble la conducta de Ricardo para que yo

los sienta; y pensando en la muchacha le pregunto:

---¿De modo que me quiere de veras...?

---¡Eres bruto! -- replica Urbina.

Hemos llegado. Entramos por el portón viejo, bajo las grevileas murmurantes...

Desde el corredor de la casa --construida en un altozano-- contemplo un trozo de cañal, un manchón obscuro de cafetos, mientras Ricardo ha ido por el whiskey, el agua de Salinaria y las copas.

Todo esto será mío... ya es mío, lo tengo como en la mano; y sólo falta apretar el puño para que se confunda con mi substancia viva. Quisiera tumbarme en tierra para sentirla mía... Ahora sí debería emborracharme, pero es cuando menos lo deseo. Cualquier esfuerzo, todas las renunciaciones antes que defraudar al amigo, a la Marlona... ¿qué? ¡a la vida misma, al destino durmiente sobre el suelo pardo, combado, ventral, bajo los cielos del buen Dios!

Regresa Urbina con las copas y la botella panzuda del John Haig. Me ve embobado frente al campo, de cara a la luz violeta y fustigante, y exclama:

---¡Muy bien! Ya miras con ojos de propietario. Prepárate a fecundar, licenciadito, porque has de meter hijos y árboles por todas partes, y escribir un libro para ser, como dicen, un hombre completo.

Brindamos. Nunca un trago me supo mejor. Estoy por decir que los dioses, bebiendo su ambrosia en vasos de alabastro, son pendejos. ¡Este whiskey no tiene par, ni este día, ni esta tierra ni este hombre cuya mano nervuda oprimo con la mía! Así hemos sellado el pacto: mano contra mano, en recio apretón:

---¿Convenido?

---Convenido.

Según Richard, veremos papeles cuando yo esté libre de las primeras emociones; y para ello, han de pasar aún muchos días...

No me atrevo a llamarle hermano, porque Urbina es algo más para mí. Tampoco cabe lo de padre, porque aun siendo él para mí, también es algo más. Le llamaré sencillamente Richard: el nombre más soso y más simple, pero que puede contenerlo todo. Para él, seguiré siendo Julius.

Almorzamos. Ya ni recuerdo nuestra charla. A la sobre mesa, entretanto que Urbina fuma su pipa y yo me tiro a chupar de una de sus tagarninas --porque principio a sentirme campesino de duros hígados-- le disparo sin preámbulos:

---Oye Richard: ¿quieres ser mi padrino de matrimonio?

---Claro está, y que sea pronto.

---¿Con juerga, marimba de "tecomates" y "guaro" para todo el mundo?

---Con todas las de ley, como lo hacían los viejos.

---¿No te parece que debo ver ya a la Marlona?

---Paciencia. No seas "arreatado". Mañana la iremos a sacar del Plan de Abajo, en cabalgadura, sobre los caballos más briosos de estos andurriales. Ya lo tengo preparado...

Soltamos a reir como unos bobos. Nunca vi tal contento en mi amigo: ¡es capaz, está visto, de sentirse más feliz que yo!

25

Me descubijo de mañanita; y a las seis en punto ya es toy dando vueltas por todas partes. En el "beneficio" - veo, a medio desembalar, las piezas de un trapiche y dos "pulperos". En el patio hay barriles de cemento, vigas ma dres, grandes pilones de ladrillos, una montaña de cal... Techo adentro, poleas, fajas de transmisión, tornillos... Todo lo palpo, y me entrometo entre aquella feria de mate riales y de fierros. ¡Este Richard!

Voy al cafetal; camino a zancadas por los surcos de los cañales... Torno a la cuadra; acaricio en el cuello a Relámpago que me da la bienvenida irguiendo sus orejas puntiagudas, trémulas a la magnética corriente de sus nervios de acero. Le toca su ración a la mula prieta, en cuyo lomo me apoyo unos momentos para soñar mi sueño vivo, sin - que la mansa se alebreste poco ni mucho...

Ya estoy de vuelta. Entro en la cocina. Palmoteo en - las espaldas robustas a mis indias sucias que se ríen tapándose las bocazas con los delantales hediondos a fregadero. No me repugna nada; y hasta aspiro con deleite mi su dor de animal ascleado.

Desayuno y me dispongo a encender un puro, de pie en la gradería de mi casa, frente al patio, ya gritón de vaqueros, indios y trabajadores. Espero a Richard antes de poner mano ni voz en aquel trajín que me grita mi futuro.

Llega corriendo un "patojo" de la ranchería y se me - arrima acezando:

--- ¡Patrón venga, véngase ya! Algo pasa'ónde la señora Brígida, pues la niña María ha salido huyendo.

Le cojo por el bracito roñoso y lo sacudo:

--- La niña María... ¿qué?

Mientras mi sangre se enfría y se incendia alternativamente, el chico se va explicando a trompicones:

---Salió corriendo pa'l río...onde vio que si'asercaba don Angel, a cabayo, por el extravío de Las Crucesitas...

Me lanzo a mi alcoba, descuelgo el rifle, me lo pongo en bandolera, corro a la cuadra, saco a Relámpago y le monto en pelo, seguido del patojo que me advierte:

---¡Patrón, trábel'el freno porque lo va'botar!

---¡Qué botar ni qué carajo! Coge la vereda y avisa, pero pronto, a don Ricardo...

---¡Aya voy patronsito!

Sé que Relámpago me llevará gustoso sobre su lomo espléndido mientras yo le rijo por las crines, taloneándole los ijares --¡a él que nunca sintió tal afrenta!

El sol, el galope, el ansia de mis venas, me enardecen. Siento correr los segundos en mis sienes más aprisa que los cascos del bruto fugaz sobre el suelo arenoso. Partículas calcáreas granizan sobre mi cara. Tengo la sensación de algo triunfal, aunque fuese la muerte: ¡hasta cuándo daré suelta a mis instintos restituidos! ¡Hasta cuándo me veré frente a frente con Santoro, en desafío de machos! Pero me asalta la congoja de llegar tarde; y ruego en voz alta!

---¡Dame tiempo, dame tiempo, Dios mío!

A fin de apresurar el galope excito a la bestia con gritos bravíos, casi jubilosos. Suda ella y sudo yo: sudamos ambos a chorros refrescantes al filo del viento que viene a nosotros desde el monte salvaje; y nuestros sudores fraternizan...

Penetro en la casita del Plan de Abajo como una ráfaga. En el patizuelo salto del lomo amigo, y dejando a Relámpago en libertad, traspongo a saltos las habitaciones, salgo por el postigo trasero a la huerta y corro hacia la quebrada, donde el río se remansa y duerme la pocita en que aquel día vi bañarse a la Marfona, allá por donde me abraza al árbol femenino.

Huroneo, miro por todos lados. De pronto, distingo a Santoro parado a la orilla del río, de espaldas a mí, escudriñando con calma la ribera opuesta donde un grupo de sauces confidencia con las cabezas juntas.

Entonces decido irme con tiento y sorprenderlo: veo su esbelta talla, su sombrero tejano sumido hasta los ojos y el cañón niquelado del revólver asomado bajo la chaqueta verde aceituna. Sin duda se le ha escapado la muchacha; y vacila antes de aventurarse a cruzar la corriente o volver por su caballo que sepa el diablo dónde lo dejó. ¿Rapto? Es lo seguro, aunque me extraña que el taimado viniese solo. Se explica, sin embargo: quiere gallardear ante la Marfona, y sus espalderos deben de estarle esperando a mitad de camino. ¡Gracias a Dios! ¡La cosa está de perlas! Los raptos son la especialidad bizarra de Santoro; pero esta vez caerá en su propia trampa...

Me acerco sigilosamente a unos cincuenta pasos del sujeto, donde calculo tenerlo a tiro de mi rifle. Santoro no me ha oído porque sigue de espaldas fumando un cigarrillo.

Entonces le grito:

---¡Hola valentón, no se desespere que quien busca encuentra!

Se vuelve rápido, perplejo, echando al mismo tiempo la manotada maquinal al revólver. Al verme con el rifle preparado, ha de calcular la desventaja que para él representa la diferencia de nuestras armas, porque queda inmóvil por unos momentos, y luego retrocede buscando algo que le sirva de baluarte. Escóndese con presteza tras un árbol grueso y me responde:

---Supongo que no querrá "agarrarme" así, con ventaja.

Replico mientras me hormigean de impaciencia las manos:

---No tema, mulero, que no lo voy a matar todavía.

Pero no puedo contenerme más. El ala de su tejano aparece como un filo tras el tronco, a la altura de unas ramitas tiernas. Apunto sin vacilación y disparo: unas cuantas hojillas salen revolando por el aire.

Oigo una imprecación soez, y súbito, el hombre se da a la fuga. Le permito huir: mi carcajada brutal empuja sus hombros encorvados. Cuando el cuitado va a ganar la vereda que conduce al camino real de Los Limones, aparece delante, cerrándole el paso, como brotado de la tierra, Ricardo Urbina.

Mi amigo detiene al prófugo con sólo su presencia. Se le acerca sin decir palabra, lo toma por las solapas, lo sacude; y veloz, lo manda al suelo con un relampagueante puñetazo a la barbilla. Al caer Santoro, rebotando como un muñeco, su revólver volteja por el aire. Urbina va hacia el derribado, vuelve a tomarle por el cuello de la chaqueta y le pone en pie, mientras yo me encuentro ya a pocos pasos del castigador y de su presa. Otro puñetazo de izquierda, bajo la oreja, envía al malnacido dos metros distante. Sin pensamiento, lívido, con las facciones desencajadas, Santoro queda sentado en la yerba, tratando de limpiarse la tierra que le llena los ojos, le taponan la nariz y le resbala en sudor espeso por las mejillas. De su boca entreabierta mana sangre...

Entonces le ordena Ricardo:

---Levántate, ladrón, y date prisa en ponerte "las de hule", porque de lo contrario te sacaré de la finca ¡lo entiendes? a golpes como los que has probado: cada uno, un trecho de camino... No temas que me canse. Te vas a pie y ten en cuenta lo que voy a decirte: jamás vuelvas por aquí ni levantes la vista para verme ni para saludarme, donde quiera que sea, porque te juro que si te atreves a eso acabo contigo, ya no a puñetazos sino a patadas, como se trata a los perros traicioneros como tú. Y ahora, ¡lárgate!

Lágrimas de miedo, de rabia y de vergüenza hacen de Santoro una figura lamentable, empequeñecida. Se las limpia con la manga. Silencioso, con la cabeza gacha, trastumbando, camina lentamente y sube por la vereda. Ya en la linde, tras unos palos, se detiene y nos vocea:

---¡Nos hemos de ver!

Refinos como bárbaros. Me acerco a Richard:

---¿Cómo apareciste tan a tiempo?

---Ya sabía que Santoro estaba aquí. Vi todo lo que pasó contigo y esperé: no quería robarte la venganza, pero tampoco renunciar a mi gusto. ¿Te recuerdas?

---¿Crees que el mulero obedecerá?

---Sí. No le veremos más por acá. Ya quedó escarmentado: tu disparo fue admirable.

---Y soberbios tus puños, Richard.

---Sin embargo, nos la guardará. Toda su perra vida ha de buscar la ocasión de meternos a mansalva un tiro, o una puñalada por mano ajena, a ti o a mí, y mejor si a los dos juntos. Pero esto no ha de quitarnos el sueño.

Volvemos a reír de buena gana. Yo insinúo:

---¿Cómo pagarte, Richard?

Me toma por los hombros, me vuelve en redondo y me indica:

---Mira hacia allá.

Sigo la dirección de sus ojos, y veo, en la riba opuesta del río, a la Marlona. Es algo grotesco y adorable: mi india muestra el cabello mojado, las enaguas pegadas a los muslos, el corpiño ceñido a los senos; nos mira riendo y nos hace señas de que nos acerquemos...

Cuando la tengo entre mis brazos, cuando la he besado hasta el gemido --Ricardo se entretiene por allí, husmeando algo, bajo los árboles-- la pregunto:

---¿Pasaste el río a nado?

Confiesa, medio escondida la cara entre mi pecho:

---¿Por qué no, mi Julio? Huí y hubiera pasado muchos ríos por salvarme.

---¿Viste tu también, "a lo mejor"?...

---Sí pues. ¡Y me puse tan contenta, fuera del susto que yevé cuando el tiro! ¡Qué buena l'hisieron ustedes!

La mimo, procuro secar a besos sus ropas y su cabelle
ra olorosa a bravías aguas. Me pide:

---Déjame así, puesto qui' así te gusto...

---¿Ya no soy tu carita fina?

---Siempre y hasta mi muerte. Mi carita fina que' adoro; pero' hora la carita fina de mi hombre "arrecho". ¡No sabía qu' éras tan buen tirador!

---En mis años de eterno desocupado pertenecí a un club de tiro, en Guatemala.

Ricardo Urbina se despide, de lejos, con un:

---¡Adios, y aprovechen el tiempo!

Nos sentamos bajo el árbol de mi deliquio. Deseo sentir su tronco, liso como un muslo joven, contra mi espalda, mientras abrazo a la Marfona.

Ella, arrancando tallitos de yerba y mordisqueándolos, me pregunta, aún recelosa:

---¿Pero es que pensabas en mí después de tanto tiempo?

---Dos años. Soñaba, pensaba en ti como no podrás imaginarlo nunca.

¿Qué me diste para ponerme así?

---Yo nada; es Dios quien lu'hase, por medio de la Virgen de Guadalupe, a la que rogué tanto...

---¿Quieres saber una cosa?

---¿Una cosa? ¿Cuál será?

---Que nos casamos pronto... siempre que quieras.

No me responde nada y se acuna en mi pecho nuevamente; y, al sentirla, al palparla sin apremio, con anticipada po
sesión, es como si tuviera entre mis brazos, al alcance de mi boca, bajo mis ojos remozados, a la vida... ¡a la vida

en pleno-- a la fruta que he de morder y chupar siempre, sin agotarla jamás!

Nada más quiero saber ahora: sólo necesito dar entrada al gran soplo que me viene de allá, del mundo salvaje e impoluto, y pasa por mi pecho y se pone a oreamme el alma.

María --la antigua Mariona, la rapaza rabigorda en un tiempo que yo no viví la equívoca hembra en otro, la india, la criolla --carne floreal de estos prados apacibles-- la amita de casa, la criandera de patos y gallinas, la horrelana de zagalejos mojados y manos embadurnadas por los terrones del tablar en la amanecida -- la olorosa o yerba buena, albahaca y ruda de los campos -- todo ello confundido en pulpa intacta y en espíritu de albor, forma el mito tangible, la encarnación viva de la tierra mía: mi esposa...

Lo recóndito primitivo nos ha salvado, como salvará a los hijos de nuestros hijos y a los hijos de sus hijos -- mientras no falte el sol sobre el monte, a la hora de la cita labriega, y la tierra guarde el divino secreto de su silencio y de su hondura...

FIN

Agradezco:

A Dios, que me dió fuerzas para realizar este trabajo.

A mis hijos, que en una u otra forma me ayudaron todos, especialmente Beatriz y Rodrigo.

A Enrique Wyld, que me proporcionó los textos de la novela inédita "Carita Fina".

A la Doctora Luz Méndez de la Vega